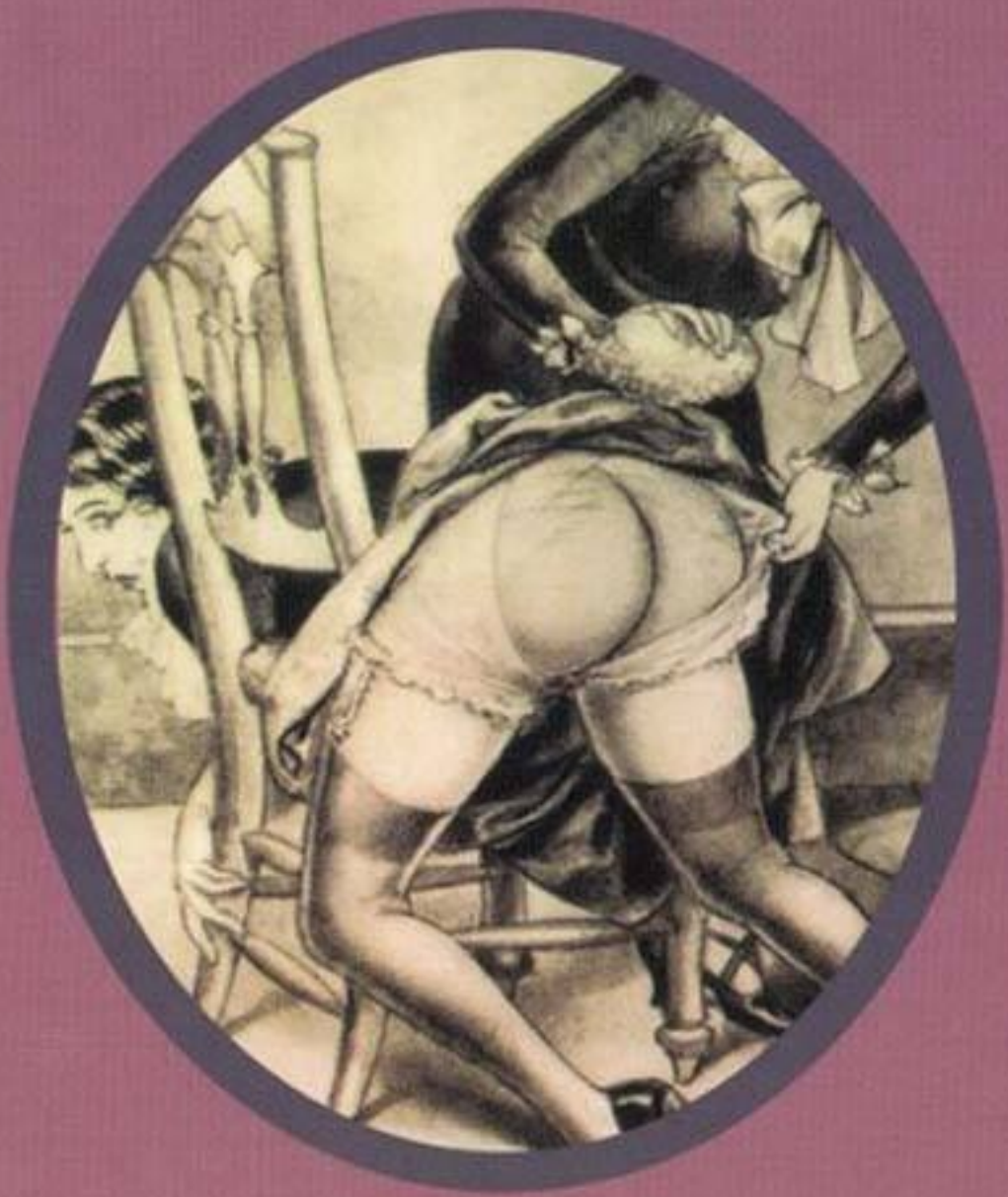
Cyrille Haribray

Lecciones obscenas



SELECCIONES ERÓTICAS

La tía Tilly no tenía piedad de su sobrino James. Aprovechándose de que era un adolescente inexperto, lo enloquecía con sus provocaciones obscenas. Luego, para adiestrar al novato, Tilly lo introdujo en la escuela de la dominadora Pussy, donde se impartían lecciones prácticas de las más refinadas perversiones sexuales. James creyó estar en el paraíso cuando descubrió que la insaciable Pussy lo consideraba su alumno favorito. Pero ¿estaba realmente en el paraíso, o sólo en la antesala del infierno?

Cyrille Haribray

Lecciones obscenas

Selecciones eróticas Sileno - 00

ePub r1.2
Titivillus 16.04.2020

Título original: *Le martinet de l’oncie Miles*
Cyrille Haribray, 1992
Traducción: Manuel M. Escrivá de Romaní
Diseño de cubierta: Rosa María Sanmartí

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



1

ACABABA de cumplir dieciséis años y para recompensarme por los buenos resultados del curso mis padres habían decidido enviarme a Londres, a casa de mi tío, el hermano de mi madre, durante el mes de julio.

Al tomar el avión en Roissy, y aún hoy, en el Airbús que me acercaba a ella el corazón me daba saltos en el pecho. Estaba enormemente excitado por el viaje que me esperaba. En primer lugar, adoraba Inglaterra, donde había nacido. Llevaba algunos ahorros para poder desvalijar las casas de discos, las librerías e ir al cine. Luego iba a volver a ver a mi tía Tilly, que tenía treinta años y era mucho más joven que mi tío Miles.

No era la primera vez que iba a su casa. Mi último viaje se remontaba a dos años atrás, cuando tenía catorce años y no era más que un niño. Me acordaba muy bien de la actitud de la tía Tilly cuando estuvimos en su casa. Yo la encontraba especialmente guapa. Me fascinaba y, para colmo, era absolutamente impúdica. Sin duda a causa de mi tierna edad, no le importaba exhibirse en bragas y sostén delante de mí. Incluso una vez la había visto con los pechos desnudos por la puerta que había quedado abierta en el cuarto de baño de su piso. Esa visión se me había quedado grabada en la memoria, y aún hoy, en el Airbús que me acercaba a ella, sólo tenía que cerrar los ojos para volver a ver sus grandes y pesados pechos, con las oscuras aréolas, su figura, su cuerpo constelado de pecas, su piel blanca, sus muslos largos y finos y perfectamente torneados. Porque la tía Tilly era pelirroja, con una larga melena que le caía hasta la mitad de la espalda.

Sólo tenía un temor: que mi edad lo cambiase todo, que ya no fuese como antes. Porque ella seguía siendo para mí la mujer ideal. Había comprado en París un frasco de perfume Grand Slam y me masturbaba a menudo por las noches, en la cama, oliendo el frasco y mirando las fotografías que nos habían enviado de su última estancia en el Caribe. En una de ellas aparecía en biquini, en la inmensa playa de arena blanca. Era mi foto preferida; en ella se adivinaba perfectamente la aréola de uno de sus grandes pechos que desbordaba el sujetador del bikini. En otra, que había tomado mi tío, ella salía del agua, con el cuerpo brillante y los pezones marcándose bajo la fina tela mojada. Y el biquini, húmedo, se ceñía a la perfección a la forma abombada de su pubis. La imaginaba desnuda, incluso a escondidas había hecho fotocopias de esas fotos para luego recortar su cara y ponerla sobre las de las chicas que posaban en actitudes obscenas y que había tomado de revistas para adultos que compraba a escondidas de mis padres. A mis dieciséis años, el sexo me tiraba una enormidad. Pero yo era de una timidez increíble, era aún virgen y jamás había tocado a una chica. Sin embargo, un día estuve a punto de superar mi miedo.

Había una chica de mi clase, Corinne, que me gustaba muchísimo. Era de mi misma edad, bajita, delgada, con el cabello negro y corto y el busto muy desarrollado. Me había pedido que pasase por su casa porque tenía unos deberes de griego que le planteaban dificultades. Cada vez que me encontraba a solas con ella, se me formaba un nudo horrible en la garganta, cortándome toda iniciativa. Corinne parecía un tanto desvergonzada, y sin duda era eso lo que me seducía de ella.

Ese día, al llegar yo a su casa, me recibió con una falda muy corta y un blusón muy escotado. Visiblemente no llevaba sostén y era fácil adivinar sus aréolas oscuras, sus pezones erguidos agresivamente. Sus padres no iban a volver de la compra hasta bastante más tarde. En el primer piso de la casa de las afueras donde ella vivía, me encontré en su pequeña habitación con las paredes decoradas con carteles de cantantes y grupos extranjeros. Me invitó a sentarme enfrente, en un sillón mullido. Ella se sentó en la cama, con las piernas cruzadas, y entreví sus bragas de algodón blanco. En la habitación reinaba un olor mareante, mezcla de su perfume y de su transpiración. Me hablaba del colegio, de nuestros compañeros, de un fulano que era un idiota, de otro al que encontraba especialmente guapo. Una luz maliciosa brillaba en sus ojos al decirme estas cosas. Sabía que eso no debía de gustarme, y yo adiviné que sospechaba lo que soñaba hacer con ella. Se divertía cruzando y descruzando las piernas, como para hacerme admirar a placer sus bragas.

Finalmente, se inclinó a un lado para recoger el cuaderno de griego que estaba en el suelo, junto a ella. Levantó un poco una pierna para dejarme ver aún mejor su sexo moldeado por las bragas de algodón blanco, y sobre todos los mechones de vello negro que asomaban a un lado y otro. Me puse rojo como un tomate, me temblaban las manos y el corazón me latía desbocado. Para rematar la cosa, Corinne se acercó a mí y se sentó a mis pies para seguir mis explicaciones. Pero me resultaba imposible concentrarme en los deberes. Por la abertura de su escote veía mis grandes pechos firmes y el surco que los separaba. Aún percibía mejor su olor.

—Mira, es esto lo que no entiendo muy bien…

Al decir esto, puso una de sus manos en mi rodilla. El calor de la palma me atravesó el pantalón.

Desde que ella me invitó, había imaginado mil veces la mejor manera de lograr mis fines, por lo menos poder besarla, acariciarla un poco. Pero en este momento había perdido toda iniciativa. ¡Me daba tanto miedo que ella se burlase de mí, que me echase de su casa! Me horrorizaba errar el tiro, ser poco hábil. ¿Y si ella quisiese ir hasta el final? ¿Y si me pidiese que hiciéramos el amor? ¿Estaría yo tenso? ¿Le haría daño? ¿La dejaría embarazada?

A disgusto, como ocurre a menudo en casos parecidos, decidí acabar lo más rápidamente posible los deberes y escapar, largarme lo más deprisa posible. Ya estaba llegando al final de mi explicación cuando ella me preguntó, siempre con los ojos chispeantes:

—Tu nombre…, James…, ¿es norteamericano?

—Inglés… Soy de origen inglés por vía materna. Fue cosa de ella, la volvían loca las películas de espías.

—Qué bien, ¿no…? ¿Sabes que eres estupendo, como chico? Conozco a algunas del colegio que querrían estar en mi lugar en este momento…

Me preguntaba por qué. Estaba petrificado por el miedo y la timidez. No había por qué envidiar a Corinne. Ella me había mirado de lleno a los ojos y luego se levantó para poner un disco de los *New kids on the block*. Se quedó de pie delante de mí, después de haber tirado el cuaderno al suelo. Luego se apoyó con las dos manos en mis muslos y se inclinó para besarme en la boca. El contacto de su lengua, tan suave y cálida, con la mía me dejó como electrificado. Sentía que el sexo se me levantaba solo en los calzoncillos. Ella no había cerrado los ojos. Y a mí me costaba muchísimo aguantarle la mirada. Cinco minutos después seguíamos estando en la misma posición. Mis manos estaban paralizadas, incapaces de llegar a ese cuerpo tan deseable, que se me ofrecía por primera vez.

—No me digas que eres tímido. ¿Sí, James? Sin embargo, tus amigos me han dicho un montón de cosas sobre ti y tus conquistas… ¿Son cuentos?

No supe qué contestar. Como todos los chicos de mi edad, había inventado aventuras imaginarias, a cuál más fantástica, para no quedar como un idiota. Había caído en mi propia trampa.

Pero Corinne parecía comprensiva.

—He de preguntarte algo que me preocupa… Mira…

Yo no daba crédito a mis ojos. En un momento, ella se había quitado la blusa para mostrarme sus pechos. Los tomaba en sus manos, los levantaba, como dándoles publicidad.

—Mis pechos… ¿No encuentras que son demasiado grandes…? Mira mis pezones…, parecen…, no sé…

—No… Bueno… No… Están bien…

El corazón me galopaba en el pecho. Se me hacía doloroso respirar. Era la primera vez (con la excepción de mi tía Tilly que veía «de veras» unos pechos de mujer.

—Si tú lo dices… Con la fama que tienes… Debes de ser un experto… No voy a tener vergüenza contigo, Don Juan…

Mostraba una sonrisita burlona al decir esto. Yo me preguntaba si ella pensaba o no lo que decía.

—Vamos, tú también puedes ponerte cómodo… Hace un calor agobiante… Mis padres ponen siempre la calefacción a toda potencia en cualquier época del año…

Se bajó la falda, dejándola caer al suelo, pasó sobre ella y fue a tenderse en la cama, en bragas. Sus nalgas redondeadas desbordaban las bragas, demasiado pequeñas. Por detrás se le veía la raja del culo, mientras que por delante el vello oscuro y rizado del pubis rebosaba por los lados y lo mismo por arriba. No conseguía

apartar la mirada de sus grandes pechos, cuyos pezones erguidos apuntaban hacia mí. Vibraban al ritmo de su respiración.

—Anda, ven, James… Mis padres van a volver… Ven…

Se había tendido de espaldas, con los brazos levantados, esperando que me lanzase sobre ella. Sus pechos grandes y pesados caían ligeramente a los lados. Todo su cuerpo brillaba de sudor y su olor llegaba hasta mí y me emborrachaba. Sacando fuerzas de flaqueza, me levanté con un impulso para reunirme con ella.

—Ah, vaya, parece que te hago efecto…

Me di cuenta de que mi picha formaba un enorme bulto en el pantalón. Avergonzado, me arrimé a ella para que no lo notara. Inmediatamente, me rodeó con sus brazos para volver a besarme. Yo casi babeaba; paseé una mano por su vientre palpitante, por el borde de las bragas, rozando el vello que rebosaba de ellas. Esta vez estaba dispuesto a ir más lejos, a tomar a manos llenas aquellos pechos que se me ofrecían.

—Tócame el coño, James… Oh, sí —exhalaba ella, completamente obscena—. Por debajo de las bragas…

Lentamente, dejé que la palma se deslizase hacia las bragas de algodón blanco. Las puntas de mis dedos palpaban otra vez su vello. Mis uñas pasaban ya bajo el elástico cuando el timbre de la puerta sonó.

—¡Mierda!, mis padres… ¡Qué fastidio!… Ya le dije que te apurases.

—Pero es que yo…

Se vistió otra vez muy deprisa, y unos minutos más tarde, después de saludar a sus padres, me encontré en la calle. Nunca me había odiado tanto a mí mismo. ¡Qué imbécil! Si no hubiese sido tan idiota, habría podido ir más lejos, manosear unos pechos de mujer por primera vez, tocar su sexo…

Al llegar a casa, la telefoneé para decirle que estaba loco por ella y cuánto la amaba. Se echó a reír, llamándome virgen y presumido. Me amenazó con contárselo todo a mis compañeros. Afortunadamente, no lo hizo. Mostró sus preferencias hasta el final del curso por un compañero llamado Hervé, bastante menos tímido que yo.

Así pues, seguía como siempre cuando las ruedas del Airbús se posaron en la pista del aeropuerto de Londres-Heathrow. Virgen, un individúo de dieciséis años, que no pensaba más que en una cosa: poder tocar a una mujer. Amar y ser amado. Necesitaba descubrir cuanto antes esas sensaciones desconocidas.

Miles y Tilly me esperaban en la gran terminal. Mi tía no había cambiado de apariencia desde la última vez. Llevaba un vestido camisero de seda con una falda muy corta y calzaba zapatos de tacón alto.

—¿Has tenido buen viaje, sobrino? —me preguntó tío Miles tomando una de mis maletas.

—Perfecto…

—Te has convertido en un hombre muy guapo, James —me susurró tía Tilly, dándome dos besos muy apretados.

Volvía a oler su perfume, siempre el mismo. Por fin la veía otra vez, tan hermosa y deseable como siempre. A mi pesar, odiaba a mi tío. Era él quien la tenía sólo para sí.

Dirigiéndonos hacia el aparcamiento, Tilly caminaba delante. Inmediatamente, sentí que el pene se levantaba debajo del calzoncillo a la vista de su contoneo tan particular, haciendo bailar sus nalgas redondas bajo la falda corta. No llevaba medias ni nada parecido. Nos sentamos los dos atrás en el coche de tío Miles. Rodando ya hacia Londres por la autopista, ella hizo que su muslo rozase el mío.

—Me parece que vamos a divertirnos como locos, Jimmy —dijo mi tía poniéndome una mano en la rodilla.

—Eso espero —balbuceé yo, mirando recto delante de mí.

Dentro de mis calzoncillos, la picha no se desinflaba.

2

EL tío Miles y la tía Tilly tenían una villa de su propiedad en Flamingo Road, al sur de Londres, muy cerca de Kennington Park. Mi tío trabajaba en una empresa de mudanzas situada no lejos de allí, en Drac Street; hacía diez años que la dirigía.

Como siempre, me alojé en una habitación minúscula, abuhardillada, mientras que el matrimonio dormía en el primer piso. Los primeros días sólo tenía una idea en la cabeza: ver a mi tía desnuda, espiarla sin descanso. Y felizmente, como yo esperaba, no había cambiado nada en sus costumbres. Por la mañana, en cuanto mi tío había salido y nos encontrábamos solos en la gran casa, ella se paseaba en bragas y sostén, como dos años antes. A pesar de lo que me había dicho a mi llegada a Heathrow, yo sentía que ella me consideraba un niño, un encantador bebé asexuado. Por una parte, eso me gustaba, porque si no ella no hubiese sido la misma, se habría escondido y nunca se hubiera mostrado desvestida como iba. Pero en cualquier caso me daba rabia que no tuviese en cuenta mi edad y que yo no lo hiciese otro efecto que ése.

La primera noche me costó mucho conciliar el sueño. Me puse a leer en la cama. Pero hacía un calor agobiante, y decidí bajar a la planta baja para ir a la nevera en busca de un trozo de tarta que había hecho tía Tilly. Andaba de puntillas para no despertarles.

Unas voces procedentes de la terraza de la sala, en el primer piso, me impulsaron a ir a ver lo que pasaba. El corazón me latía con fuerza, creyendo al principio que unos desconocidos intentaban entrar en la gran casa. Pero al llegar a la puerta vi que se trataba de tía Tilly y de mi tío. La puerta ventana estaba abierta, la noche era oscura y yo sólo veía los contornos de sus cuerpos. Estaban desnudos. Eso no era demasiado difícil adivinarlo. Tuve un sobresalto al comprender lo que hacían. Tía Tilly estaba de rodillas y yo veía la sombra de un gran cilindro que se deslizaba en su boca. No podía creerlo, ella estaba chupando la polla de mi tío, y exhalaba unos gritos sin dejar de chupar.

Yo echaba pestes por no poder ver nada en realidad. ¿Por qué no habría luna llena?

—Oh, qué bien, Tilly querida… Hmmmm… Oh, también las pelotas, así… Oh… —decía, o más, bien babeaba mi tío, en pie delante de ella, con la espalda apoyada en la baranda de hierro.

Inmediatamente, a pesar de que todo eso sobresaltaba, mi polla se levantó en el pantalón del pijama. Sólo llevaba esa prenda encima. Yo estaba ya lanzado, el glande me asomaba sobre el elástico. Estaba petrificado y era incapaz de moverme. Quería ver más, esperando que una nube se disipase para dejar que la luna iluminase la escena Lo que veía era como sombras chinescas. Adivinaba los pechos grandes de mi

tía, sus nalgas redondas, que tanto me turbaban. Oía ruidos de succión que procedían de su boca deslizándose en la polla de tío Miles, una verga larga y gruesa. Pero ¿por qué hacían eso en la terraza? ¿Por qué no estaban en su habitación, en su cama?

—Ohhh… Métemela en el chocho, Miles… Está tan dura —suplicaba tía Tilly poniéndose en pie.

—No, en tu culo… Viciosa… Te excita que lo lineamos aquí, ¿verdad?

Tía Tilly se apoyaba en la baranda para arquearse y ofrecerle las nalgas a mi tío. Yo no podía evitar manosearme.

—Oh, sí… Podrían vernos… Basta que alguien levante la cabeza en la calle… Ah… Mierda, es que es tan grande… Métemela en el culo…

Las dos siluetas estaban pegadas; tío Miles se agitaba detrás de ella, impulsándose con los riñones.

—Hmmmm… No te has lavado… Me gusta, marrana…

¿Cómo podía decirle eso? ¿A su mujer? Ella cloqueaba de placer. Me desagradaba. Y a él le odiaba. Me precipité a mi habitación para meneármela. Cuando eyaculé, creí que mi respiración se detenía. Y me quedé dormido enseguida, agotado, a pesar del miedo que había tenido de que me descubriesen y del disgusto de no haberlo visto hasta el final. Este recuerdo me ha atormentado durante mucho tiempo.

Como por lo general mi tío nos despertaba al salir, nos encontrábamos todas las mañanas para desayunar en el gran comedor, con el *pudding* tradicional, el té, y decidíamos lo que íbamos a hacer durante el día. La mayoría de las veces íbamos al cine y a comprar en las tiendas de discos y en las librerías.

Yo bajaba en pijama, y Tilly la mayor parte de las veces me servía en bragas y con una camiseta muy amplia, pero corta, que le llegaba apenas al ombligo. Y poco a poco, cada vez más, el cuerpo de mi tía me obsesionaba terriblemente. A veces, al tomar el té, doblaba una rodilla para apoyar un pie en la silla. Así sentada, me era fácil verle las bragas entre los muslos entreabiertos. Pequeños mechones de vello rojo rebosaban y me recordaban mi fracaso con Corinne, la chica de mi colegio. Inmediatamente se me enderezaba la polla en el pijama, por lo que esperaba siempre hasta el último momento, cuando ella iba a llevar las tazas a la cocina, para levantarme y escapar a mi habitación. Dejaba que se asease en primer lugar para tener el placer de encerrarme en el cuarto de baño después de ella. Olía entonces una curiosa mezcla de perfume y transpiración. Entraba también después porque así podía sacar del cesto de la ropa sus bragas y olerías, mientras me masturbaba. Nunca me hacía falta mucho tiempo para eyacular, pues olían a orina, culo y transpiración.

Por las tardes íbamos al cine a ver las películas que aún no se habían estrenado en Francia. Luego, Tilly me hacía de guía en Londres y nos deteníamos en un *pub*, para tomar una cerveza. A continuación la llevaba inevitablemente a una de las tiendas de discos del tipo HMV o Virgin, aunque también a lugares más especializados, como la famosa tienda de Dean Street, un lugar mítico para los coleccionistas de bandas originales de películas. Ella me seguía siempre sin rechistar.

Por fin, pasábamos a recoger a tío Miles a la salida de su empresa, para volver a cenar a casa y ver la televisión.

Yo esperaba la noche con impaciencia. Tío Miles me daba las buenas noches antes de que fuese a encerrarme en mi pequeña habitación. Tilly, por su parte, fregaba la vajilla al acabar la velada, se ponía algo cómodo y pasaba a darme un beso. Me encontraba siempre tendido en la cama, en pantalón de pijama, leyendo y escuchando música a bajo volumen. Dormía en la buhardilla, así que no conseguía nada, porque el sol había estado dando en las tejas durante todo el día, haciendo de mi habitación un horno.

Por regla general, ella llegaba con la ropa de la mañana, la camiseta corta y las bragas del mismo día. Tomaba asiento junto a mí, para tener una idea de lo que me gustaría hacer al día siguiente. A menudo, yo acababa la conversación estirado boca abajo, con la polla levantada bajo el pantalón del pijama. Sus piernas finas y largas me volvían loco, lo mismo que su busto impresionante, que se movía bajo el fino tejido con cada movimiento que hacía. Y, para colmo, adoptaba a menudo la misma postura para hablarme, con una pierna doblada debajo, apoyándose con un codo a mi lado. Entre sus muslos separados, y ahora bastante más cerca que por la mañana, podía ver sus bragas, su sexo que parecía hinchado, con las bragas demasiado ceñidas acusando perfectamente su forma. Parecía un poco más henchido a lo largo de la hendidura. No podía evitar imaginar sus grandes labios, que debían ser gruesos y carnosos. Por la noche olía a menudo a transpiración. Y bastante después de que se fuese, ese olor mareante seguía flotando en la pequeña habitación.

Cuando finalmente se inclinaba sobre mí para darme el beso de buenas noches, no me privaba de echarle una rápida ojeada a la camiseta de gran escote, para ver sus grandes pechos, con los pezones malva con frecuencia erguidos, a pesar del calor sofocante que reinaba en mi pequeña habitación. En cuanto se marchaba, me quitaba d pantalón del pijama para hacerme una paja con la nariz pegada a la sábana, donde ella había estado sentada unos minutos antes. Donde había posado sus nalgas. Mi tía me obsesionaba. Sólo pensaba en ella. Llegaba a masturbarme muchas veces al día. Pese a eso, por la noche me despertaba con el pijama inundado de esperma. Tenía lo que llaman «poluciones nocturnas». Y eso me daba mucha vergüenza. Eyaculaba sin ni siquiera tener sueños eróticos. Aunque me masturbase dos veces antes de dormir, seguía ocurriéndome lo mismo, hasta tal punto me había excitado tía Tilly durante el día.

Me apresuraba entonces a limpiar la sábana y el pijama, a limpiar el esperma que pringaba mi vello castaño. Dormía entonces completamente desnudo, con el pantalón del pijama debajo de la cama, para dejarlo secar y poder ponérmelo otra vez al día siguiente por la mañana. Nunca le había hablado a nadie de ese problema que me había preocupado enormemente. Ni a mis padres ni a mis amigos. Estaba convencido de que era el único en el mundo a quien le ocurría.

Una mañana, cuando estaba en el lavabo después del desayuno, oí que mi tía subía los pocos escalones que llevaban a mi habitación. Al salir, me crucé con ella. Llevaba en los brazos, hechas un ovillo, mis sábanas para meterlas en la lavadora. No me sentí muy inquieto, porque había vuelto a pasar la noche limpiando las huellas de esperma de mi eyaculación nocturna e inesperada. Pero al llegar a mi habitación sentí la mayor vergüenza de mi vida. Había pensado en todo menos en el colchón, constelado de manchas.

Me encerré en el cuarto de baño hasta que cambiaron las sábanas y volvieron a hacerme la cama. Tía Tilly no hizo ninguna alusión a lo que había visto y yo me pregunté si, a fin de cuentas, esas manchas eran mías, si no estaban allí antes de mi llegada. Pero la duda persistía. Era absolutamente necesario que encontrase una solución. No quería que ella supiese que me masturbaba a escondidas. Aunque era precisamente eso lo que hacía cada noche.

Al día siguiente, sábado, acompañé a mi tío, a hacer unas compras en la charcutería de la esquina, regentada, como la mayor parte de ellas en Londres, por paquistaníes. Mientras llenábamos el carrito, hice de tripas corazón para contárselo todo. Él, un hombre, tenía que haber oído hablar de ese tipo de problemas. Se echó a reír al oírme balbucear acerca de mis problemas nocturnos.

—Eso es normal, querido sobrino… A mí me pasaba algo parecido… Tienes que encontrar pronto una chica… Eres joven…

No lo podía creer. Yo no era el único al que le ocurrían esas cosas.

—Verdaderamente… *Really… It's nothing*… No es nada…

—Pero es que si tía Tilly lo ve…, las manchas… Pensará que yo… Bueno…

—¿Que te masturbas? ¿Y qué? ¿No lo haces? Yo, a tu edad, tenía la verga en la mano las veinticuatro horas del día… Hablaré con ella… Tilly no es tonta. Sabe lo que es un hombre…

Yo no veía más que contradicciones. Sentí deseos de pedirle que no dijese nada. Pero tenía razón. Mi honor estaba a salvo. Era normal, había dicho mi tío. Pero ¿por qué mi padre nunca me había dicho nada?

Al día siguiente, por la mañana muy temprano, Tilly se deslizó en mi habitación mientras yo dormía. Por la noche me había ocurrido lo mismo, y estaba durmiendo desnudo, con el pantalón del pijama debajo de la cama. Me desperté con un sobresalto. Ella se había sentado junto a mí, en la penumbra de la habitación. Estaba amaneciendo.

—¿Tía Tilly?

Y entonces me di cuenta de mi situación. Ella estaba mirando más abajo de mi vientre. La sábana se me había deslizado sobre los muslos. Tenía la verga al aire, y estaba empalmado, como todas las mañanas. Me arreglé con rapidez, tirando de la sábana para cubrir mi sexo en erección. Estaba terriblemente avergonzado.

—Vamos —susurró ella—. ¿Por qué te escondes? En un hombre es normal estar empalmado por la mañana.

—Es que…

Mi tía estaba tirando de la sábana, para volver a descubrir mi verga en tensión.

—Si vieses a tu tío. No es tan joven como tú, pero…

Se me había cortado el aliento. La verga seguía dura, al máximo de tensión bajo sus ojos. Ella la miraba con una sonrisita curiosa en las comisuras de los labios. Sus ojos brillaban. Me di cuenta de que no llevaba bragas. Vestía la chaqueta del pijama de mi tío, abierta. Con las piernas cruzadas, podía admirar el vellón de su pubis, aquel brillante vello rojizo.

—Tu tío está durmiendo todavía… Me ha hablado de tu problema… No es nada, ¿sabes, James?

Descruzó los muslos para adoptar otra posición. Tuve tiempo de ver su hendidura rosada, con los gruesos labios arrugados, el vello rojizo más oscuro en la parte de abajo de la vulva. Era la primera vez que veía una.

—¿Te da vergüenza? ¿No quieres que te vea empalmado?

Yo no la reconocía.

—Oh, sí… Si el tío se levanta… Si…

—Duerme profundamente, no te preocupes… Estuvimos haciendo el amor toda la noche… Le dejé agotado… Además, soy tu tía. Somos de la misma familia… Nada de secretos entre nosotros, ¿verdad?

Yo respiraba cada vez peor. Ella hablaba sin apartar los ojos de mi verga.

—No tienes una verga grande… Pero es bonita… Bien proporcionada en relación con tus huevos… Tus cojoncitos…

Nunca hubiera imaginado que algo así pudiese ocurrir. Que me encontrase delante de tía Tilly con la verga empinada. Ella había bajado la sábana más allá de mis rodillas. Yo estaba petrificado.

—Es verdad que aquí hace un calor terrible… Me pregunto cómo puedes dormir.

Estaba haciendo conmigo lo mismo que Corinne, unos meses antes. Se quitó la chaqueta del pijama sin ningún embarazo, para mostrarme sus grandes pechos lechosos, con los pezones malva, erguidos.

—Ya ves… Así estoy más cómoda… ¿Has conocido chicas en Francia?

—Sí. Claro… Pero ¿qué haces?

—Te toco las pelotas, ya lo ves.

Aquella mujer era el diablo. Acababa de tomar mis testículos en una mano, y con la otra se pellizcaba los pezones, sin reservas. Nunca me habían hecho esas cosas. Mi verga se tensó aún más.

—Mira qué duros están… Estas excitado, ¿verdad?

—No…, no…

—Vamos, vamos… Déjame jugar con ellos un ratito… Ya verás…

Me apretaba los huevos; los tenía en la palma de la mano, me los subía hasta la base de mi sexo. Una serie de curiosos pruritos se adueñaban de mi vientre, de mi verga.

—Mira. Está muy tiesa… Levántate. Ponte delante de mí.

La obedecí como un autómata. Nada de aquello podía ser verdad. Iba a despertarme, sin duda alguna. Me puse en pie. Ella se sentó en el borde de la cama.

—La encuentro de lo más excitante esta pollita tuya… ¿Ves cómo te empalmas? Tu glande está pecado a tu vientre, de tan empalmado como estás…

Me tomó otra vez los huevos para acercarme más hacia sí, entre sus muslos abiertos. Ya era de día. Veía entre el vello rojizo, en esa maleza, sus labios gruesos y carnosos. Por debajo, la vulva brillaba, reluciente. El olor de su sexo, una mezcla de orina y algo más, me llegaba hasta la nariz. Me seguía palpando las pelotas. Ahora habían subido lo más posible, hasta la base de mi polla, como si quisieran entrar en mí para escapar de sus dedos.

—Ponte las manos en la cabeza. Date la vuelta. Dame la espalda.

—¿Para qué?

Pero lo hice. Deslizó una rodilla entre mis piernas para separarlas más. La calidez del contacto de su muslo entre los míos me excitaba más todavía.

—Ya sé que me deseas… Sacas mis bragas del cesto todas las mañanas… No las encuentro nunca en el mismo sitio… Te vigilo… Dejo marcas… Ah, tunante…

—No…, no…

—¿Por qué mientes? También eso es natural…

Deslizó una mano entre mis muslos y volvió a tomar mis pelotas para masajearlas con más fuerza. Me sobresaltaba con cada presión. Sentía que su muñeca rozaba mi ano. Iba a eyacular. Tenía que pensar en otra cosa; no tenía que hacer eso delante de ella.

—Toma, cógelas. Las he traído para ti. Te las regalo.

Había cogido de la chaqueta del pijama sus bragas, y me las ofreció. Yo las cogí sin volverme, dejando una mano sobre mi cabeza.

—Huélelas. Date la vuelta, y huélelas delante de mí.

—¿Por qué…? Déjame, tía Tilly…

Me estaba humillando. Yo era joven, no tenía experiencia, y ella se aprovechaba. A pesar de eso, me di la vuelta. La polla estaba más enhiesta que nunca. Me llevé sus bragas a la nariz. Enseguida volví a encontrarme con el olor habitual, la orina, el sudor, el culo. La cabeza me daba vueltas. Ya no me tocaba. Yo la miraba de los pies a la cabeza, sus pechos, su vientre, su sexo siempre lustroso.

—Ya no debe tener mucho olor… Espera…

Era increíble. Tomó las bragas y las pasó entre sus muslos, y luego bajo mi nariz. Estaba pegajosa por la humedad de mi tía; el olor era más fuerte, era algo casi repugnante. Yo olía un coño por primera vez. Mi corazón latió aún con más fuerza.

—Lame mi humedad. Ahí, justo donde me he restregado las bragas…

Saqué la lengua. Un líquido viscoso impregnaba la tela. Su sabor era fuerte, animal, almizclado. Me invadió el paladar inmediatamente. Aquella mujer era el diablo.

—Muy bien.

Y, con una sola acometida, tomó mi polla a manos llenas y tiró de ella con un golpe seco, como si hubiese querido desmocharme bruscamente, cuando yo ya lo estaba por completo. El dolor inesperado provocó mi goce. Eyaculé ante mí, cuando ella ya me había dejado ir. Se había apartado para que los chorros de esperma cayesen en la cama. Reía suavemente, viendo lo que yo hacía, como un idiota, con una mano aún en la cabeza.

—¡No! ¡No! ¡No te toques!

Iba a llevar una mano bajo mi polla, para recoger el esperma. Pero ella prefería ver mi polla encabritarse sola y dejar ir las últimas gotas de líquido pegajoso.

—¿Ves? Es casi como si hubiésemos hecho el amor…, como si me hubieses lamido el coño…

—No… No es lo mismo… Oh, no…

Mi polla volvía a ponerse blanda delante de ella. Se encogía, increíblemente pequeña, como mi caracol que vuelve a su concha. A mí me daba aún más vergüenza que me viese así.

Ella estaba en pie. Se volvía a poner la chaqueta del pijama de tío Miles. Yo no quería que se fuese. Quería decirle que la amaba, que deseaba que me besase. Quería tocarla. Nunca una chica había hecho cosas así conmigo. Estaba enamorado con locura, como un imbécil.

—Tengo un remedio para tus problemas. He hablado de esto con tu tío y está de acuerdo. Tenemos una amiga…, es médico… Un tratamiento de una semana… ¿De acuerdo?

—Sí… Si tú quieres…

Me senté en la cama, agotado, con las piernas temblorosas. Tenía frío, a pesar del calor que reinaba en la habitación abuhardillada.

Había contestado maquinalmente. Me sentía feliz y decepcionado al mismo tiempo. Ahora, al verla así, delante de mí, con las manos en las caderas, el vello al descubierto, los labios fruncidos, no quería más que una cosa: que se marchase, que me dejase solo con mi vergüenza. Mi polla ya ni se veía, en medio del vello púbico. Sólo asomaba el glande. Ridículo.

—¿Volverás, tía Tilly?

—No seas niño, James —susurró ella, dirigiéndose a la puerta.

Yo miraba, sin aprovecharlo verdaderamente, sus nalgas blancas y redondas, consteladas de pecas que bailaban a cada paso que daba. Podía ver pequeños pelos ensortijados que rebosaban la hendidura.

—Iremos esta tarde.

—Pero si hoy es domingo…

—Para mi amiga… no hay fines de semana.

Luego se detuvo, antes de franquear la puerta, para decirme con una sonrisita burlona a flor de labios:

—Puedes quedarte con mis bragas… Es un regalo.

Por fin me quedé solo. Me sentía frustrado, humillado, y a la vez increíblemente excitado por lo que acababa de vivir. Me levanté para ir a limpiarme la polla delante del pequeño lavabo que estaba junto a la ventana y que sólo me servía para beber agua cuando tenía sed, sin salir de la habitación. Aún tenía en la boca el sabor de sus jugos. Tuve de repente una terrible arcada y me incliné para vomitar. Todo lo que acababa de ocurrirme me había trastornado como al pequeño niño virgen que era. La emoción había sido demasiado fuerte. Todas las sensaciones se atropellaban en mí, y volvía a ver su hendidura, sus grandes pechos, sus nalgas.

Y me di cuenta, aún inclinado sobre el pequeño lavabo esmaltado, que mi polla volvía a levantarse ella sola.

3

NO vi a mi tío durante todo el día. Después de la inesperada visita de tía Tilly, por la mañana, me quedé mucho tiempo en mi habitación, sin atreverme a salir. Cuando por fin me decidí, tío Miles acababa de marcharse para ir a su oficina, donde tenía asuntos que solucionar. Todo eso me intrigaba. Era domingo, no había ningún motivo para que se ausentase, sobre todo teniendo en cuenta que habíamos previsto ir a comer a un restaurante mexicano, y eso era, al menos para mí, una verdadera fiesta.

Me salté el desayuno, pero hacia el mediodía me encontré frente a Tilly sentados a la mesa. Ya no me atrevía a mirarla a la cara. Ella, por el contrario, parecía estar a sus anchas. Yo iba con pantalones y camisa de manga corta, Tilly parecía ir desnuda debajo de la bata. Cuando se inclinaba para servirme o iba a la cocina, veía sus pechos por la abertura del escote o sus largos muslos entre los bordes de la prenda a cada paso que daba. Como si nada, me hablaba de películas o de música a lo largo de toda la comida. Sin embargo, cuando acabábamos los postres, me preguntó:

—¿Tendrás que hablar pronto por teléfono con tus padres?

—No. Dije que les llamaría el próximo domingo.

—Muy bien.

No comprendí por qué me hacía esa pregunta. Eso me tuvo preocupado toda la tarde. Hacia las seis, Tilly entró en mi habitación para decirme que tenía que prepararme para ir a ver a su amiga.

—No… Teniéndolo todo en cuenta, quizá… Ya veré eso en Francia, estando en casa… Yo…

—Deja de actuar como un niño, James. Su coche nos espera abajo.

Me dejó solo advirtiéndome que ella bajaba ya y que esperaba que me diese prisa. Por fin, me puse la chaqueta y me reuní con ella en la planta baja.

—Ven —me dijo Tilly, tomándome de la mano.

Ese contacto me emocionó. Ella me tenía cogido con firmeza y suavidad a la vez. No conseguía comprender lo que me esperaba. ¿Por qué aquella doctora amiga de mi tía enviaba su coche a buscar a un paciente, aunque fuese amigo de la familia? El coche era un Rolls Silver Shadow. Lo conducía una mujer de raza negra. Tilly y yo nos instalamos en el asiento de atrás. Inmediatamente partimos para tomar la dirección del centro de Londres.

No me llegaba la camisa al cuerpo.

A pesar de la amplitud impresionante del asiento en que nos habíamos instalado, Tilly iba pegada a mí, siempre con mi mano en la suya. Después de bordear Kennsington Park, cruzamos Vauxhall Bridge.

—Tienes las manos húmedas… ¿No estás cómodo? ¿No confías en mí?

—Sí… ¿Qué tengo que decirle a la doctora?

—Nada… Ya se lo he dicho yo todo por teléfono… Ella atenderá tu problema de eyaculación nocturna.

Me sorprendió oírla hablar de eso sin bajar la voz. La conductora, una muchacha de unos veinticinco años, me miraba a menudo por el retrovisor y me dirigía pequeñas sonrisas. Yo estaba terriblemente avergonzado. Tía Tilly se inclinó sobre mí para besarme en la boca. Yo esperaba cualquier cosa menos eso. El contacto de sus labios en los míos, de su lengua que entraba a buscar la mía para chuparla, me provocó una erección brutal. El corazón me latía más deprisa. Ella mantenía los ojos abiertos, su beso no acababa nunca. Cerré los párpados, muerto de miedo y de timidez. Todo volvía a mi memoria, su cuerpo desnudo, la mañana, sus manos en mis pelotas, el olor de su sexo en las bragas, el fuerte sabor de su humedad.

—Relájate, James, querido… Todo irá bien…

Abrí los ojos, para mirarla al decirme eso. Pasábamos junto a Hyde Park. La conductora me miraba sin dejar de conducir, siempre con una curiosa sonrisa en los labios. La muchacha era extraordinariamente bella. Me recordaba a una cantante de la Tamla-Motown cuyo nombre no acudía a mi memoria. Llevaba un uniforme severo, con hombreras.

Tilly tomó mi mano para meterla entre sus muslos. Con su vestido camisero, la falda muy corta y sin medias, me turbaba tanto como si hubiese estado completamente desnuda.

—Deja la mano ahí, y bésame. Mucho tiempo. No quiero que abras los ojos… Saboréalo…

Tenía la mano atrapada entre sus muslos. La calidez y la humedad que había en ellos me excitaban de una forma increíble. Se inclinó de nuevo sobre mí para introducir la lengua en mi boca. Era tierna, suave. Sentí que me fundía de amor. Nuestro beso duró muchos minutos. Yo esperaba que ella me tocase el sexo, pero no lo hizo. No podía mover la mano, presa en la trampa, entre sus muslos, sólo a unos centímetros de su sexo, cuyo calor llegaba hasta mis dedos. Ya no sabía dónde estábamos y me daba lo mismo. Cuando el coche se detuvo por fin, y la boca de Tilly se despegó de la mía, descubrí con sorpresa que nos hallábamos ante una mansión muy antigua. Delante había un jardín inmenso, un parque que la aislaba del resto de la ciudad.

—¿Dónde estamos? —pregunté, intrigado por lo siniestro del lugar.

Se había hecho de noche. La construcción se recortaba contra el cielo de un azul sombrío, sin una nube.

—Hemos llegado. Baja —me contestó Tilly, cuando la conductora abría la portezuela de mi lado.

No podía estar en la casa de un médico tradicional. Me sentía cada vez menos a gusto, aunque subí los peldaños que llevaban a la gran puerta de madera maciza de la mansión, con Tilly a mis talones. ¿Cómo podía existir una mansión como aquélla en Londres? La persona que vivía en ella debía de ser muy rica, sin duda. Nos abrieron,

y tuve la sorpresa de encontrarme ante una mujer joven, morena, con el cabello muy largo, con uniforme de doncella. Su vestimenta estaba en los límites de lo obsceno. La falda le llegaba sólo al límite de las nalgas y llevaba la botonadura del pecho abierta hasta bastante más abajo de los senos, que parecían grandes y firmes, dejando ver la hendidura que había entre ellos.

—Buenas noches, señora —dijo la muchacha, con un acento que recordaba el italiano—. *Welcome to Pussy's Castle*.

Tilly me empujó para que entrara y anduviese detrás de la muchacha. La falda se mecía a cada paso. Mi pulso se aceleró; no llevaba bragas. Cruzamos un gran vestíbulo para llegar a un comedor inmenso. Todo era de un lujo increíble. Las paredes estaban adornadas con pinturas originales de Manet, Picasso y Diakov, con tapices del siglo pasado, el suelo de mármol, la mesa de cerezo silvestre, el servicio de plata. Todo ello le daba a la estancia un aspecto de santuario, de museo. Nos instalamos en unos silloncitos muy cómodos, en uno de los ángulos, arreglado como un salón, ante una mesita en la que nos esperaban vasos de cristal y un frasco lleno de un líquido ambarino. Justo delante de mí, al otro lado de un velador de madera y cobre, Tilly me miraba sonriendo.

—¿Te gusta el lugar, James querido?

—Sí…

No conseguí decir más. Ella se divertía moviendo nerviosamente los muslos ante mis ojos, y enseguida vi que tampoco llevaba bragas. Su hendidura rojiza apareció ante mis ojos durante un segundo, sumido en el matorral del vello oscuro.

—Buenas noches. Aquí tenemos al joven James…

—¡Pussy! ¡Qué comenta estoy de verte! —exclamó Tilly, levantándose para darle un beso a la mujer que acababa de entrar.

Yo estaba soñando. Era absolutamente necesario que despertase. Nada de aquello podía ser verdad. La mujer que acababa de entrar no llevaba encima más que una pequeña bata de seda casi transparente. Se podían distinguir perfectamente los pezones oscuros de sus grandes pechos bajo el tejido, e incluso el triángulo de vello negro, que parecía inmenso. Alta, fina, de largo cabello negro peinado en un moño, se acercó a mí para estrecharme la mano.

—No, no, siga sentado, James.

Su apretón de manos era cálido, casi demasiado. De repente caí en la cuenta de que Tilly la había llamado Pussy. Eso significa «Chocho» y se usaba para designar el sexo de la mujer. Sólo en las películas las mujeres se llamaban así. No en la vida. La mujer, de unos treinta años o algo más, me volvió la espalda para verter el líquido ambarino en los vasos. No daba crédito a lo que veía. Me exhibía sus nalgas, bajo la finísima bata de seda. Después se sentó entre nosotros, tras tendernos nuestros vasos.

Era *bourbon*. Curioso médico que les ofrece alcohol a sus pacientes… A pesar del cuerpo apenas velado de la mujer, tan excitante, del lujo del lugar, yo no tenía más que un deseo: salir de allí cuanto antes. La doctora me miraba mientras humedecía

sus labios en el vaso de cristal. Era increíblemente bella. Pero el moño, la nariz afilada y los ojos de un negro inquietante le daban un aspecto severo. Bebí un poco de *bourbon*. Casi inmediatamente, el alcohol me procuró un beneficioso calor en todo el cuerpo.

—Así pues, James, tiene unos pequeños problemas por la noche; ¿no es así? —me preguntó la mujer mirándome rectamente a los ojos.

—Sí. Y además es muy sensible. Muy obsesivo… Huele mis bragas y se la menea al hacerlo.

Se me cortó el aliento. ¿Cómo podía Tilly decir algo semejante ante una desconocida? Aunque fuese médico…

—Muy bien… Así que tenemos mucho trabajo que hacer con este joven.

Apuré el vaso de un trago, buscando una relajación necesaria. La mujer, Pussy, se levantó y tiró de un gran cordón que había en la pared. Se abrió un tapiz, haciendo aparecer una puerta disimulada. La mujer la abrió y me rogó que la siguiese. Lo hice. Ya que estaba allí, tenía que ir hasta el final. Nos encontramos en un consultorio médico, con un pequeño escritorio, un armario lleno de instrumentos de medicina, cajas de píldoras y otros medicamentos. En una esquina había una camilla. Me sobresalté al ver que Tilly nos había seguido. Ella misma cerró la puerta.

—Tiéndase, James.

—Si…

Me quité la chaqueta y Tilly la dejó doblada en una silla. Luego me tendí en la camilla. La cabeza me daba vueltas. Nunca hubiese pensado que un poco *bourbon* pudiera hacerme un efecto semejante. Ya lo había probado en casa de un compañero de clase, en Francia, y la sensación no se parecía a la que entonces experimentaba.

Esperaba que la mujer me pidiese que me remangase una manga, para tomarme la tensión, o que me desabrochase la camisa para auscultar mi corazón. En lugar de eso, me abrió el pantalón, mientras Tilly me quitaba los zapatos. En mi momento, me habían quitado el pantalón. Era increíble.

—Y ahora el calzoncillo.

La mujer me bajó el calzoncillo y Tilly tiró de él para quitármelo. Me quedé en camisa y calcetines en la camilla, ante las dos mujeres. Me sentía avergonzado como nunca en mi vida. A causa de eso, mi polla se había quedado pequeña, casi inexistente, hundida en el vello púbico. Pussy sonrió de una manera extraña, con los labios fruncidos, mirando entre mis muslos. Y de repente dejó que se deslizase al suelo la bata de seda quedando completamente desnuda. Tilly, a un extremo de la camilla, miraba también mi sexo encogido.

—Bien. Vamos a ver. Aparte los muslos todo lo que pueda, James.

—¿Para qué? Yo…

Me sentía terriblemente intimidado. También temía que la mujer me hiciese daño, un pinchazo, o alguna otra cosa. Y no comprendía por qué se había desnudado.

No podía apartar los ojos de su cuerpo tan fino, de sus grandes pechos con los pezones erguidos, de su vellón que rozaba y cosquilleaba en mi muslo.

Empezó a palparme los huevos delante de Tilly. Yo contenía el aliento. Percibía el olor de su piel, una mezcla de transpiración y de perfume caro. Pequeñas gotas de sudor perlaban sus sobacos y resbalaban hasta su talle de avispa. Me apretaba los huevos hasta hacerme daño.

—Muy bien… Y ahora, el sexo.

Tiró de mi glande, como para sacarlo de su escondite. Pero cuanto más tiraba, más se me encogía. Unos segundos antes, me daba miedo tener una erección. Ahora ya podía estar tranquilo. Con dos dedos, me descapulló la punta de la polla.

—Polla más bien pequeña… Pero aun así de buena talla. Sin embargo, he de asegurarme… Póngame una mano en las nalgas, James. Tengo mi medio para hacer que las pollas salgan del agujero.

Yo estaba como ido, entre algodones. Instintiva mente, tendí un brazo hacia sus nalgas. El tacto era ardiente; la piel suave, la carne firme. Eran las primeras nalgas de mujer que tocaba. Ahincaba la totalidad de un globo de carne. Las puntas de mis dedos rozaban la hendidura de la carne, donde la piel es tibia, húmeda y más cálida.

—Tilly, enséñale los pechos.

Era como un sueño; nada de aquello podía ser real. Ante mí, mi tía se quitaba la parte de arriba del vestido, exhibía sus grandes pechos, con anchas aréolas morenas. También ella brillaba por el sudor.

—¿Así, Pussy?

—Manoséate, bájate la falda, enséñale el sexo.

En un santiamén, Tilly se bajó la falda y quedó completamente desnuda ante nosotros. Me quitó los calcetines, le dio vuelta a la camilla donde yo estaba tendido y pegó la entrepierna a uno de mis pies. Yo sentía en las puntas de los dedos la carne pegajosa entre el vello húmedo mojado por su humedad. Tilly se restregó contra el pulgar de mi pie izquierdo, mientras Pussy continuaba tirándome de la polla, que seguía estando pequeña y ridícula. Ya no me hacía me preguntas, me dejaba hacer, cada vez más entre algodones. Me sentía enormemente excitado, pero mi polla no respondía. Tilly se movió hacia abajo, y el pulgar de mi pie entró en su vagina. Ella se balanceaba, tiraba del vello para hacer que apareciese el clítoris, que yo veía en realidad por primera vez.

—Sigue sin haber reacción… James, búsqueme el agujero del culo, entre mis nalgas… Así… Quédese dentro.

Busqué el ano de Pussy, apartando con las puntas de los dedos los mechones de vello que obstruían la entrada. Por fin, sentí un pequeño cráter con pliegues y aún más cálido.

—¡Métame el dedo en el culo, le he dicho! —me gritó Pussy, dándome un violento golpe en los testículos.

Exhalé un ligero grito de dolor, y metí el dedo en el ano de la mujer. Era una sensación desconocida y perturbadora. El interior de su culo era liso, ardiente, y se contraía él solo en torno de mi dedo, como la vagina de Tilly en mi pie.

—Oh, Pussy; eres demasiado viciosa —murmuraba mi tía en la espesa niebla que me rodeaba.

Experimenté curiosas sensaciones. Los brazos me pesaban una tonelada, pero me sentía en plena forma. Y también tremendamente excitado. Hurgaba en el culo de aquella desconocida. Uno de mis dedos la rozaba entre los muslos, donde estaba más cálido y pegajoso. La cabeza me daba vueltas. La hermosa morenaza me masajeaba los testículos, con suavidad, y luego volvía a abofetearlos, y luego volvía a pellizcarlos y agarrarlos.

—Esta polla me recuerda a alguien —dijo Pussy con una risita.

Tía Tilly se echó a reír también.

—Oh, mierda… Deseo demasiado a este pequeño imbécil… Me estoy meando… Ohhhh…

Yo no daba crédito a aquello. Tía Tilly me orinaba en el pie, sin contención alguna. ¿Era también en ella consecuencia del alcohol o es que estaba tan excitada como para eso? ¿Orinaban las mujeres al gozar?

—Mete el dedo más a fondo, James.

Fui más allá, lo más allá posible. Estaba empujando algo con la punta del dedo. Sospechaba lo que era, y eso me excitó aún más. Y sin embargo no me empalmaba. O sólo a medias. Pussy maldecía. ¿Por qué estaba hablando de mi vaso de *bourbon*?

—Le he puesto la dosis, y no hubiese debido hacerlo… —murmuraba balanceándose bajo la profunda penetración de mi dedo.

Me tiraba suavemente del prepucio.

—Hmmmm… Perfecto… Ahora, retírelo y huélalo… ¡Deprisa!

Como un autómata, hice lo que acababa de ordenarme. Y ante mis ojos, Pussy se metió el pulgar en la boca y lo chupó. Luego, con una mano, me levantó los testículos. Mi tía ya no orinaba, se restregaba.

—Ahora me toca a mí —dijo Pussy, haciendo un gesto hacia mi ano.

Tilly seguía agitándose contra el dedo de mi pie. Respiraba con fuerza, se pellizcaba los pechos. No me esperaba lo que hizo Pussy. Hubiese debido esperarlo. Me metió el dedo en el culo de una arremetida, yendo lo más lejos posible. Tuve un sobresalto, y exhalé un ligero gemido. Sin embargo, el dedo había entrado con facilidad, humedecido con la saliva de la morenaza. Me hurgaba el culo, tensaba el índice para investigar en mi interior, como si intentase tocarme la polla en el fondo del culo, a través de las paredes de carne.

—Mira, Tilly; mira… Y tú, James, vuelve a tocarme el culo otra vez.

No comprendía lo que me estaba pasando. Volví a llevar la mano entre sus nalgas. Me incorporé para asistir al espectáculo que parecía fascinar a las dos mujeres. Mi polla se henchía, crecía más y más, mientras ella me hurgaba el ano. Se descapulló

por sí misma, sin tocarla, para tensarse al máximo. Tenía el vientre convulso, se me estrechaba el culo alrededor del dedo, como para expulsarlo. Fue en el momento en el que ella metió un segundo dedo cuando eyaculé, incapaz de contenerme. Me salió en chorros copiosos, sobre mi vientre, sobre mi pecho, con una fuerza increíble.

—Ya lo ves —dijo Tilly—; seguro que es por la bebida. Normalmente es más rápido.

—No cabe duda. Me sorprende que aún no se haya dormido.

Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de mi estado. Mis brazos parecían de plomo. Cuanto más esperma salía de mi glande, más me hundía en un profundo sueño. No conseguía mantenerme consciente. ¡Drogado! ¡Estaba drogado! ¡El *bourbon*! Pero ¿por qué me habían hecho eso? Quería volver a casa de tío Miles. O a mi casa, a Francia… Los párpados me pesaban una tonelada. Antes de que se me cerrasen vi, sin sentir nada, que Tilly se inclinaba sobre mi polla y me lamía el esperma, que formaba pequeños charcos en mi vientre. Su lengua se deslizaba, yendo hasta mí ombligo lleno de jugos. Y tuve un último estremecimiento al oír, antes de perder la consciencia definitivamente:

—Volveré dentro de una semana. Enséñale bien, de aquí a entonces.

—Su vida cambiará. Te lo devolveré y podrás joder con él. Será un campeón.

—Estupendo. Es encantador…

Caí en un agujero negro.

Soñé que me llevaban a una habitación lujosa, que me tocaban otra vez los testículos y la verga, que me metían dedos en el culo sin contención. Soñé que veía a tía Tilly mientras jodía con tío Miles, que él le metía la polla en el culo y eyaculaba en ella. De repente, aquella mujer ya no era tía Tilly, sino mi madre. Y él ya no era tío Miles, sino mi padre. Finalmente, el hombre jodía con Corinne, mi compañera de clase, aquélla con la que yo no me había atrevido.

Y soñé que metía mi sexo en la vagina de mi tía. Y que eyaculaba sin problemas. Eyaculaba, eyaculaba, eyaculaba. Una y otra vez.

4

DESPERTÉ en una gran cama con baldaquino, entre sábanas de seda, bajo un edredón grueso y cálido. Me era imposible saber cuánto tiempo había dormido. En la habitación con muebles estilo victoria no había reloj. Tampoco había ventana. La habitación estaba débilmente iluminada con bombillas de baja intensidad, que sustituían las llamas de unos falsos candelabros colmados aquí y allá. Cuando quise mirar mi reloj me di cuenta del estado en que me encontraba. Estaba despatarrado en la cama, completamente desnudo. En los pies, así como en las muñecas, unas gruesas argollas de acero me tenían preso, a las que estaban fijadas unas cadenas cuyos extremos se hallaban sólidamente anclados en las barras de la cama. Y, de repente, todo volvió a mi memoria. Todo lo que había ocurrido antes de que me durmiese. A retazos, como en un antiguo sueño. Para colmo, tenía la polla erguida, como todas las mañanas, y unas ganas enormes de orinar. Había de salir de allí cuanto antes.

No comprendía nada de todo aquello. ¿Por qué estaba amarrado? ¿Dónde estaba tía Tilly? Iba ya a gritar, a llamar, cuando la puerta se abrió. La joven negra, la que nos había llevado a Tilly y a mí a la mansión, entró. Mi corazón se puso otra vez a latir con más fuerza. Ella iba completamente desnuda. En cada pecho brillaba un anillo de oro, sujeto a los oscuros pezones, casi negros en comparación con el resto de la piel. Llevaba en la mano una pequeña palangana de cobre.

—¿Ha dormido bien? ¿Está usted en plena forma, señor?

—No… Quiero salir, marcharme de aquí… Suélteme…

Me sentía terriblemente avergonzado. La joven tiró del edredón y me vio desnudo y con la verga levantada. Pasó la lengua rosada por los labios al ver mi polla en tensión. Y sus ojos brillaron, como los de una niña ante un pastel. Parecía una gacela, con su alta estatura, sus largos muslos, sus pechos grandes y con forma de pera, sus nalgas de una redondez acentuada por el quebrado natural de su figura. Llevaba el cabello pegado al cráneo, tirante por un pequeño moño de finas trenzas, adornado con mechas de hilo de oro.

—Hmmmm… ¿Soy yo quien te provoca, francesito? No… Me parece que es que tienes muchas ganas de orinar… ¿No es verdad?

—Sí… Tiene que desatarme… Iré al servicio… No quiero quedarme…

—Chist, chist… Vamos, póngase de lado.

Pese a lo grotesco de la situación, obedecí. Y ella, con sus largos dedos de uñas lacadas en rojo, me cogió la polla y la dirigió a la palanganea colocada junto a mí, situando el glande sobre ella.

—Pero si puedo levantarme… Tiene que desatarme…

—No, no… *Mistress* Pussy se pondría furiosa.

Yo tenía sólo dieciséis años, y todo aquello me parecía irreal.

—No puedo hacerlo delante de usted… Sobre todo si usted me toca —dije, mirándole el pubis cubierto de vello rizado.

La muy viciosa se divertía haciendo resbalar la piel sobre el glande, con los ojos desorbitados por el deseo. Con la otra mano me tomó los testículos y los masajeó con suavidad. En cualquier caso, la calidez de su mano, sus dedos que me masturbaban, me impedían orinar. Y, de repente, ella levantó un muslo, y vi su sexo, una hendidura de labios negros, rezumante, con el interior rosado y brillante de humedad. Y eyacule, sin poder contenerme. Ella me apretaba la verga, y mi esperma salió en bruscos chorros, salpicando el fondo de la palangana de cobre. Me apretaba los testículos como si fuesen peras, como para extraerles todo el jugo. Yo gemía a mi pesar, vaciándome entre sus largos dedos en el recipiente, con la mirada fija en su hendidura reluciente, rezumante de humedad.

—Oh, no… —balbucí, terriblemente avergonzado.

—Eso no está bien… Ahora hay que orinar…

Después del esperma, fue mi orina lo que salió de mi meato henchido, llenando la palangana. No conseguía controlar mis actos. Seguía en erección, orinaba, la miraba, y ella levantaba aún más la pierna, para mostrarme el ano, más abajo, una pequeña hendidura más oscura, rodeada de algunos pelos también negros y crespos. Finalmente, me agitó la polla para que cayesen las últimas gotas de orina.

—Vaya, vaya… Esto no está bien… Tengo que enseñarle esto a *mistress* Pussy.

—Pero si ha sido usted quien lo ha hecho… Usted me ha masturbado… Y yo…, yo…

—*Yeah… See you later*… Volveremos a vernos.

Se levantó y desapareció por la puerta. Yo me incorporé, furioso, para tirar con todas mis fuerzas de las cadenas que me tenían prisionero en la cama. Pero resistieron. ¿Y qué iba a ocurrirme ahora? ¿Lo sabía tío Miles? Me volví a tender de espaldas, agotado, tratando de encontrar un medio de salir de aquel lugar. Y, a la vez, estaba tremendamente excitado. Mi verga se resistía a ablandarse. El olor de la negra flotaba en la pequeña estancia. Me sentía aún muy excitado al pensar en su sexo, en sus pechos. ¿Dónde había ido a parar? Era el paraíso y el infierno. El gozo y la vergüenza. No pude evitar inclinarme sobre la sábana, donde la negra había puesto las nalgas. Estaba húmedo, todavía cálido. Olía a orina, sudor y desodorante. La puerta se abrió cuando estaba husmeando la sábana con la nariz. Me sobresalté, con el corazón al galope. Era Pussy. Esta vez iba vestida, por decirlo así. Llevaba un sostén con las puntas recortadas, dejando asomar los pezones. Su pubis moreno, increíblemente velludo, estaba apenas oculto por un cubresexo de cuero. La cinta le pasaba entre las nalgas redondas. No estaba sola. La acompañaba un hombre, corpulento, con pantalón y camisa, de una complexión impresionante. Parecía un luchador de feria, con un pequeño bigote sobre el labio y el cabello reluciente de gel o de brillantina. Sonrió ligeramente al verme desnudo en la cama. Su mueca se

acentuó a la vista de mi verga aún en erección. Esta vez yo estaba aún más avergonzado. Era muy joven y me sentía humillado.

—Te presento a Grunther. Se encarga de la seguridad. Es muy fuerte. Y muy mala persona… Pero también puede ser tierno —dijo ella.

El hombre permanecía mudo. Me aterrorizaba. Pussy se dio cuenta. Veía cómo mi verga volvía a ponerse blanda y se empequeñecía. Y el hombre reía por lo bajo al ver el cuadro.

—Déjanos ahora, Grunther.

El hombre salió, después de dirigirme una mirada sombría, directamente a los ojos. Mensaje recibido. Comprendí que me interesaba mantener un buen comportamiento. Pussy fue a sentarse a mi lado. Yo no era capaz de decir palabra. La atmósfera acababa de cambiar. Había una amenaza en suspenso, y eso no me gustaba. Nunca había sido muy valiente, nunca había tenido una pelea.

—Todo el jardín está bajo la vigilancia de Grunther, con la ayuda de cámaras de vídeo, las veinticuatro horas del día. La puerta de entrada y las ventanas tienen mando eléctrico, y no se abren si yo no lo ordeno.

Hablaba suavemente, sin ninguna amenaza en la voz. En contradicción con lo que decía, acababa de ponerme una mano en la pierna. El contacto de su piel, el calor de su mano, me turbaron.

—¿Por qué estoy aquí?

—No debes inquietarte. No queremos hacerte daño. Estás aquí para aprender a hacer el amor, a ser el mejor amante del mundo. Ya lo ves, sólo tengo placer que proponerte.

Mi vientre se crispó cuando me tomó la verga para jugar maquinalmente con ella, mientras seguía hablando. La polla se henchía sola entre sus dedos.

—Voy a desatarte. Ya verás. Si haces todo lo que yo te mande, esta estancia quedará grabada en tu memoria como lo más bonito que te haya ocurrido. ¿De acuerdo?

La mujer me excitaba terriblemente. Parecía que pudiese ser dura y malvada, y a la vez de una dulzura y una ternura increíbles. Yo entraba mi erección en su mano, mirando sus pezones de un malva oscuro, sus largos muslos bronceados, el vello ensortijado y negro que rebosaba a uno y a otro lado del mínimo cubresexo. Recordaba la suavidad y la calidez de su ano, cuando me ordenó que metiese el dedo dentro.

Me soltó con rapidez.

—Ahora, debes hacerte hombre. Has de pasar la prueba. Eres virgen, ¿verdad?

—Sí…

El corazón me latía más deprisa. ¿Qué iba a pedirme? Se levantó para telefonear a una tal Honey. Honey es un diminutivo, en inglés, especialmente amable, para una muchacha. Significa asimismo «miel». Poco después, la puerta se abrió. Entró una pareja. Una chica joven, de unos dieciocho años, y un chico de la misma edad, quizás

un poco mayor. Me cubrí con la sábana, instintivamente, ya que tenía las manos libres.

La chica era baja, rubia, con largos cabellos que caían en cascada sobre sus hombros. No llevaba más que un conjunto de sostén y bragas de encaje negro, y medias del mismo color, que se mantenían por sí mismas en sus muslos. Su cintura era fina, sus pechos medianos. El chico era más alto, moreno, con el ondulado cabello corto. Estaba a su lado, con un *slip*. Visiblemente, debía de estar mejor dotado que yo. Por debajo de la prenda se adivinaba a la perfección el tamaño de sus testículos y de su verga en reposo, grande y rolliza.

—Honey y Darío. Están aquí por lo mismo que tú. No se han visto nunca y no se conocían hasta hace unos minutos. Darío se marchará pronto; Honey lleva aquí dos días.

La chica parecía tímida. Sus mejillas habían enrojecido. Su cara hacía pensar en la de una muñeca. Iba demasiado maquillada. Pussy les hizo una señal. El chico, Darío, tomó a la chica de la mano y la llevó a la cama, donde ella se tendió de espaldas. Pussy me dijo que me sentase junto a la cabecera, junto a ella, para dejarles sitio. Yo imaginaba lo que iba a ocurrir, y no podía creerlo.

—Para Honey es la primera sesión *live*. Es virgen.

Darío se tendió sobre la chica y le quitó el sostén. Inmediatamente, empezó a chuparle los pezones. Al principio con suavidad, y luego empezó a mordisquearlos. Ella parecía burlarse de lo que el chico le hacía. Nos miraba, sobre todo a Pussy, que acababa de meter la mano bajo la sábana para tomarme la polla. Yo entraba en erección, y sin embargo algo me disgustaba en ese espectáculo. Estaba seguro de que la chica no estaba de acuerdo. Una lágrima resbaló por su mejilla, como para confirmar mis pensamientos. Y, sin embargo, yo no podía apartar la mirada de sus pechos, que se henchían con los lengüetazos de Darío.

—No quiero… *Mistress* Pussy… Tengo miedo… —musitaba la chica entre lágrimas.

—¿Quieres que mande venir a Grunther?

—No. No.

Parecía aterrorizada. En el fondo de mi ánimo, hubiese querido encontrar la fuerza necesaria para poner término a todo aquello. Pero Pussy me estaba manoseando la verga con arte, haciendo que el prepucio se deslizase lentamente sobre el glande, apretando la verga con la mano a intervalos regulares.

Darío deslizó una mano bajo las bragas de Honey. Le masajeaba la vulva a placer, como si nosotros no estuviésemos allí. La chica seguía implorándole a Pussy con la mirada, conteniendo sus sollozos. ¿Por qué le daba miedo Grunther, el perro guardián de Pussy? ¿Qué les hacía a los que no obedecían? Darío se incorporó y le quitó las bragas a la chica, que se quedó sólo con las medias. Le separó los muslos. Mi corazón latía aún con más fuerza. Veía su sexo, una hendidura rosada, lustrosa, de labios delgados, y su pubis increíblemente velludo, rubio. Su raja me hacía pensar en una

llaga. A continuación, el muchacho metió la cara entre los muslos de la chica, para lamerle con largos lengüetazos el coño. Podía notar el olor desde donde estaba, es decir a unos centímetros de la acción. La lengua pasaba entre los delgados labios, y apuntaba para entrar en el agujero. Ella exhalaba ligeros gemidos, con la respiración entrecortada. Y seguía implorándole a Pussy con la mirada. Las lágrimas brotaban aún de sus ojos azules. Empezaba a transpirar copiosamente.

—Me da vergüenza… Delante de él… Delante de usted… —gemía la chica, que se arqueaba con los lengüetazos de Darío.

—Aprende a gozar, idiota. Tú sabes, y yo sé, que eres una pequeña viciosa. Déjate ir hasta el final. Fíjate, mira…

No me lo esperaba. Pussy apartó la sábana para descubrir mi verga erguida entre sus dedos. La chica llevó inmediatamente la mirada hacia allí y empezó a gemir un poco más fuerte. Tenía miedo, lloriqueaba, pero mi verga la excitaba. No me moví. El chico le levantaba las piernas y lamía su culo de rubia. Lo tenía lleno de vello en la raja. Yo veía la lengua de Darío que cosquilleaba el ano rosado, casi rojizo, de la chica. Ella exhalaba pequeños gritos y respiraba con más fuerza. Se tomó los pechos a manos, llenas para manosearlos delante de nosotros, pellizcando sus pezones. Y sin embargo decía:

—Oh… Me da vergüenza… Me da tanta vergüenza…

Sin apartar la mirada de mi verga, Pussy me soltó. Mi polla seguía derecha, en vertical, tan tensa que me tocaba el vientre. Yo ya no sabía qué posición adoptar. Curiosamente, no tenía ganas de ocultarme. Estaba casi orgulloso al ver el interés que la chica sentía por mi verga enhiesta. Darío se incorporó. Tenía una verga enorme, que sobrepasaba en su mitad el *slip*. A su lado, yo me sentía en ridículo. Su glande era como dos veces el mío, henchido como para estallar. Se bajó el *slip*, para exhibir la totalidad de su polla erguida. Ni nos miró.

Todos los olores se mezclaban en la habitación. Los de los cuatro cuerpos allí presentes. Pussy olía a perfume de lujo, pegada a mí, restregando sus pezones duros contra mi brazo. Darío, el muchacho, y la chica, Honey, exhalaban un olor animal. Cuando él le separó los muslos por segunda vez, un fuerte olor a culo y orina me llegó a la nariz. No podía creer que él fuese a joder con ella delante de nosotros. Y, sin embargo, empezó a pasar su verga erecta y enorme sobre la vulva lustrosa de la muchacha rubia. Entre su vello ensortijado, su clítoris rosado se tensaba, fuera de su vaina de carne arrugada. Ella se manoseaba los pezones con más violencia, sin apartar la mirada de mi verga.

Los testículos de Darío eran especialmente grandes. Se balanceaban bajo su polla en tensión. Parecía estar sorprendentemente tranquilo. Al contrario que yo, que asistía a la escena en erección, terriblemente disgustado y excitado a la vez.

—Oh, *mistress* Pussy… Me va a hacer daño… Es la primera vez…

—No te hará daño, idiota. Sabes muy bien que yo te he desflorado con el dedo.

Las lágrimas seguían rodando por sus mejillas, pero seguía manoseándose los pechos.

—Pero es que es demasiado grande… Preferiría hacerlo con este otro… Tiene la polla más pequeña…, más delgada… Tiene que ser mejor…

—Se llama James. Acaba de llegar. No está preparado para esto.

Al decir estas palabras, Pussy apoyó los labios en mi mejilla y me lamió suavemente. Yo sentí que el vientre se me crispaba. El aliento cálido de Pussy me turbaba. Su lengua me cosquilleó en la comisura de los labios. Sus grandes pechos se aplastaron contra mi brazo. Darío coloco su verga venosa entre el agujero vaginal de la chica. Era algo increíble. Ella exhaló un alarido inhumano cuando la totalidad de la verga entró en ella, como si la envergadura de la verga la vaciase de todo el aire que tenía en los pulmones.

—Ahhhh… Ohhhhh… Es grande… Me desgarra…

Ella se arqueaba con la potencia de la penetración. Darío iba y venía en ella, siempre sin mirarnos, como si nosotros no estuviésemos allí. La cama temblaba con cada uno de sus enviones. Los pechos de Pussy saltaban pegados a mí. Honey, la chica a la que estaban jodiendo delante de mí, empezaba a exhalar otra vez pequeños gemidos, mientras que el joven la machacaba. El chico tenía una técnica furiosa. Iba muy deprisa, y de repente ralentizaba durante unos segundos, para empezar a agitarse otra vez sobre ella como un loco. Ruidos de succión llegaban del coño de la chica. Era como si él estuviese haciendo burbujas sobre ella.

Sus grandes pechos temblaban como flanes. Ella retenía ahora al joven por la cintura, con los muslos separados al máximo. Yo veía perfectamente la gran verga que se deslizaba entre los finos labios de la chica, que exhalaba un olor todavía más animal, un olor a culo y sudor.

—Yo… quisiera verle el culo a ese chico… Tocarlo… Si le parece, *mistress* Pussy…

—Vuélvete, James… Hay que darle gusto a Honey…

Yo estaba tremendamente excitado. Ya no sabía lo que hacía. Y sin embargo me volví, de rodillas, con los muslos separados por Pussy. La chica me veía el ano, y sentí que sus dedos me tomaban los testículos. Los apretaba, lanzando gritos cada vez más fuertes.

—Ohhh… Es demasiado bueno… Que se acerque más… Más cerca…

Pussy me empujó por los hombros, haciéndome recular, acercándome a la chica. Mi verga se ponía aún más dura y henchida.

—¿Puedo? Por favor, *mistress* Pussy.

—Sí.

Apenas me dio tiempo de preguntarme lo que quería Honey. Sentí su lengua entre mis nalgas, que pasaba sobre mi culo. Mientras la jodían, me chupaba el ano, me manoseaba los testículos. Nunca me habían hecho nada semejante. Era delicioso, y a la vez sentía una vergüenza increíble. Ella me olía el culo, gimiendo entre mis nalgas.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Para colmo, Pussy me tomó la cabeza entre las manos para besarme.

—Pellízcame los pezones a la vez —dijo la morenaza.

Con una mano apretujaba los pezones brotados por la abertura de las cazoletas del sostén. Y la lengua de Pussy jugaba con la mía. La otra mujer me daba grandes lengüetazos entre los testículos y el culo. Me ensalivaba los huevos. Yo sentía que mi culo se contraía por sí mismo.

—Ohhhh… Me voy, me voy… Me voy…

La chica dejó mis testículos y deslizó una mano por debajo de mí para cogerme la verga. Sus gestos eran suaves. Ya no pude contenerme.

—Ahhhhh… Está eyaculando en mi mano… El otro se está vaciando en mi coño… Ohhhh…

La chica me dejó ir, y de inmediato Pussy me ordenó que me volviese para verla gozar. Mi verga lanzaba chorros de esperma y no me obedecía. Se encabritaba ella sola, regaba las sábanas, y luego mis muslos y mi vientre, mi vello, cuando me senté con el aliento entrecortado para mirar a Honey. Ella lloraba mientras gozaba, lanzando tremendos alaridos. Darío estaba tendido sobre ella, con la cara en su cuello, en su larga cabellera rubia. Sólo sus nalgas se agitaban, como si recibiesen descargas eléctricas. La cama parecía un barco en alta mar. Honey se retorcía sobre sí misma. Yo estaba sin aliento. Mi verga se ablandaba, el esperma fluía de mi meato henchido. Honey lamía mis jugos de sus dedos mientras giraba, mientras me miraba a los ojos.

Finalmente, dejó de moverse, y lo mismo Darío. Parecían agotados. Yo también lo estaba. Respiraban con fuerza los dos. Los mechones de cabello rubio estaban pegados a la frente cubierta de sudor de la chica, que tenía la cara roja como un tomate. Ya no lloraba.

—Muy bien, chicos. Bravo, Honey… Eso es algo bien hecho —dijo Pussy levantándose.

—Otra vez, *mistress* Pussy… Quisiera una vez más…

—Cada cosa a su tiempo, bonita. Vamos, arriba.

Darío se apartó de la chica. Su verga estaba aún tensa, enorme. Chorreaba su propio esperma y las humedades de la muchacha. Pussy le tendió a ella un pañuelo, y ella se apresuró a ponerlo entre sus muslos. Se levantó, pareciendo titubear, con el cuerpo reluciente de sudor.

Mi aspecto era el de un idiota, sentado en el mismo lugar, con la verga blanda y ridícula en comparación con la de Darío, con el vientre y los muslos llenos de esperma. Pero aún estaba terriblemente excitado. La chica me daba la espalda, besaba a Darío en la boca. Veía sus nalgas, redondas y firmes. El joven la estrechó entre sus brazos y sus manos fueron a parar a los dos globos de carne, para triturarlos ante nosotros. Apoyó la cabeza en un hombro de la chica y me miró por primera vez. No daba crédito a lo que veía; separaba las nalgas de la chica rubia para mostrarme su

culo rosado. Cosquilleaba así las carnes de Honey, distendía su culo rosado, rodeado de rizos de un vello más oscuro, junto al pequeño cráter. Luego se separaron el uno del otro, y Darío me hizo un pequeño guiño que me sorprendió casi más que todo lo que acababa de ver.

Antes de salir, Honey se volvió y llegó hasta mí para inclinarse y besarme en la boca. Pude sentir el olor de mi culo en sus labios. Algo repugnante y excitante a la vez. Me dio una ligera palmada en los testículos, y yo me sobresalté por la sorpresa y el leve dolor.

—Una vez, si es posible, *mistress* Pussy, quisiera… Con él…

—Tiene menos años que tú, Honey… Quizá dentro de unos días. Cuando te hayas convertido en una reina, la reina de la jodienda.

La pareja se fue. Pussy se me acercó.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

Yo sentía aún la saliva de Honey entre mis nalgas, y mis testículos estaban pegajosos.

—A mí también. Mira…

Apartó el cubresexo, exhibiéndome sus grandes labios, espesos, muelles y brillantes. Forzó su carne separando los grandes labios. Un hilo viscoso, como saliva, los unía entre sí. Eso me disgustaba, me turbaba, me excitaba. Yo era un mar de contradicciones.

—Acércate… Huéleme el coño… —me imploró Pussy.

No me hice rogar. Olisqueé entre sus muslos. Los labios eran oscuros, estaban llenos de pliegues. Su clítoris brotaba entre el vello negro. Empecé a entrar otra vez en erección. Nunca había visto una vulva desde tan cerca, a pocos milímetros de mis ojos.

—Cuenta. Describe el olor.

—Es… Huele a orina… Es muy fuerte… Y el perfume…

—¿Te excita?

Sí, ése era el efecto que me causaba. Pero tuve un momento de duda antes de contestar. Hubiese preferido un olor más suave, más perfumado. Sin embargo, yo sabía que lo que olía era algo íntimo, y mi corazón tocaba a rebato.

—Ya lo verás… Dentro de poco un coño tendrá que oler así para excitarte.

Descubrí sobre todo que no todas las mujeres tienen el mismo olor. Se parecía, pero era diferente. El de tía Tilly, en las bragas, el de la chica rubia, que acababa de joder por primera vez delante de mí, y este coño de mujer morena entreabierto y rezumante; ninguno olía verdaderamente igual.

—Ahora, acuéstate y trata de dormir un poco. Rosie vendrá a verte.

Antes de que le preguntase para qué, cerró la puerta a su espalda, dejándome solo. Estaba otra vez en erección. A pesar de Grunther, no quería marcharme de aquel lugar. Sentía curiosidad, estaba intrigado, turbado, disgustado y sobre todo excitado.

Era virgen todavía. Quería meter la polla en un sexo de mujer. Saber lo que era eso. Me incliné sobre la sábana, donde había estado tendida la chica rubia, Honey. El tejido seguía húmedo con su sudor. Había gotas de esperma, el de Darío, en el lugar donde ella había tenido las nalgas. Tenía ganas de masturbarme, ebrio de sensaciones demasiado fuertes para un chiquillo como yo. Pero el somnífero aún hacía su efecto, y la violencia del orgasmo que había tenido, cuando la chica me manoseó la verga mientras la jodían, me había agotado.

Pese a todo, me manoseé la verga mientras olisqueaba la sábana, allí donde la chica, Honey, había tenido las nalgas. La verga se encabritaba sobre mi vientre, parecía un pez en un acuario; mi meato parecía entreabrirse, pero no hizo más que echar perdigones. Y recordar el coño de Pussy volvía a darme ganas de tener una erección.

Finalmente, me dormí, con unas gotas de esperma en el vientre, en el vello, agotado.

Pero con la verga aún erguida.

5

FUE Rosie, la joven negra, quien me despertó, al sentarse a mi lado, completamente desnuda, como siempre.

—Hmmmmm… ¿Siempre con la polla empinada, James?

Yo me sentía particularmente en forma. El efecto del somnífero había desaparecido y el sueño había sido reparador.

—Venga conmigo, James.

Me tomó de la mano y yo me levanté para seguirla hacia un gran tapiz, que ella apartó para desvelar una puerta. Decididamente, la mansión encerraba muchos escondrijos. Al otro lado había un cuarto de baño, especialmente lujoso. Los grifos eran de oro. Una araña de cristal iluminaba el lugar, lo cual me pareció curioso, incluso grotesco. Había una taza de inodoro, un bidet, una bañera ducha. Y como siempre ni una ventana. El recinto, como con seguridad el resto del gran caserón, estaba climatizado.

—¿Qué, una pequeña meada? ¿O una grande? —me preguntó la chica, mostrándome la taza.

—No, no —respondí con timidez.

Algo raro me ocurría. Aquella chica me excitaba más que las demás. Quizá porque era negra y estaba tan bien hecha, con sus dos obuses como pechos y los anillos en los pezones. Era diferente, amable, y yo me sentía a punto de eyacular cuando ella me masturbaba encima de la palangana de cobre. Olía a perfume y a transpiración.

—Yo, es que tengo deseos… Ahora mismo me estoy reteniendo… No hay que decírselo a *mistress* Pussy… Es que no debo hacerlo en las habitaciones de los invitados…

—No. No. No diré nada.

Era demasiado excitante. Se puso sobre la taza, balanceándose, y apartó el vello púbico tan rizado para que asomase su clítoris tenso y oscuro y separar sus grandes labios negros y relucientes. Su vientre se henchía, se apretaba y de repente un chorro de orina salió de su coño salpicando el fondo de la taza. Cuanto más meaba delante de mí, más se balanceaba y más parecían henchirse sus pechos y brotar sus pezones, apuntando hacia mí. Miraba mi verga mientras orinaba. El olor de su orina llegó hasta mí. Dejó ir una ventosidad. Me dio vergüenza por ella, pero eso no pareció molestarla en absoluto.

Nunca ninguna mujer lo había hecho delante de mí. Me excitaba más que las otras. Nunca hubiese pensado ver semejante cosa, ni siquiera en mis fantasías más locas.

—¿Seguro? ¿De verdad no quiere, James?

—No. Oh, no.

Verlo era una cosa, y hacerlo otra.

—Bueno, pues tengo orden de lavarle. Entre en la bañera.

Yo estaba enormemente excitado. No opuse ninguna resistencia. Pero me di cuenta, al entrar en la bañera, de que mi verga había vuelto a ponerse blanda y pequeña. Sin duda debido al espectáculo inesperado al que acababa de asistir.

—Bien —dijo Rosie, abriendo el grifo y poniendo la palanca en la posición de ducha—. ¡Al ataque!

Dejó la alcachofa de la ducha a mis pies y tomó el frasco de gel de baño para echarse en una mano. Y luego empezó a untarme el pecho y el vientre. Me masajeaba. La espuma resbalaba a lo largo de mi verga y por mis testículos. Muy cerca de mí, yo sentía su olor almizclado. Sus grandes senos se agitaban ante mis ojos.

—Hmmmmm, hmmmmmm… Y ahora lo más importante.

Empezó a manosearme la verga a manos llenas. La espuma hacía que sus caricias fuesen aún más suaves. Tiraba de mi prepucio, y mi verga se ponía dura, se henchía entre sus dedos. Se pasaba la lengua por los labios. Pequeñas gotas de sudor perlaban su frente, sus pechos. Sus dedos se deslizaban a lo largo de mi verga, y yo me dejaba lavar, como un niño. Masajeaba ahora mis testículos, uno tras otro, y yo me empinaba cada vez más.

—Dese la vuelta, James.

Me dejé hacer. Nunca hubiese creído que a un hombre, a mí, le gustase que le tocasen el ano. Creía, como todos los chicos vírgenes, o como los hombres que no han encontrado a mujeres que les amasen hasta ese extremo, que el culo estaba reservado para los homosexuales. Que sólo ellos podían encontrar placer por ese lugar. Rosie pasó sus dedos jabonosos entre mis nalgas, entreteniéndose en el ojo del culo y frotándolo. Sentí que se abría, que se dilataba a mi pesar.

Se me escapó una exclamación. Rosie me acababa de meter entero un dedo en el ano, y lo removía en el interior como si tratase de limpiarlo hasta el menor recoveco. Cuanto más se deslizaba dentro de mí, más ganas tenía yo de gozar. Procuraba controlarme, con esfuerzo, y pensar en otra cosa. Por fin, retiró el dedo de repente, para darme la vuelta, con las manos en mis caderas. Y ahí estaba yo, ante ella, con los brazos caídos y la polla en ristre.

—Vamos a enjuagar… esta bonita y pequeña polla…

Tomó la alcachofa de la ducha y empezó a rociarme el pecho y el vientre. La calidez del agua no aliviaba en absoluto mi estado.

—Levante la pierna… Apóyese en mí… Tóqueme, si quiere…

Me regaba la polla, los testículos, daba la vuelta a la alcachofa para dirigir el chorro entre mis nalgas. Le apoyé una mano en un hombro. Era cálido, estaba resbaladizo por el sudor. Ella me masajeaba los testículos para desprender los últimos

restos de espuma. El recinto, en ese momento, estaba lleno de su olor, del olor del gel, con perfume de lavanda, uno de los aromas preferidos de los ingleses.

—Tóqueme los pechos, si quiere… —susurró, mientras me manoseaba la verga, sin motivo, porque estaba limpia de espuma.

Lo hice. Eran grandes, firmes y muelles a la vez. Apenas me atrevía a manosear sus pezones negros, por miedo a hacerle daño, a causa de los anillos dorados.

—¿Quiere que se la chupe…? Pero no debemos decírselo a *mistress* Pussy… ¡Se pondría furiosa!

—Sí… Sí que quiero… Yo…

Esa casa era el paraíso y el infierno. Entró en la bañera conmigo, puso sus nalgas redondas en el borde y me apretó contra la pared que tenía detrás.

—Hmmmm… Deseo tanto a esta pollita francesa…

—Soy medio inglés —dije yo, como un imbécil.

Tomó mi verga entre sus dedos. Sentí que era necesario que se diese prisa. Iba a eyacular, sólo pensando en lo que me esperaba. Ella había separado sus muslos y yo veía, más abajo de mi polla, su sexo entreabierto, del que sentía su olor almizclado, animal. Yo tenía la verga descapullada, tensa a no poder más. La forzó para bajarla, poniéndola en horizontal ante su boca. Su lengua salió de entre sus labios, para llegar, en el extremo del glande, hasta el meato. Tuve un sobresalto y exhalé un ligero grito. Era tan sensible que apenas podía soportarlo. Y, de golpe, encerró por completo mi verga en su boca. Nunca había sentido una sensación semejante. Mi verga parecía aprisionada en una funda ardiente, húmeda y palpitante. ¡Ya estaba en la boca de una mujer! Su lengua recorría mi miembro, la apretaba contra el paladar, la aspiraba como si quisiera hacerla más suya. Yo ya no podía respirar, con el vientre hecho un nudo, con el corazón agitado en el fondo del pecho. También yo tenía ganas de lamerla, de saborear su coño de negra, su culo y hacer todo lo que había podido imaginar en mis sueños más locos. Después de Tilly, después de Pussy, de quien estaba enamorado era de ella. Hubiese querido meter mi polla en su vagina, saber por fin lo que era eso. Ella succionaba cada vez con más fuerza. Dejaba que mi verga saliese de su boca para lamerme los huevos.

—Oh, sí… Esto es estupendo… Méteme mano otra vez en los pezones… Ohhh… Pellízcalos… No le preocupes por los anillos… No me hacen daño…

Me chupaba con suavidad, tomaba sólo mi glande entre los labios para probarlo, como si fuese un biberón. Deslizó sus manos detrás de mí, para tomarme las nalgas y masajearlas. Pasó enseguida una mano bajo mis testículos, forzándome a entreabrir las piernas. Creí que quería estar más cómoda para manosearme los huevos, pero ella tenía otra cosa en la cabeza.

—Hmmmmm… Este culito está caliente… Un hermoso culito… Y tienes pelo en la raja… Me encanta…

Acababa de meterme el dedo en el culo. A mí me costaba cada vez más mantenerme en pie. Las piernas me temblaban, mi ano se apretaba en torno del largo

dedo de la negra. El olor de su coño me embriagaba, cada vez más almizclado. En ese momento, ella hizo algo que me sorprendió pero que me excitó aún más. Me apartó el dedo del ano, para llevárselo a la nariz, mientras seguía chupándome la verga. Ponía los ojos en blanco, se agitaba, mientras seguía sentada. Se llevó el dedo abajo, se lo introdujo en el coño, lo sacó a continuación y lo olió otra vez. Aquella joven negra era increíblemente viciosa. Yo sentía que iba a eyacular. Ella gemía suavemente, mientras seguía chupando.

—Oh, cuánto me excitas, James… Está tan buena tu polla…

Un ruido me hizo mirar entre sus muslos. Estaba orinando en la bañera, mientras seguía chupando. Seguía meando, salpicaba mis pies con sus chorros ardientes. Yo no comprendía por qué. Con una mano entre los muslos, tiraba de su clítoris, lo trituraba entre dos dedos, como si fuese un fósforo de carne. Respiré profundamente. Un gran sofoco se adueñaba de mi pecho. Se me paraba la respiración. Iba a eyacular, estaba ya en el punto de no retomo. La verga se me encabritó para inundar su boca, cuando la puerta se abrió. Rosie dejo ir mi polla de entre sus labios para volverse, tremendamente horrorizada.

—Oh, no, *mistress* Pussy… Fue él quien insistió fue él… Me forzó a hacerlo…

Seguía teniendo mi verga entre sus dedos. Yo eyaculaba delante de mí, incapaz de contenerme, a pesar de la situación. Mi esperma le salpicaba los pechos, el cabello, la cara, y a ella le daba lo mismo. Ante nosotros, Pussy, con los labios fruncidos y las manos en las caderas, con una bata de seda transparente, la miraba con el entrecejo fruncido.

—¡Marrana! ¡Ya sé yo muy bien que él no te ha pedido nada! Lo vas a pagar.

Pussy salió deprisa del cuarto de baño. Rosie salió de la bañera y resbaló sobre el mosaico mojado, completamente enloquecida.

—Oh, no —decía, lloriqueando—. Oh, no… Tengo que salir de aquí…

Pero en el momento en que iba a pasar por la puerta, llegó Pussy y la tomó de un brazo con violencia.

—Marrana… Lo vas a pagar… Soy yo quien manda aquí…; ya sabes que no puedes joder con los invitados hasta que yo lo diga. No antes…

—¡Oh, no…!; *¡no!; ¡él no!*

Rosie se descomponía, se debatía al ver entrar a Grunther, armado con un látigo de largas tiras trenzadas. Tampoco yo las tenía todas conmigo. Mi verga volvía a su concha. También yo sentía terror ante el coloso que acababa de entrar. Rosie reculaba mirándole. Tropezó con el lavabo y se derrumbó contra la pared, golpeándose la cabeza. Yo tenía la boca seca. Paralizado por el miedo, ya no pensaba en el placer que acababa de disfrutar, un placer frustrado por la intromisión de aquellas dos personas. Hubiese querido eyacular en su boca.

—Súbete en el bidet —dijo Pussy, con voz demasiado suave, apretando los dientes.

Como la negra no reaccionaba lo bastante deprisa, la tomó de la muñeca para arrastrarla al bidet. Temblando de miedo, Rosie subió, manteniendo apenas el equilibrio, en el borde esmaltado. Se estremecía con grandes sollozos, el rostro deformado por el miedo. Pussy sacó de un bolsillo de la bata un par de esposas que entregó a Grunther. Éste las puso en las muñecas de la negra, después de pasarlas alrededor de una cañería. Así quedaba ella presa, con los brazos levantados y los pies en el borde del bidet. Hacía esfuerzos para no resbalar. Lloriqueaba.

—No… Eso no…, eso no… Es demasiado…

—Ya le lo advertí cuando te sorprendí a punto de lamerle el culo a Honey, ayer. No sabes contenerte, marrana.

Saqué fuerzas de flaqueza, recurrí a todo mi valor, para intentar defenderla.

—He sido yo… Porque por mí…

—Cállate, imbécil —me gritó Pussy—. ¿Quieres probar el látigo en su lugar?

—No… —me humillé yo, con las manos ante mi verga y mis testículos.

Tenía que hacer algo, no podía permitir que a aquella chica que había sido tan amable conmigo la azotasen así como así. Pero mi cobardía me impulsaba a reconsiderar la forma en que ella me había acusado. Encontraba toda clase de excusas para no tener que vérmelas con Grunther, el coloso.

—Sacúdela bien… Ya sabes dónde, Grunt…

Yo estaba fuera de mí. Pussy separaba las piernas de Rosie, y los pies de la joven resbalaron del borde del bidet. Así, se encontró suspendida de la gran cañería, que parecía lo bastante sólida como para soportar su peso. Pussy separaba las carnes morenas de la joven para hacer que apareciese el clítoris.

—Me hacen daño las muñecas… Eso no…, no… *¡no!*

Pero era demasiado tarde. Con un rictus maligno en los labios, Grunther golpeó con un gesto vivo y violento el clítoris de la joven, que exhaló un grito inhumano, con el rostro inundado de lágrimas.

—¡Los pechos! ¡Golpéale los pechos!

—*¡Noooooo…!*

Grunther golpeaba, y volvía a golpear, cada vez con más fuerza los pechos de la joven. El silbido y luego el chasquido en la carne sensible de la chica eran insoportables para el oído y el espectáculo era muy desagradable para la vista. Los pechos saltaban, así como todo el cuerpo, bajo los golpes. Rosie relucía por el sudor y su olor llenaba el recinto. Finalmente, el hombre dejó de golpear a una orden de Pussy.

Rosie colgaba de la cañería, con la cabeza caída hacia atrás, sacudida por los sollozos y las convulsiones. Ya ni siquiera intentaba recuperar el apoyo en el borde del bidet. Sus senos eran de un extraño color. Los golpes habían enrojecido su oscura piel. Los pezones se veían aún más erguidos. Grunther la tomó por la cintura bajo sus poderosos brazos, mientras Pussy la soltaba, subida en la taza del retrete. El hombre la soltó y ella se desmoronó sobre la alfombrilla del baño, delante de mí, enfrente de

la bañera. Se frotaba tos pechos, como para aliviar el dolor de los golpes que había recibido.

—Ya sabes que cuando prometo algo siempre cumplo mi palabra. Hace mucho tiempo que Grunther esperaba esto…

—Haré todo lo que usted quiera —imploró Rosie, de rodillas delante de Pussy—. No volveré a tocar a nadie… Pero entonces que no me pidan que les lave… Es demasiado tentador… Oh, no…

—De rodillas, marranita. Enséñale el culo a James.

Rosie obedeció la orden de Pussy. Dejó ver sus nalgas, y el agujero de su ano. Pero yo miraba más bien a Pussy. Acababa de quitarse la bata, quedando completamente desnuda ante nosotros. Le bajó la bragueta a Grunther, sacando de ella un sexo enorme, el mayor que nunca hubiese visto. También sacó del pantalón un par de testículos increíbles, cada uno de ellos como una gran patata velluda. El sexo de Grunther era obsceno, parecía un enorme embutido, con la piel carnosa, que se deslizaba bajo los dedos ágiles de Pussy. En un segundo, ante la mirada horrorizada de Rosie, la polla se hizo enorme, con el glande grueso como un melocotón gigantesco.

—Es tuya, Grunther.

—No…, eso no…, con él no…, es demasiado grande…

Pussy le dio un latigazo en las nalgas con todas sus fuerzas. Rosie saltó, como un conejo que acabase de recibir un disparo. Grunther se puso de rodillas detrás de ella. Pussy se inclinó sobre la hendidura vellosa de la negra para escupir en el agujero del culo. Rosie lloraba, agitándose con los sollozos. Grunther puso su gruesa polla venosa en la hendidura, para humedecerla con la saliva. Cada vez se hacía más grande y más larga.

—Moriré… Así no… En el culo no…

Un nuevo latigazo en las nalgas la calmó de repente. Sin embargo, seguía implorando, pero en voz baja, como si fuese una oración.

—Nunca me lo han hecho así… No lo podré soportar… Nunca… Oh, no…

Grunther la tomó por las caderas y la forzó de una embestida. Vi el grueso glande entrar en el ano de la negra, deteniéndose en su progresión, en el almohadillado que le separaba del resto del tronco de carne venosa. Rosie exhaló un grito aún más inhumano.

—Ahhhh… Me está dando por el culo. Me está enculando, Pussy… Dígale que pare… Me desgarra…

Pero nadie le respondió. El sexo grueso y horrible se hundía cadenciosamente en el ano distendido. A pesar de sus gritos, Rosie tomó sus pechos para manosearlos, y yo creí verdaderamente, idiota de mí, que lo hacía para calmar el dolor de los golpes que acababa de recibir. Vi que la polla no había entrado del todo, como sí Grunther prolongase el placer o el terrible dolor que parecía anonadar a la joven negra.

—No tienes de qué quejarte. Estoy segura de que, a fin de cuentas, te gusta, ¿no? —dijo Pussy, acercándose a Grunther.

—Oh, no, *mistress* Pussy… No. No… No debe ir más lejos…

Ante mis ojos, Pussy deslizó una mano entre los muslos del coloso y le manoseó los testículos. El monstruo de feria separaba sus piernas musculosas, gruñía, pero no decía nada. Penetraba un centímetro más en el ano deformado de Rosie.

—Ohhhhh…, Ohhhhh…

Pussy seguía masajeando los dos grandes testículos velludos, sonriendo, con una tranquilidad inesperada. Se abría la bata para restregar sus grandes pechos de areolas oscuras contra las nalgas del hombre, le apartaba las nalgas para pasar mejor sus tetas por el culo del verdugo. Y él se hundía aún más. Rosie aullaba, Pussy gemía de placer pasando sus pechos por el culo peludo. Todo eso me disgustaba. Rosie ya no podía estar ni a cuatro patas. Acababa de caer sobre los codos, con los senos aplastados contra el suelo, con las nalgas siempre arriba, prendida a la polla monstruosa de Grunther. Éste exhaló un «¡ah!» final, y la polla entró por completo. Creí que Rosie se había desmayado. Ya no gritaba, se había quedado con la cabeza en el suelo, con los ojos cerrados, inerte. Lentamente, Grunther empezó a hacer que su polla se deslizase en el agujero del culo dilatado por la fuerza. Yo veía cómo sus grandes cojones se restregaban contra el coño lustroso pero contraído de Rosie cada vez que su enorme verga entraba por completo en la joven. De repente, ella levantó la cabeza, con los ojos desorbitados. Empezó a agitarse, a balancearse.

—Me está desgarrando…, ahhhh… Me está hiriendo… Me va a matar… Que no siga, que no siga…

Yo no podía creerla. De repente parecía sentir placer al encularla el monstruo. La encontraba ridícula, obscena; después de todo lo que había dicho, de lo que había implorado, a fin de cuentas no pedía más que eso.

—Ohhhh… Es demasiado grande… Voy a orinar. Me está apretando la vejiga…

Chorros de orina salpicaron la parte interna de sus muslos, el pantalón de Grunther, la alfombrilla sobre la que ella estaba caída. Grunther lanzó un corto grito animal, con los labios fruncidos hasta volverse blancos.

—Ohhh… Ya sale… Ya sale… *Mistress* Pussy… *Mistress* Pussy…

Grunther se vació en el culo de la negra. Vi los pechos de ésta restregarse contra la alfombrilla, unos pechos henchidos hasta no poder más. Exhalaba cortos gritos, y luego, de repente, lanzó un tremendo aullido de placer que casi me sobresaltó. El coloso retiró su verga, aún larga y dura, chorreando esperma, del culo de la negra, que cayó inmediatamente boca abajo, agotada, con los ojos en blanco. Sus nalgas seguían abiertas, su ano dilatado, del tamaño de la polla que acababa de encularla. Como el cráter de un volcán en calma, que aún tuviese alguna ola de lava que desbordara de su cumbre. ¡Lava de esperma!

—Llévatela, Grunther. De prisa, no quiero seguir viendo a esta imbécil.

Como si levantase una muñeca de trapo, el coloso tomó a Rosie bajo el brazo y nos dejó solos a Pussy y a mí.

—Bueno, parece que el espectáculo te ha gustado, querido Jimmy…

No me había dado cuenta de que estaba en erección.

—No era necesario hacer eso —dije, tranquilizado por la suavidad de su tono y también por la desaparición de Grunther.

—Eres demasiado sensible. Tilly ya me lo había dicho… No te preocupes por Rosie; a ella le gusta que le den por el culo… Es la primera vez que la enculan, pero estoy segura de que hará tonterías para volver a probarlo…

Con aquella mujer yo pasaba del calor al frío. Estaba desnuda. Me tomó por la cintura para ayudarme a salir de la bañera. Se puso delante de mí y me abrazó para besarme en la boca con suavidad y ternura. La calidez de su beso me recordó el de la tía Tilly, en el Rolls que nos había llevado hasta allí. Por primera vez tenía un vientre de mujer apoyado contra mi polla erguida. Noté que mis testículos se restregaban contra el gran triángulo de su vello púbico. Un cierto calor empezó otra vez a invadir mi vientre y sentí un intenso picor en los testículos.

—No hemos acabado de divertirnos, mi querido James… No lamentarás tu estancia en casa de Pussy…

Pussy se retorcía, rozaba mi verga con el pubis. Su cuerpo emanaba un calor animal terriblemente perturbador. Sus pezones se aplastaban contra mi pecho. Puse los brazos alrededor de su cintura, para hacer que mis manos se deslizasen sobre sus nalgas redondas. Su piel era de una suavidad infinita. Esta vez la amaba a ella. Una verdadera alma de cántaro. Sólo tenía dieciséis años; bastaba que una mujer me dejase hacerle caricias, que jugase conmigo, que fuese tierna, para que yo me derritiese.

—Un día haremos el amor los dos, antes de que te vayas…, o quizás antes… ¿Quieres, *baby, sweethearl*?

—Oh, sí —susurré yo, verdaderamente conmovido.

Ella se echó a reír al ver lo patético de mi expresión. Antes de dejarme solo, me dijo que en adelante nadie iría a lavarme. Por lo que acababa de ocurrir. Y que yo tenía que estar siempre limpio en todo momento, para el caso de que ella llegase de improviso.

Una vez solo, me senté en mi cama, agotado pero excitado por la dulzura de sus besos, la calidez de su piel, la belleza de su cuerpo y de su cara, y sobre todo por el recuerdo de mi polla deslizándose en la boca de Rosie. Me levanté para comprobar si la puerta de entrada estaba bien cerrada eléctricamente. Ella había dicho la verdad. Sólo se podía abrir desde el exterior. En una película había visto al héroe tomar una regla metálica muy fina, ponerla entre dos trozos de goma para aislarla y deslizar un extremo en la rendija de la puerta para provocar un contacto… Pero eso sólo podía funcionar en las películas.

Al volver junto a la cama me di cuenta de que me habían entrado una mesita con ruedas, seguramente mientras a Rosie la enculaban en el cuarto de baño. En ella había unos platos. Destapé las bandejas: huevos con bacon, café, tostadas, carne fría, *pudding* y zumo de naranja me esperaban, a cual cosa más apetecible. Me senté en una silla para devorarlo todo.

Ahora ya no tenía ganas de marcharme de aquella mansión, del Pussy's Castle. Pese a Grunther, sabía que me esperaban otras sensaciones. Estaba en erección mientras comía, mas turbándome con una mano y con el tenedor en la otra.

Me perturbaba lo que acababa de ver, el enculamiento de Rosie, y el hecho de que, en resumidas cuentas, y no comprendía por qué, a ella le diese placer. Y el recuerdo de la boca caliente en torno a mi glande, y la lengua rosada de la joven negra, y su dedo en mi culo, todo eso me daba más ganas de masturbarme que de comer. Sentía un gran calor al pensar en ella. Olí mis manos; aún tenía en ellas el olor de su perfume, que me venía de cuando le había tocado las nalgas. Me di prisa en terminar la comida para tenderme en la cama y masturbarme a placer.

Era en Pussy en quien pensaba. Esa mujer tan hermosa que producía un efecto increíble que no lograba comprender. Viciosa y suave, tierna y violenta, me hacía pasar del calor al frío, trastornaba mis emociones.

Finalmente, me dormí con la polla en la mano, agotado.

6

DESCANSABA, repasando todo lo que había vivido desde mi llegada al Pussy's Castle. Estaba excitado, y al mismo tiempo disgustado. ¿Cómo podía existir un lugar así? ¿Y quién era realmente Pussy? Finalmente era ella quien me obsesionaba y me desconcertaba más. Por supuesto que me hubiese gustado estar en el lugar de Darío para acostarme con Honey y, por supuesto, si me hubiese sido posible ir más lejos con Rosie, me habría costado negarme. ¿Y tía Tilly? Lo recordaba todo, en mi habitación, en su casa, a mi llegada al Castle. Cuando restregó el coño contra los dedos de mi pie, y sobre todo la última visión, cuando la vi inclinarse sobre mi vientre para lamer mi esperma. Pero cuando yo saliese de ese lugar y volviese a verla, ¿aceptaría ir más lejos conmigo? Y además me asaltaban los remordimientos. Estaba tío Miles. Y si eso se supiese, ¡qué escándalo en la familia!

En la cama, con los ojos cerrados, esperaba la continuación de los acontecimientos con una curiosa serenidad. Pero aun así me mantenía en un estado de excitación latente. Imaginaba a Pussy en las posiciones más insólitas y más obscenas. Hasta aquí, ella sola representaba a la mujer, en todas las facetas posibles. Podía mostrarse dura y violenta, como con Rosie, tierna y cómplice, o viciosa. Sobre todo tenía un cuerpo que hacía que me diese vueltas la cabeza. No parecía muy inglesa sino más bien una mujer de un país cálido, española, o italiana, o de América del Sur. Su cabello era muy negro, largo y sedoso, su piel de un moreno natural, y sobre todo el vello del pubis, el de los sobacos y el de la hendidura de las nalgas era rizado y particularmente oscuro. Sus pezones, asimismo, eran muy oscuros. Estaba pensando en ella cuando la puerta se abrió, sobresaltándome. El lugar estaba tan bien insonorizado que me era imposible adivinar la llegada de alguien. ¡Pussy!

Llevaba esta vez un vestido largo y muy amplio, ceñido a la cintura, con un gran escote y mangas muy cortas. Su larga cabellera le caía en cascada en torno a su rostro de rasgos perfectos.

Se sentó junto a mí. Yo estaba desnudo en la cama, y sorprendido de no estar en erección.

—Hoy tengo una pequeña sorpresa para ti. Dentro de un momento tendrás visitas. Tú eres ahora un chico grande. Te vas a convertir en un hombre.

Puso una mano en mi verga, que inmediatamente empezó a crecer. Despacio. Pussy jugaba con mi prepucio mientras iba hablando.

—Qué sensible eres…, y tan encantador…

Se inclinó y pasó la lengua sobre mi meato. Mi verga se tensó al máximo con la suavidad y la calidez, con la humedad de la caricia bucal. Luego, fue depositando besos ligeros a todo lo largo de mi miembro, para detenerse finalmente en mis huevos.

—Hay que darse prisa… Tienes que correrte. Si no, la sesión que te propongo se quedará corta… Estás tan excitado…

Se levantó el vestido y fue a sentarse sobre mi vientre, de espaldas. La calidez de sus nalgas, de su sexo, que sentía húmedo sobre mi vientre, me excitó aún más. El vestido le había caído hasta el culo. Yo no veía nada. Ella se dejó ir con todo su peso sobre mí. Su vello púbico y el que había alrededor de su coño y en su hendidura se restregaban contra mi piel. Se movió un poco, deslizando una mano hasta su culo. Yo estaba estupefacto. Bajo el fino tejido, apartó las nalgas para ceñirlas sobre mí. La mujer sabía lo que hacía.

Luego empezó a masturbarme, al principio con suavidad, y luego cada vez más deprisa. Mientras, masajeaba mis huevos.

—Mírame el culo, mira lo que hay en mi hendidura. Levántame el vestido.

Lo levanté con las manos temblorosas. El olor de su ano llegó inmediatamente a mi nariz. Veía su culo de cerca. Él solo se henchía, en medio de la maleza de su vello rizado y negro. Más abajo, sus grandes labios parecían querer adherirse a mi piel, pegajosos y muelles. Era demasiado. Sentí que mi vientre se crispaba, que mis huevos subían lo más alto posible, hasta la base de mi miembro. Y eyaculé sin contención. Y cuanto más eyaculaba, con más fuerza me mas turbaba ella. Hasta hacerme daño. Mi esperma brotaba en recios chorros, y ella lo recogía en la palma de la mano, meneándose sobre mí, haciendo que su coño inundado de humedad se deslizase sobre mí. Hubiese querido incorporarme, lamer el agujero de su culo y su coño. Pero su peso me lo impedía.

—Eso es. Ahora ya estás listo.

Se levantó para ir a buscar un manguito al cuarto de baño, y volvió para secarme la verga. Mi glande estaba rojo por haberme masturbado de aquella manera. Tenía un sobresalto cada vez que ella me pasaba el manguito por la polla, insistiendo sobre mi glande. Se me volvía a poner blanda, pero aún estaba excitado. En mi vientre veía las huellas de su coño, como si un caracol se hubiese entretenido paseando por encima de él. También un pelo de su vulva había quedado pegado en mi piel.

—Ahora ven. Sígueme.

—Yo… Bueno, hubiese preferido…

—¿Hubieses querido chuparme? ¿Meterme la polla en el coño? ¿Joder conmigo?

No contesté. Ella sabía muy bien lo que yo había querido decir. La seguí. Mi habitación daba a un largo pasillo con suelo de *parquet* impecablemente encerado y las paredes lacadas en negro. Seguía a Pussy, ligeramente intranquilo. ¿Con qué iba a encontrarme? La morenaza se detuvo ante una puerta parecida a la mía. Al apretar un interruptor, se abrió. En una habitación como la mía estaba Darío en pie junto a una cama, desnudo.

En la cama, junto a él, una chica más o menos de mi edad, quizá de diecisiete años, nos miraba entrar conteniendo el aliento. Estaba tendida de espaldas, desnuda. Tenía grandes pechos, con los pezones tensos y amplias aréolas. Era rubia y tenía

poco vello en el pubis. Su cara parecía la de una muñeca. Enseguida vi huellas en su cuerpo de piel lechosa, unas manchas rojizas que hacían suponer que acababa de tener placer con Darío.

—Te presento a Jill. Es virgen como tú. Vais a joder delante de nosotros. Haréis exactamente lo mismo que Darío y yo. Será vuestra primera vez; para los dos lo mismo.

—Oh. Quisiera descansar, *mistress* Pussy —dijo la chica llamada Jill.

Pussy no respondió, pero se volvió hacia mí, quitándose el vestido para mostrarme su cuerpo desnudo. Su transpiración olía aún con más fuerza. Yo sentía ligeros picoteos en el vientre. Darío se quitó el *slip*, exhibiendo su sexo y su par de huevos peludos.

—Jill es tan excitable como tú. Deberíais entenderos.

Nos tendimos los cuatro en la inmensa cama. Mi corazón tocaba a rebato, y sin duda el de Jill también.

—Primera lección. Jill, lámele la polla a James. Así.

Junto a nosotros, Pussy se inclinó hacia adelante, con los grandes pechos balanceándose, para que entrase en su boca la verga de Darío, que estaba de rodillas. Yo adopté la misma posición. Mi verga subía sola. Jill la tomó entre sus dedos, echando atrás el prepucio y descubriendo el glande. Antes de hacerlo, me miró. Sus ojos brillaban, unas gotitas de sudor resbalaban desde sus sienes. Olía a perfume, pero el olor mareante de Pussy, junto a nosotros, era más fuerte. Yo hubiese dado cualquier cosa por estar en el lugar de Darío.

—Mira, chupa bien… Así —decía Pussy mirándonos entre dos lengüetazos.

La chica había metido mi verga en su boca y la chupaba suavemente. Se ponía cada vez más dura. Yo encontraba otra vez las sensaciones que había conocido con Rosie, la joven negra a la que Grunther había azotado y enculado. No miraba a la chica, sino a Pussy. Ésta probaba la verga de Darío. Él mantenía los ojos cerrados, y estaba de rodillas como yo. Ruidos de succión llegaban de nuestras respectivas vergas. Darío saboteaba, yo descubría.

—Masajéale los testículos a la vez, Jill.

Inmediatamente, la muchacha me tomó los testículos a manos llenas para masajearlos. Un tremendo calor invadió mi vientre. Ahora comprendía mejor por qué Pussy me había masturbado antes. Hubiese eyaculado hacía rato si no me lo hubiera hecho poco antes. Contuve mis gritos cuando ella me pasaba la lengua por el punto más sensible. Darío, por su parte, dejaba brotar sus gemidos.

—Y ahora, ¡vamos! —dijo Pussy.

Se tendió de espaldas, con las piernas abiertas de par en par, exhibiéndonos sus grandes labios, suaves y abiertos. Rezumaba humedad. Darío se puso de codos entre las largas piernas de Pussy y empezó a pasar la lengua por su sexo inundado. Mientras yo miraba lo que hacía, Jill adoptó también la misma posición. Con las piernas abiertas de par en par, me mostraba su coño, una hendidura de labios

pequeños y delgados, apenas visibles. La piel, a los lados, era rojiza. Más abajo, entre las nalgas, podía ver su ano, una pequeña hendidura rodeada por un poco de vello rubio, más oscuro, casi rojo, como en los bordes del agujero vaginal. Hice lo mismo que Darío. Por primera vez besé un sexo de mujer, Sabía a sudor y a orina, estaba resbaladiza. En cuanto mis labios rozaron su coño, Jill empezó a gemir. Yo me liberaba, lamía su coño, me embriagaba con su olor. La chica empezaba a gustarme.

—Más arriba está… Ohhhhh… Darío… Está el clítoris… Sigue hacia lo alto de la raja… Lame, James…

Pussy daba las órdenes, pero gozaba con placer no disimulado de los lengüetazos de Darío. Yo estaba celoso a mi pesar, y sin embargo me excitaba mucho lo que hacía. Chupé la carne en el lugar indicado. El pequeño clítoris se irguió. Lo rodeé con los labios instintivamente para sorberlo. Jill se retorcía y se manoseaba los pechos, pellizcándose los pezones con violencia.

—Oh, Dios mío… Oh, *mistress* Pussy… Voy a correrme… Chupa tan bien… Ohhhh… Chúpame el culo… Chúpame el culo, James…

—Hmmmm… Buena idea, Jill… —dijo Pussy levantando las piernas lo más alto posible para mostrar su ano en la maleza de su vello oscuro.

Volví la cabeza. Darío daba grandes lengüetazos en el ojo del culo de Pussy. Lo deformaba separando los bordes, tirando de la carne que lo rodeaba con los dos pulgares. Yo hice lo mismo, ¡Estaba chupando un culo! El ano de Jill tenía un olor fuerte, pero eso no me molestaba, hasta ese punto estaba excitado.

—Meted las lenguas en nuestros culos… Oh, sí… —gemía Pussy.

—Oh, sí… Así… —añadía Jill.

Se retorcía, con las piernas bien altas. Saqué la lengua para hundirla en el ano ardiente de la chica rubia. Restregaba la verga contra la sábana mientras lo hacía. Había abandonado la posición de rodillas para tenderme ante la entrepierna de Jill. Volvía los ojos a veces para mirar como Pussy se tocaba los pechos, también, mientras Darío la chupaba sin descanso. Ella se incorporó, atrayendo a Darío entre sus muslos.

—Y ahora, estáis demasiado excitados… Vamos… Ven, Darío… James, mete la polla en el coño de Jill…

Vi cómo la gran verga de Darío llegaba ante el coño húmedo de Pussy y se introducía entre los dos grandes labios. Sus grandes testículos habían subido hasta la base de su polla. Jill esperaba en la misma posición a que yo la penetrase. Mi corazón latía como un tambor. Iba por fin a hacer el amor con una mujer. Me deslicé entre los muslos de Jill e intenté una primera vez meter mi verga en su vagina. Pero no encontraba el agujero. Resbalaba hacia arriba, hacia abajo, idiota de mí, virgen.

—Ayúdale, Jill —dijo Pussy.

Estaba avergonzado de mí mismo. La chica tomó mi verga para llevar su extremo al agujero vaginal. El calor de su sexo me provocó una descarga eléctrica en todo el cuerpo. La penetré un poco, porque Pussy me dijo:

—Suavemente. Es virgen… Hay que hacerlo con suavidad…

Yo no sabía qué hacer. Pero mi polla no se reblandecía, todo lo contrario. Jill me miraba, visiblemente emocionada. Yo iba a ser el primero, como ella era la primera. Dejé que mi miembro se deslizase con suavidad. Y me encontré con su himen.

—Sigue, sigue. Tengo muchas ganas… Ohhhh… Sí, sí…

Empujé un poco. Sentí desaparecer la resistencia. Ella se mordía los labios, mirándome a los ojos. Nunca había experimentado una sensación semejante. Su vagina se ajustaba a la forma de mi verga, como un guante de carne ardiente y pegajoso.

—Sigue… Empuja más fuerte… No me haces daño… Sigue…

Hice lo que Jill me pedía. Mi miembro se deslizaba más y más deprisa, empujaba sus órganos en el fondo de su vagina. La cama era un barco en plena tempestad. Por su parte, Darío y Pussy se entregaban al placer sin desafuero. Ruidos de succión llegaban de los sexos de las mujeres, los grandes testículos de Darío golpeaban el culo de Pussy, como los míos el de Jill. Esta última me tenía cogido por la cintura, para forzarme a entrar a fondo en su coño rojizo. Sus senos saltaban con cada uno de los golpes de mi polla; sudaba cada vez más. Estaba reluciente de sudor. Su olor se hacía más fuerte, mezclado con el de Pussy, Darío y yo.

Jill, con los ojos abiertos para no perderse nada, se volvió hacia Pussy y su amante. Se besaban, se chupaban la lengua con entusiasmo.

—Haz lo mismo, James… Bésame… Oh, sí… Ve más a fondo con tu polla… —gemía la muchacha, agitando la cabeza.

Me incliné sobre ella. Nuestras bocas se soldaron. El contacto decuplicaba mi excitación. Pero, de repente, me aspiró la lengua y empezó a gozar, antes que yo, jadeando. Separó sus labios de los míos.

—Oh, cuánto estoy gozando…, gozo con su polla… Oh, mierda, mierda… Es demasiado bueno… Ohhhh…

Su vagina se contraía alrededor de mi polla. La aspiraba como para quedársela, como para arrancarla de mi vientre. Yo no había eyaculado. Me preguntaba si podía seguir. Ella no se movía, abrumada por su orgasmo. Me volví hacia Pussy, decepcionado, triste.

Ella me sonrió con ternura.

—Ocupa el lugar de Darío.

—Oh, no —dijo Jill—, Que se quede, quiero seguir gozando… Puedo… Quiero volver a gozar…

—Darío ocupará su lugar.

Yo no daba crédito a lo que oía. Pussy aceptaba que yo lo hiciese con ella. Era a ella a quien yo quería. Era a ella a quien deseaba. Estaba enamorado como el chico virgen que era. Cuando Darío entró con su verga más grande que la mía en el coño de Jill, ella exhaló un estertor de placer. Y yo me puse encima de Pussy, sin atreverme a acercar mi verga a su sexo, prohibido hasta ese momento.

—Ven, James. La has desvirgado, eres un hombre. Entra en mi coño. *Come on Pussy's pussy…*

Me sentía terriblemente tímido. Soñaba con eso desde que la había visto. Y ahí estaba, desnuda ante mí, con sus grandes pechos henchidos, con los pezones tensos.

—Mete tú mismo la polla. Ahora ya sabes cómo hay que hacerlo.

Jill exhaló otro estertor. En el momento en que metí la verga en el coño de Pussy, Jill y Darío se levantaron por orden de Pussy.

—Dejadnos. Id a otra habitación.

Pude ver la mirada de ira que me lanzó Darío antes de salir. Ahora ya estábamos solos, Pussy y yo. Yo acababa de meter la verga en su vagina. Era aún más cálida que la de Jill, la chica rubia.

—Hazme el amor, James. Como quieras. Haz conmigo lo que quieras…

Era terriblemente mujer, terriblemente hermosa.

—Antes quisiera lamerte por todas partes —tuve el valor de decir, temblando.

—Ya veremos en otra ocasión… Quédate en mi coño… Conténtate con mis pechos…

Me volqué, dejando que mi verga se deslizase en su vagina húmeda. Chupé sus pezones, que estaban duros y suaves a la vez. Su piel estaba salada por el sudor. Acerqué mi boca a la suya y mi lengua entró entre sus labios pulposos. Mi pubis se deslizaba y restregaba contra el suyo, abombado y carnoso. Mis testículos golpeaban entre sus nalgas. Pronto iba a eyacular, lo sentía. Ella levantó los brazos, y sentí el olor que emanaba de sus mechones oscuros. Hundí la nariz en ese vello, para lamerlo, como si fuese su culo o su coño.

—Goza, querido mío… Goza…

Y al decirlo, pasó sus brazos a mi alrededor para tomar mis nalgas a manos llenas y cosquillear mi ano con la punta de una uña. Su vagina se contraía alrededor de mi verga. Ya no pude seguir conteniéndome. Eyaculé inconteniblemente, con el corazón saltándome en el pecho, sin aliento. Le lamía los sobacos, la besaba, me apoyaba en un brazo para manosear sus hermosos y grandes senos lechosos, blandos y firmes a la vez. Mí esperma brotaba en poderosos chorros para tapizar el fondo de su vagina. También ella estaba sin aliento. Cuando al fin me apreté contra ella sin moverme, me estrechó la cintura entre sus largos muslos, y me empujó por las nalgas para sumirme a fondo en ella. Y exhaló un largo lamento, un estertor terrible. Su cuerpo temblaba de los pies a la cabeza.

Finalmente cayó inerte, con la mirada trastornada, Aproveché que se pasaba la lengua por los labios para chuparla.

Ella exhaló un ligero grito de animal herido. De la mujer autoritaria no parecía quedar más que una niña pequeña, sacudida por un intenso orgasmo. Yo ya no sabía qué pensar, ni qué hacer. Poco a poco, la verga se me ponía pequeña, amenazaba con salir de su sexo pegajoso. Me rodeó con los brazos y me estrechó contra sí.

—Eres tan encantador…, tan dulce…, tan joven…

—Yo… Te amo… —dije con el corazón a punto de estallar.

—¡Calla! No debes decir eso, aunque lo pienses Debes reservar esas palabras para las chicas de tu edad.

—Pero es la verdad… Te amo… Es la primera vez que lo digo.

No me dejó seguir; me puso un dedo en la boca para impedir que siguiese hablando. Mi verga salió de su vagina, para mi gran decepción. Me tendí junto a ella, con la cara contra uno de sus grandes pechos, para respirar aún su aroma.

—Tengo treinta años, catorce más que tú… Y tú estás aquí para aprender a follar… para tu tía Tilly.

—Me da igual; a quien quiero es a ti.

Tenía lágrimas en los ojos ante este amor imposible. Esta vez, al menos así lo creía yo, estaba verdaderamente enamorado de alguien. Todo lo demás me daba lo mismo.

—Dentro de unos días te irás de aquí y no volveremos a vemos nunca.

—Oh, no. Quiero volver a verte.

Se levantó, y me llevó otra vez a mi habitación, tomándome de la cintura, como lo hubiese hecho una amante. Me tendió en la cama. Entre tanto, habían dejado otra comida en la habitación, en una mesita con ruedas.

—¿Cuánto tiempo he de quedarme aquí todavía?

—Es un secreto… —me contestó Pussy, depositando un beso en la punta de mi glande, después de descapullarlo.

Luego se fue. Pero yo pude ver en su mirada, en sus ojos brillantes, que sentía algo por mí. No podía engañarme, ni siquiera a mi edad. Podía reconocer a una persona enamorada.

—Eres encantador…

Y la puerta se cerró. Me quedé mucho rato tendido en la cama, sin moverme. Tenía ganas de llorar, de dejar fluir todo el nerviosismo que sentía, todo el amor que sentía por ella, la primera mujer en cuya vagina había eyaculado. Ya ni siquiera pensaba en Jill, que sin embargo era tan encantadora, que olía a mujer y estaba tan bien formada. Tan sólo el recuerdo de la calidez del coño de Pussy seguía grabado en mí, su olor tan almizclado, que seguía impregnándome. Me mojé un dedo, para pasármelo por la verga y chuparlo a continuación. También su olor estaba presente en mi vello. Lo tenía aún húmedo de su flujo, que había inundado su coño de grandes labios espesos y muelles.

Lo comprendía, ella no quería apegarse a mí. Todo estaba preparado para que yo no supiese si era de día o no, ni en qué día estábamos. Y Tilly, mi tía, me había besado tan prolongadamente para impedirme ver el camino y saber dónde estaba el Pussy’s Castle. ¿Cuál era su verdadero nombre? No podía ser Pussy, eso lo sabía con certeza. No se le puede llamar así a una chica a menos de estar loco.

Finalmente, me senté y comí, para tenderme de nuevo a continuación. Dormí mucho.

O al menos, eso me pareció.

7

ESTA vez fue Grunther quien fue a buscarme para llevarme fuera de la habitación. Recorrimos otra vez el largo pasillo, y subimos la escalera situada al final, para encontrarnos en otro pasillo igualmente largo. Yo estaba desnudo.

—¿Dónde está Pussy? —le pregunté a Grunther.

Me miró, impasible. Seguía dándome miedo. Me preguntaba si follaba con Pussy. Sólo pensar en eso, le odiaba instintivamente. Esperaba volver a verla, volver a hacer el amor con ella.

Grunther me empujó a una gran estancia donde estaban sentadas en torno a un velador tres mujeres de unos cincuenta años, aunque las tres eran muy hermosas y aún deseables. Una de ellas me hizo pensar inmediatamente en mi madre; se le parecía, tanto por el rostro como por la figura. Yo estaba desnudo delante de ellas; instintivamente, puse una mano delante de mi sexo.

La estancia era muy amplia y no tenía ventana, como todas aquéllas a las que me llevaban. El lugar se parecía a aquel que había visto a mi llegada, con tapices en las paredes, una inmensa araña de cristal en el techo, alfombras orientales, pinturas de los grandes maestros y sobre la chimenea una cabeza de ciervo disecada. A pesar de todo lo que me había ocurrido desde mi llegada, me sentía terriblemente incómodo por encontrarme desnudo ante aquellas tres mujeres bastante mayores que yo.

Ellas me miraban por el rabillo del ojo, mientras tomaban té. Yo no sabía qué actitud adoptar, y sobre todo me preguntaba dónde estaba Pussy. Imaginaba las cosas más locas: que estaba enamorada de mí, que no quería volver a verme.

Fue Rosie, la joven negra, quien llegó después que yo. Llevaba con ella a otros dos jóvenes de mi edad, o casi. Se situaron uno a cada lado de mí, sin decir palabra, también desnudos los dos. Todo se entremezclaba en mi cabeza. ¿Quiénes eran esos chicos? ¿Estaban allí como yo, por el mismo motivo? ¿Se habían acostado con Pussy? Ni uno ni otro parecían estar cómodos. También ellos eran jóvenes y tímidos. Rosie llevaba un amplio vestido africano, con enormes estampados, que le llegaba hasta los pies. Se sentó aparte. Grunther se adelantó hasta nosotros. Sentí que el cabello se me erizaba en mi cabeza. Llevaba el látigo en una mano.

—Levantad las manos, muy alto, para mostrarles las pollas a estas damas —ordenó Rosie.

Obedecí inmediatamente, como el que estaba mi lado. Era un chico algo más alto que yo, más delgado, y con la cara afilada como la hoja de un cuchillo. También él miraba el látigo de Grunther. Debía de haberle visto en acción, quizá también con Rosie. Como el otro, el de mi izquierda, un poco más bajo y gordo, no obedecía, el coloso le dio un violento golpe en las nalgas con el látigo de cuero trenzado. El chico gritó y levantó los brazos lo más arriba que pudo, como si tuviese un revólver en la

espalda. Una lágrima resbaló por su mejilla. Las tres mujeres sonrieron y empezaron a examinarnos la polla desde lejos.

—*Oh, my God*… Oh, Dios mío… Qué encantadores son hoy —dijo la que estaba situada a la derecha de la que se parecía a mi madre.

Yo deduje, y los otros también, seguro, que no era la primera vez que estaban allí. ¿Quiénes eran? ¿Qué esperaban de nosotros? Se sentaron en un sofá, ante nosotros, y se remangaron las faldas. Era algo terriblemente obsceno. Ninguna de ellas llevaba bragas y nos enseñaban los coños. La primera estaba afeitada, y tenía labios grandes y blandos. La segunda, la que me recordaba a mi madre, era muy velluda, y exhibía una hendidura asimismo gruesa. La tercera tenía un sexo que hacía pensar en un albaricoque por su forma; y también por el color: era la única rubia. Pero las tres tenían unas piernas perfectas, y maravillosamente torneadas. Sólo la que estaba en medio tenía los pechos grandes. Iban vestidas de la misma manera, o casi, con falda, tacón alto y una blusa.

Rosie se levantó para distribuirnos una copa pequeña de cobre brillante, como un catavinos.

—¿Para qué es esto? —preguntó el gordito de mi lado.

Recibió un nuevo latigazo, que le hizo saltar.

—Tenéis que estar callados —ordenó Rosie—. Si no Grunther se encargará de vosotros.

Las mujeres se acariciaban mientras nos miraban. Dos de ellas, la rubia y la afeitada, se metían un dedo en la vulva, tomando su té, con la taza en la mano libre. La cosa era increíble y grotesca.

—Vais a masturbaros mutuamente. Cuando tengáis el orgasmo, dejaréis el esperma en la copa. Que no se pierda ni una gota, o si no intervendrá Grunther.

Yo había comprendido mal lo que ella quería. Pero cuando uno de los que estaban a mi lado me tomó la verga entre los dedos para meneármela, lo comprendí. No tenía ninguna gana de hacer aquello, pero allí estaba Grunther, y tenía un aspecto más amenazador que nunca. Mi brazo se cruzó con el del chico delgado que me la meneaba para hacer yo lo mismo con él. Era la primera vez que le tocaba la verga a otro individuo. La tenía larga y delgada, cálida y palpitante. Él hacía que sus dedos se deslizasen a lo largo de mí verga, tiraba para descapullarme con gestos precisos. Su verga empezó a henchirse entre mis dedos y, curiosamente, sentí que la mía hacia otro tanto. Se me empinaba porque un individuo me tocaba. Yo estaba terriblemente avergonzado.

—¿Y ése? —dijo Rosie señalando al gordito de mi izquierda—. James, masturba a los dos a la vez.

Tomé el corto miembro, aunque grueso, del chico para empezar a manosearle. A él empezó a levantársele inmediatamente.

—Me da mucha vergüenza…, me da mucha vergüenza… —gemía el chico, lloriqueando.

—No, Grunther —gritó Rosie para impedir que le diese otro latigazo—. Espera.

Ahora, la que se parecía a mi madre se metía un dedo en el culo. Levantaba las piernas para mostrarnos cómo su índice entraba en el agujero lleno de pliegues, en la raja, que parecía particularmente velluda. Noté en mi mano izquierda que la verga del gordito se ponía tiesa. Resoplaba a punto de eyacular. De inmediato, puso la copa delante de su glande malva, y por primera vez vi eyacular a un chico que no era yo. Se las arreglaba muy bien. Seguí masturbándole con suavidad. Sentía a lo largo de su miembro que el esperma pasaba con rapidez y violencia por su canal. Le dejé, porque el otro empezaba también a prepararse para vaciarse de su esperma. La verga era grande y gruesa, venosa, con el glande más grueso que el tallo. También él puso la copa delante de su meato para expulsar su chorro abundante y llenar en parte el pequeño recipiente. Resoplaba mientras lo hacía, gozando por mi causa.

—Perfecto. Vosotros dos, poned vuestras copas delante de las señoras, en el velador de cristal. Tú, James, te estás retrasando… Tú, déjale.

Y se levantó para acercarse a mí.

Entonces Rosie deslizó una mano entre mis nalgas y me introdujo un dedo en el culo, lo más adentro posible. Se me cortó la respiración de golpe, y la verga se me levantó más. Veía a las tres mujeres metiéndose los dedos. Miraba sobre todo a la que se parecía a mi madre, con el índice que iba y venía en el agujero lleno de pliegues del culo.

—Mi copa…, mi copa… —le pedí a Rosie.

Retiró el dedo de mi culo y me tendió el objeto. Me apreté la base del sexo para retener mis jugos. Y llené hasta la mitad, delante de todos, la pequeña copa. La puse delante de mí. Esperaba cualquier cosa menos lo que sucedió a continuación. Las tres mujeres se levantaron, desnudas, y tomaron las copas para beber nuestros espermas, pasándoselas la una a la otra, adoptando actitudes de *gourmet*.

—Dos —dijo la primera.

—Tres —dijo la segunda.

—Dos —dijo la última.

Me preguntaba cómo puntuaban, cómo podían beber un esperma aún caliente de esa manera. Comprendí de repente lo que ocurría.

—Dos puntos para el número dos. James, *you win*… Tú ganas.

Me pregunté qué era lo que podía haber ganado.

—*Dears… Now, it's the choice of the woman* —dijo Rosie—. Hace falta una mujer…

Ante ellas, en el velador, había visto otra copa, pero ésta bastante más grande. Cada una de ellas tomó un papel. Mientras lo hacían, miré los cuerpos desnudos que había delante de nosotros. Era sorprendente. Yo creía, en mi falta de experiencia, que las mujeres de esa edad no podían tener un cuerpo hermoso. Era todo lo contrario, aparte de la mujer afeitada, que tenía los pechos colgantes. Las otras dos, ciertamente, teman los pechos grandes, pero se mantenían erguidos. Sus cinturas eran delgadas y

sus sexos eran muy velludos, sobre todo el de la que se parecía a mi madre. Yo me sentía casi molesto, hasta tal punto existía parecido. Y sin embargo, quizá por eso, era a ella a la que encontraba más deseable.

—Entréguenme los papeles, señoras.

Se hizo un silencio de muerte. Luego Grunther fue a un rincón de la estancia para apartar una cortina fijada a un triángulo que estaba suspendido del techo, y que tenía forma circular. Ocultaba un gran estrado forrado de terciopelo rojo. Era como un pequeño escenario teatral.

—Lisl… Ha ganado usted… Condesa…

Supe así quién era Lisl. Las otras dos aplaudían a la que se parecía a mi madre. Grunther me tomó por el brazo y me ordenó con un gesto seco que me tendiese en el estrado. Yo lo hice, y él dispuso unos asientos a uno y otro lado, alrededor. Todos se sentaron, los dos chicos, Rosie, y las otras dos mujeres. A continuación, Lisl se arrodilló entre mis muslos para chuparme la verga. Grunther nos dominaba con su estatura, con el látigo en la mano. El calor de la boca de la «condesa» hizo que se me levantase. No salía de mi asombro. Veía sus pechos balanceándose y, más allá, sus nalgas ofrecidas a los que tenía atrás, y sus riñones arqueados. Era terriblemente excitante. Me chupaba lentamente, luego iba más deprisa, mientras me manoseaba los testículos. Aquella mujer se parecía verdaderamente a mi madre. Tenía su misma edad. Y sin embargo yo la encontraba extremadamente deseable.

—Hmmmmmmmm, hmmmmmmm —gemía la mujer mordisqueándome el glande, justo en el pliegue que lo separaba del tronco venoso.

Los otros estaban en un silencio de muerte. El gordito no se atrevía ni a mirar, mientras que el otro tenía la verga levantada sólo con vernos. Me daba cuenta de que estaba aún más excitado al hacer lo que hacía delante de otras personas, porque me veían desnudo, mientras me lamían la verga y veían el culo de Lisl. Rosie apretó un pedal que se encontraba no lejos de ella, y el pequeño estrado empezó a dar vueltas lentamente. Lisl levantó la cabeza, con las mejillas enrojecidas. Me masturbaba mientras iba hablándome.

—Me gusta tu polla, víciosillo… Dame por el culo.

Yo no tenía nada que decir. Pensaba en mi madre. Estaba molesto, y aún más excitado. Era incomprensible. Lisl se levantó para ir a arrodillase sobre mi cara. Veía contraerse su ano, en medio de la maleza de vello negro. Y su coño entreabierto, con el interior rojo y brillante. Olía a orina y esperma. No dudé en lamer por todas partes, como un loco. Era la segunda mujer a la que lamía de esa manera. La primera tenía casi treinta y cinco años menos que ésta, y sin embargo ésta me excitaba lo mismo, o quizá más. Aplasté la nariz contra el agujero de su culo oloroso; el vello que lo rodeaba me cosquilleaba la nariz, me impregnaba con su olor. Chupaba sus grandes labios gruesos y rezumantes, me embriagaba con su sabor acre, salvaje, de hembra. Ella meneaba el culo, me embadurnaba la cara con su flujo exhalando pequeños gritos agudos.

—*Oh, fuck*! Este pequeño sabe cómo chupársela a una mujer, ohhhhh… No puedo contenerme… Oh, no…

Era increíble. Empezó a orinar, salpicándome la cara. Su orina me entraba en la nariz, me quemaba los ojos. Pero seguía manoseándome la verga y, haciéndolo, me ordenaba que siguiese lamiéndola, aún orinando. Y yo lo hacía, A mi pesar, bebía su orina, que brotaba de su coño con un gran chorro. Y eso me excitaba. Ya no entendía nada. Nunca me hubiese atrevido a imaginar tal cosa, ni siquiera en mis fantasías más locas. Luego ella se levantó para ponerse de rodillas.

—*Come on in my ass*… Dame por el culo, pequeño…

Me enjugué la cara con la palma de la mano, Seguía teniendo la verga levantada. Chorreaba orina. Pero aún seguía excitado por aquella hermosa mujer madura. Ella se soltó el moño para dejar que el cabello le cayese sobre los hombros.

Y aún me excitó más, porque se parecía más a mi madre. Seguro que a mi regreso no iba a mirarla con los mismos ojos. Y eso me daba vergüenza. La mujer me mostraba el culo, el vello mojado por el flujo y la orina. No me atrevía a meterle la verga en el culo. Nunca había hecho nada así. A decir verdad, no era lo que yo había soñado.

—¡Bueno! *Fuck me, James! Fuck me*!

Se impacientaba. Puso mi verga entre sus nalgas El contacto me levantó aún más. Mi miembro se deslizaba entre los dos globos de carne, en la raja vellosa. Y finalmente en su ano. Miré a mi alrededor y vi que el gordito tenía otra vez la verga levantada. Y también que la mujer rubia estaba sentada sobre la mano del chico delgado. Se balanceaba mientras nos miraba. Yo estaba seguro de que el chico tenía el dedo en el culo o en el coño de esa mujer. Se estaba masturbando, sin consideración. Hice fuerza y entré sin problemas en el ano de la condesa Lisl. El conducto era estrecho, y estaba tremendamente caliente. Empujé hasta el fondo de su culo, mientras ella aullaba de placer y pedía que Grunther la azotase.

—Okay —dijo Rosie simplemente, dirigiéndole al coloso.

La mujer se incorporó y el hombre empezó a darle latigazos en los pechos. Ella gritaba, antes aún de que llegase a tocarla, sólo al oír el silbido de las hebras de cuero. Mis testículos golpeaban su coño mojado, más abajo. La orina resbalaba aún de mi cabello, pero yo no pensaba en ello. Estaba en un culo, en un auténtico culo de mujer. En ese preciso momento, no pensaba ya en nadie, ni en Pussy, ni en mi tía Tilly; sólo en las nalgas que golpeaba con mi pubis cada vez que me empujaba más adentro.

—Más fuerte, más fuerte —exclamaba la mujer.

Y el hombre le daba golpes cada vez más violentos. Ella se adelantaba al dolor. Cuando el látigo la golpeaba, su culo se contraía alrededor de mi verga. Ahora el culo estaba menos apretado, parecía dilatado y húmedo como un coño, como los dos que yo había conocido hasta ese momento, el de Jill y el de Pussy.

—Lisl…, ¿puedo meterle un dedo en el culo al chico? ¿Y tocarle los huevos? —preguntó la mujer del sexo afeitado.

—Sí… Me excita mucho saber que se lo haces… Oooohhhh…

Y a continuación sentí la mano deslizarse entre mis nalgas y el dedo entrar en mi culo, mientras con la otra mano ella me manoseaba los huevos, entre mis muslos separados. Y entonces fue donde eyaculé, incapaz de contenerme, Me vacié en el fondo del culo de Lisl, y de repente, al sentir mi jugo cálido y pegajoso, la mujer exhaló un tremendo alarido. Grunther dejó de azotarla. Ella se deslizo hacia adelante, con su culo estrechando mi sexo, intentando expulsarlo en vano. Caímos el uno sobre el otro, agotados por la violencia del orgasmo. La mujer que dos segundos antes me manoseaba me preguntó haciendo melindres:

—¿Puedo lamerte? ¿Puedo limpiarte la polla de la leche del culo de Lisl?

—Oh, no… Aún tengo ganas de gozar… Espera…

No entendía lo que ella quería decir. La verga se me ponía floja en su ano, pero seguía atrapada dentro, retenida por la contracción de los esfínteres de Lisl. Esa mujer me excitaba terriblemente. Y ofrecerme en espectáculo, curiosamente, me turbaba más de lo que hubiese creído. Miré las nalgas de Lisl. Su piel era satinada, relucía con la transpiración, cuyo olor se mezclaba con el de su perfume. Expulsó por sí misma mi verga de su culo velloso y se tendió de espaldas. Parecía verdaderamente obscena, con las mejillas rojas, como sus pechos, que acababan de herir los latigazos de Grunther. Separaba los muslos lo más posible. Su vulva estaba entreabierta, y más abajo, su ano, entre el vello ensortijado y oscuro, se henchía y expulsaba mi esperma traslúcido. Se restregaba el clítoris y tiraba de él para hacer que se asomase. Yo estaba de rodillas entre sus piernas. Ella respiraba agitadamente.

Se incorporó para tocarme la verga. Se me iba distendiendo, pero no había perdido demasiado de su tamaño.

—Hmmmmm… Puedes darme ahora por el coño.

—Estoy aún poco tenso…

—Ah, no… —dijo la soberbia Lisl levantando las piernas muy alto—. Métete en mí… Estoy dilatada… Entrarás, ya lo verás…

Me tendí sobre ella. En cuanto mi glande rozó su coño pegajoso, la verga se me endureció, pero sin crecer verdaderamente. Con las manos entre sus muslos, hacía que mi verga pasase por su vello, a lo largo de su coño, entre los gruesos labios que yo había lamido y restregaba mi meato contra su clítoris increíblemente endurecido.

—Y ahora, entra en mi coño… Así… Empuja… Así, ya estás dentro… Deslízate en mi coño… ¡Vamos, perillán!

Había colocado mi verga sobre su agujero y yo había empujado para entrar. Enseguida, el contacto, diferente del de su culo, más mullido y cálido, me devolvió el vigor.

—Tócame los pechos, James… Y tú, gordito, muévete y déjame que te chupe la polla.

El chico se puso de rodillas junto a su cara. A continuación, ella volvió la cabeza y, sin tomarla entre los dedos, sólo con una sabia contorsión, hizo entrar la verga

corta y gruesa del gordito en su boca. Y cuanto más me deslizaba yo en su coño, mientras le tocaba los pechos, más se me ponía a mí grande y gruesa.

—El gordito va a gozar… ¿No es verdad, querido?

El otro la miraba chupar, con los brazos caídos, pero se interesaba sobre todo por mi verga, que entraba y salía entre la mata negra.

—Orina en mi coño, James… Oh, sí… Orina en mi coño…

Yo estaba tan excitado que me esforcé por hacer lo que me pedía. La tenía aún más tiesa que la primera vez. Mi glande empujaba sus órganos en el fondo de la vagina. Me esforzaba por orinar, en busca de una nueva sensación. Me disgustaba, pero quería conseguirlo. Las otras dos mujeres miraban, detrás de mí, entre mis muslos y los de Lisl, cómo mi verga entraba y salía entre sus gruesos labios.

—Ohhhh… Es terriblemente excitante —decía una de ellas.

—Mira sus huevos; se diría que sólo tiene uno, hasta tal punto han subido —decía la otra.

De repente, sentí la orina brotar de mi sexo. Al principio tímidamente, y luego, de pronto, con más violencia. Le llené el coño de orina, y ella exhalaba ligeros gritos, mientras le chupaba la verga a mi «camarada». Detrás de mí, una de las mujeres me separaba las nalgas y me pasaba un dedo por el ano y luego a lo largo del perineo.

—Oh, me gusta su culo…, me encanta el culo de los chicos… Sobre todo cuando son jóvenes como éste.

Me metió una uña en el culo, y luego la sacó deprisa. Yo había acabado de orinar en la vagina de Lisl, La orina rebosaba por los bordes de su hendidura dilatada.

—Huele… Huélemelo… Huele mucho a hombre… Es excitante… Te corres con eso, ¿verdad? ¿Quieres que te la meta en el coño? —preguntaba la que acababa de metérmela en el culo.

—Luego, luego —dijo la otra—. Mira cómo goza Lisl.

Lisl gozaba, el gordito le vaciaba su esperma en la boca. La que estaba detrás de mí me preguntó otra vez si podía chuparme la polla.

—Oh, sí… Sal de mi coño, ya no puedo más… Déjate chupar —jadeaba Lisl, agotada, mientras el gordito se levantaba, sin aliento.

Me volví de rodillas hacia la otra mujer. Su lengua se insinuó en el pliegue que separaba mi glande del tronco. Lamía todos los restos de esperma, de lo que el culo de Lisl me había dejado en la verga, aún mojada de orina.

—Vengan la semana próxima, tendremos gente nueva —dijo Rosie, levantándose —, Y jóvenes muy guapos, al parecer. Me han dicho que habrá uno que apenas tiene quince años.

Luego, se marchó con los otros dos chicos, Grunther, con su enorme fuerza, me levantó como a un muñeco de trapo para ponerme en pie. Tambaleándome, con el corazón aun latiéndome con fuerza, me dejé llevar hacia mi habitación, con la verga aun chorreando esperma.

Me iba recuperando. ¿Quiénes eran aquellas mujeres? ¿Pagaban por aquello? ¿Dónde estaba Pussy? ¿Cuándo iba yo a salir de allí?

Y ¿por qué mi verga seguía estando tiesa, después de todo aquello? Me tendí en la cama para hacer balance. Pero todo lo que había vivido desde mi llegada al Pussy's Castle se mezclaba en mi cabeza. Unos días antes era un joven virgen, que soñaba tener una chica desnuda ante mí para poder abrazarla y lamerla íntimamente. Pero nunca hubiese pensado en hacer el amor con una mujer mayor que yo, y menos de cincuenta años. Me excitaba sólo con pensar en la hermosura del cuerpo de aquella Lisl que hubiera podido ser mi madre. Y que se le parecía tanto, ¿Hubiese podido imaginar que orinaba en un coño tan acogedor? ¿Y, sobre todo, sentir placer incluso cuando ella había orinado en mí y yo no había dudado en beber su orina cálida y acida? Y también, ¿por qué me había afectado hasta tal punto ver que azotaban a unas mujeres, como había hecho con Rosie, o Lisl, que aún quería más, y arqueaba el busto para recibir en sus grandes y firmes pechos aquellos golpes dados sin comedimiento?

Me daba cuenta de que, como todos los chicos vírgenes, aún no sabía nada del amor, ni de follar. Ni tampoco de las múltiples formas que pueden adoptar el placer y el vicio.

Y, de forma inevitable, mis pensamientos volvieron a la cálida, turbadora y perversa Pussy.

8

HABÍA esperado ese momento con impaciencia. Pussy estaba de nuevo delante de mí. El corazón me latía con fuerza. Tenía que declararle mi amor. Me daba lo mismo la diferencia de edad. Yo había pedido encontrarme encerrado ni su gran mansión situada no sabía dónde. Ella acababa de entrar en la habitación. Llevaba una faldita de cuero, muy corta, una blusa y zapatos de tacón alto. Sus piernas estaban enfundadas en seda negra. Era la primera vez que la veía vestida normalmente. Su larga cabellera negra quedaba recogida en un moño. Iba maquillada, con los labios rojos y las uñas pintadas. Nunca la había visto tan hermosa.

—Me han dicho que la cosa fue bien con las tres visitantes —dijo, sentándose en la cama.

Iba muy perfumada; un poderoso aroma opiáceo hacía que me diese vueltas la cabeza. Bajo la sábana, la verga se me empezó a erguir.

—Oh, bueno, sí… Estaba allí Grunther, y entonces…

—El espejo de la habitación donde tú estabas es un poco especial… Yo estaba al otro lado y lo vi todo.

No supe qué decir. Y no podía ocultar que había gozado con el culo de aquella mujer que hubiese podido ser mi madre.

—¿Te excitaste cuando masturbabas a los dos chicos?

—Sí —dije tímidamente—. Pero no es eso lo que prefiero… Y sobre todo Rosie me había metido un dedo entre las nalgas…

—Levántate.

Ella también lo hizo y se situó en medio de la habitación. Yo tenía las manos heladas. Pussy sonrió levemente al ver mi verga a medias levantada, en horizontal delante de mí.

—Y ahora… Harás como si no nos conociésemos. Sientes que yo quiero acostarme contigo. ¿Qué haces en primer lugar? Pero no quiero que me contestes. Quiero hechos.

Mi verga se levantó de golpe, y ella se echó a reír. Me acerqué a ella, la tomé en mis brazos y la besé en la boca, apretando la verga contra su vientre, restregándola contra el relieve de su pubis ceñido por la falda corta de cuero. Deslicé una mano bajo la falda y la toqué entre los muslos. Llevaba medias y bragas. Las bragas estaban húmedas. Suspiró, y luego me rechazo.

—Besar está bien. Pero eres demasiado directo. Primero tienes que tocarme los pechos… Has de ir espacio…, si quieres que la chica se sienta respetada.

Ella no me tocaba. Mantenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Me estaba dando mi primera lección. ¿No había dicho, cuando llegué, que haría de mí el mejor

amante del mundo? Pero eso no me importaba. Todo lo que yo pedía era volver a hacer el amor con ella, y nada más.

—Vamos… —me susurró al oído.

Fui soltando botón tras botón y le quité la blusa.

—No tienes que besarme al hacer lo que haces.

Veía sus grandes pechos oprimidos por el sostén de encaje negro. La mitad de las copas era de un tejido transparente y sus amplias aréolas oscuras quedaban a la vista. Pegué mi boca a la suya y su lengua entró inmediatamente entre mis labios en busca de la mía para chuparla. Llevé las manos a su espalda, y conseguí con dificultad soltar los corchetes del sostén. Ahora, sus pechos estaban liberados. Los pezones se aplastaron contra mi pecho. Eran cálidos y estaban húmedos de sudor.

—Sería mejor en la cama, ¿no?

—Sí —susurré yo, tirando de ella.

Nos tendimos. Inmediatamente, empecé a chuparle los pezones, duros y grandes. Ella suspiraba y me dejaba hacer. Mientras la chupaba, le manoseaba los pechos sin contención. Iba a lamer sus axilas, los mechones de vello negro, donde ella olía con más fuerza. Estaba empinado a tope, pero, curiosamente, me controlaba. Sabía cuál era la finalidad de lo que estábamos haciendo, y de forma inconsciente no me hacía falta contenerme, cuando al llegar allí hubiese ya eyaculado hacía tiempo. Empecé a soltarle la falda, despacio. Me incorporé para hacerla bajar y quitársela. Ella era sublime. Me esperaba, con los brazos bajo la cabeza y los pechos erguidos, pesados y henchidos a la vez, con sus largas piernas enfundadas en seda negra y con las bragas blancas. Las medias seguían apretadas a sus piernas sin afirmarse en nada. El vello negro rebosaba las bragas, por encima y entre los muslos. Me tendí junto a ella. El contacto de su cuerpo cálido me hizo temblar de impaciencia. La volví a besar y, por fin, deslicé una mano por dentro de las bragas. Manoseé sus labios gruesos, sin contención. Rezumaba humedad. Pero me rechazó con amabilidad.

—Espera… Quítame las bragas. Con suavidad.

Hice que el tejido se deslizase a lo largo de sus muslos, y ella levantó una pierna para desembarazarse de la prenda. Con ese movimiento el olor de su sexo me llegó a la nariz, turbándome aún más.

—Ahora, mira mi sexo. Descubre lo que crees conocer. Eso es… ¿Ves el clítoris? Lámelo.

No me hice rogar. Tiré del pliegue de carne más oscuro, como sus labios gruesos, para hacer que apareciese el botón del clítoris, de un rosa casi traslúcido. Se erguía como un pequeño sexo masculino, como una verga minúscula. Redondeé los labios a su alrededor, y lo saboreé lentamente. Luego con más intensidad. Ella jadeaba, pero parecía mantener la cabeza fría. El mundo hubiese podido venirse abajo en ese momento preciso, pero eso me daba igual. Me situé entre sus muslos.

—Hmmmm… Así está bien… *Yeah*… *Yeath*… Eso es, ve más deprisa.

Tenía el sabor de su coño en la boca. Me embriagaba. Su vulva contra mi barbilla me mojaba con sus secreciones pegajosas. Su espeso vello me cosquilleaba la nariz y, más abajo, el mentón. Con habilidad, ella había doblado una pierna para apretar con la rodilla mis testículos y restregarlos. El crujido de la seda de las medias en mis testículos vellosos incrementaba mi deseo. Dejé de lamerle el clítoris, que estaba ya tremendamente duro y tenso, para ir más abajo y aspirar entre los labios su sexo carnoso y humedecido. Olía más intensamente, a orina y perfume.

—Hmmmmm… Has nacido para follar… Lo haces muy bien… A todas las mujeres les encanta que se lo hagan, aunque digan lo contrario…

Levantó las piernas muy arriba, muy separadas, y yo me lancé sobre su ano. Estaba mojado con la humedad de su coño y de mi saliva y expandía un olor poderoso y animal.

—*Yeahhhh*… Méteme la punta de la lengua… Y después hazme lo mismo en el coño… *Yeahhhh*…

Dirigí la lengua a su ano y entré en él con facilidad. El interior estaba ardiente, húmedo y olía aún más intensamente. A mi pesar, tendido entre sus muslos, restregaba la verga en la sábana para excitarme aún más.

—Ahora, incorpórate y mira. Hay que saber lamer, pero también hay que conocer lo que se lame.

Separó aún más los muslos. Luego tiró de la carne, a un lado y otro de la vulva, abriendo su coño de mujer morena.

—Mira… Ya ves, los pequeños labios están ahí…, y el bulto rosa de ahí, es el agujero, la entrada de mi vagina. Mete el dedo…

Metí el índice, lo más adentro posible. Era una sensación inesperada. El interior era mullido, pegajoso y ardiente a la vez.

—Mete otro dedo… Así…, y otro más…

Tenía ya tres dedos dentro de su coño. Yo no podía seguir haciendo eso como si tal cosa, con tanta frialdad. Sentía deseos, y ella también. Se levantó para tocarme los testículos y la verga, y para besarme. Me tomó por la cintura para que yo me instalase entre sus muslos.

—Arquéate —me deslizó en el oído—. Vuelve a meter la verga en mi coño sin usar las manos.

Lo hice. Para mi gran sorpresa, entré en ella de una embestida, sin esfuerzo, sin ir demasiado abajo ni demasiado arriba.

—Hazlo con suavidad al principio, y luego cada vez más deprisa.

Todo su cuerpo temblaba. Sus manos estaban heladas en mi espalda. Sus pechos firmes. Yo me agitaba en ella, yendo cada vez más deprisa.

Ohhhhh… ¿Te das cuenta…? Ohhhhh… James, empuja hasta el fondo… Eso es aún mejor… Empuja, empuja…

Mis testículos golpeaban su ano, mi pubis contra el suyo, contra su clítoris. Ella se arqueaba más y más. Yo tenía la sensación de que mi verga era inmensa y ocupaba

todo su coño moreno. Le manoseaba los pechos mientras la besaba, para inclinarme a continuación y lamerle los pezones. Sentía que me iba a correr. Pero ella se me adelantó. Empezó a exhalar pequeños gritos, y luego cada vez más fuertes. Su olor era más intenso.

—*Fuck*! Ohhhhh… Tu verga está en mi coño… Ohhhhh… Venga, córrete, James, córrete pronto…

Yo estaba tan emocionado que no lo conseguía. Su sexo estrechaba el mío, como una esponja mojada. Se acoplaba a la forma de mi verga. Ella deslizó las manos en mis nalgas, y se pegó a mí para meterme un dedo en el culo. Cuanto más se hundía en mí, más se me levantaba la verga, como si eso fuese posible. Un gran calor se apoderó de mi vientre y de mi culo, de mis testículos y de mi verga. Yo ya no era más que un sexo. Casi aullé cuando el esperma salió con violencia de mi verga a punto de estallar. Era dolor, era liberación, era un tremendo placer. Me vaciaba en el fondo de su vagina, gimiendo yo también, incapaz de seguir besándola durante más tiempo. Respirábamos al unísono, ella se arqueaba, daba violentos empujones con las caderas para golpear mi pubis con el suyo, para que yo siguiese machacándola sin descanso, metiendo la verga hasta el fondo.

Luego caímos el uno junto al otro, con la respiración entrecortada. Sin embargo, Pussy se incorporó pronto para mirarme, apoyada en un codo, con ternura.

—Eres tan encantador…, y tan joven…

Yo no podía hablar, sentía demasiada timidez para declararle mi amor. Pero intenté que toda mi emoción pasase por mi mirada. Y ella lo vio. Me pasó la lengua con ternura por las telillas, y me dijo, haciendo lo mismo en las comisuras de mis labios:

—No debes enamorarte de mí.

—Pero…

Y. como para evitar la discusión, me dijo que me levantase, como ella lo hacía.

—Ahora, sígueme. Tienes que aprender que no a todas las mujeres les gusta gozar así, con dulzura… ¿Te acuerdas de la condesa Lisl?

—Sí, pero…

—Ven… Pero antes, espera un momento.

Se puso de rodillas delante de mí, me tomó la verga entre los labios para chuparla, apretándola entre el paladar y la lengua, haciendo brotar las ultimas gotas de esperma. Me lamía, y a mí no se me volvía a levantar, vaciado por la violencia del orgasmo que acababa de tener. Luego me llevó al pasillo. Las piernas me temblaban y tenía la respiración entrecortada. Ella empujó la puerta que se encontraba al final del pasillo. El corazón me empezó a latir con más fuerza. Allí estaban Grunther y Rosie, Honey y Jill, lo mismo que Darío. Todos estaban desnudos. Rosie estaba otra vez de rodillas, con el agujero del culo abierto, por el paso seguramente reciente de la verga monstruosa de Grunther. Exhalaba pequeños gemidos. El esperma del coloso fluía de

su ano dilatado. Jill y Honey estaban de rodillas entre las piernas de Darío, y le chupaban la verga, una tras otra.

La escena me turbó inmediatamente y, curiosamente, me excitó. Pussy se colocó de rodillas, para mostrarles a todos, con el culo levantado, la hendidura, rezumante aún de mis jugos.

—Me ha follado muy bien… Está a punto… Pero mi culo me reclama su parte… Grunther, muévete. No te pago para que te masturbes con el culo de la negra.

Yo no podía creerlo. ¿Por qué no me lo había pedido? Grunther llegó detrás de ella y puso su verga contra el culo de Pussy, restregándola a lo largo de la raja. Pero acababa de descargarse y no se le endurecía lo suficiente para entrar en el ano rodeado de vello oscuro. Se untaba el grueso glande con mi esperma al pasarlo entre los gruesos y blandos labios de Pussy. ¡Mi Pussy!

¿Por qué hacía ella eso delante de mí, cuando acabábamos de hacer el amor y yo había sentido que ella me amaba? Yo no podía equivocarme… Ella debía de amarme.

—Ahhhhhhh… —gritó Pussy cuando la verga monstruosa entró de golpe en su culo.

Jill se precipitó a sentarse ante la cara de Pussy, con las piernas muy abiertas. A continuación, Pussy empezó a chuparle el coño. Honey, la chica que yo había visto que Darío desvirgaba, fue hasta Jill y se situó para darle el culo a lamer.

Pero yo sólo veía una cosa: la verga inmunda de Grunther que masacraba el culo de Pussy. Y veía a ésta retorcerse de placer, y gemir con más fuerza aunque conmigo. Alrededor del culo velloso de la morena, la carne se henchía, en un anillo carnoso, cuando salía la enorme verga. Y se hundía toda ella cuando el hombre le daba una acometida. Yo estaba furioso. Contenía las lágrimas. Me volví sobre los talones y regresé a mi habitación. Una vez en ella, deje que mi pena estallase. Ya no comprendía nada. Pussy me hacía pasar del calor al frío, hacía como que me amaba, y a continuación no me miraba ni cuando le daba por el culo el horrible individuo. Me daban ganas de romperlo todo.

—¿Estás triste?

Salté, hasta tal punto estaba nervioso. Rosie estaba sentada a mi lado, en la cama, donde me había tendido para lloriquear, como una virgen burlada.

—Lárgate, no quiero verte; déjame solo.

También a ella la odiaba. Sin embargo, seguía a mi lado. Yo quería estar solo.

—Tengo la sensación de que no has comprendido bien por qué estás aquí.

—Voy a cortar con todo esto; estoy hasta los huevos…

—Pussy tiene que enseñarte a ser un buen follador…, como ella dice… No debes enamorarte… Ella hace lo mismo con todos los chicos que vienen aquí… Y mira que los hay… A nosotros nos conoce una cierta «burguesía de Londres»…

—No comprendo nada de nada. Nada…

Me puso una mano en la espalda, llevándola suavemente hasta mis riñones. Luego, tomó mis nalgas, cada una con una mano, haciendo un movimiento circular.

Me tranquilicé a mi pesar. Cada vez que sus manos tiraban hacia afuera, la hendidura de mi culo se abría y sentía su aliento, su calidez, que rozaban mi ano. La verga empezaba otra vez a henchirse.

—No debieras ser tan sensible…

Y deslizó la mano entre mis nalgas para acariciarme suavemente los testículos. El contacto me provocó un gran calor en el bajo vientre. Seguí empalmado.

—Vuélvete.

Ya de espaldas, ella se puso a horcajadas sobre mis muslos para inclinarse y deslizar mi verga endurecida entre sus pechos de duros pezones, con los anillos dorados, que colgaban. Los apretó para encerrar mi verga entre ellos. Y, con un ligero balanceo de caderas, empezó a masturbarme entre sus grandes pechos, firmes y relucientes de sudor.

—Vamos, tranquilízate… ¿Estabas llorando?

Parecía conmovida al ver el estado en que me encontraba. Se levantó y cerró la puerta. Luego volvió a mi lado, y a continuación metió la totalidad de mi verga en su coño de labios recios y carnosos. Yo estaba dentro de ella, y ya no pensaba más que en eso, dispuesto a correrme otra vez.

—Así… Muévete… Así está bien…

Me incorporé para lamer sus pechos. Los anillos me molestaban, y ella se los quitó enseguida. A continuación saboreé sus grandes pezones. La atraía hacia mí para chupar en las axilas el tupido vello y embriagarme con su olor. Mientras lo hacía, llevaba las manos detrás de ella para llegar a sus nalgas, dos globos de carne oscura, redondos y firmes.

—Oh… Huéleme… Méteme un dedo en el culo… Me he lavado antes de venir… Mete el dedo donde Grunther acaba de meter la verga… Ohhhh, sí… Sí… *Yeahhhh*…

Tenía la sensación de estar vengándome de Pussy al follar con otra.

Eyaculé y caí inerte en la cama, con la verga aún levantada. Era incapaz de respirar con normalidad. Rosie se levantó. El esperma le resbalaba a lo largo de los muslos, sobre su piel negra.

—Que duermas bien, *sweetheart*.

Tuve un sobresalto cuando puso los labios en mi sexo para darme un último beso. En cuanto se marchó, me di la vuelta para dormir, agotado. Pero de repente me incorporé. Acababa de darme cuenta de que ella había conseguido salir de la habitación sin llave y sin que sonara ningún «bip». Así pues, ya no estaba encerrado. Habían dejado que lo creyese.

Me levanté y busqué cómo podría abrir la puerta, aquella puerta sin cerradura ni pomo. Me tomó cierto tiempo, y finalmente vi, pegado a la puerta, en el lado derecho, un circulito en la moqueta. Era apenas visible. El recorte era perfecto. Puse el pie encima y la puerta se abrió. Aparté el pie, y la puerta se cerró.

No sabía cómo iba a utilizar ese descubrimiento. Ya no me daba miedo Grunther, después de lo que había visto. Le odiaba. Mi amor por Pussy me daba fuerzas para

luchar con él hasta aplastarle y matarle.

Pero ante todo tenía que dormir. Estaba agotado por la violencia de los dos orgasmos que acababa de tener. Busqué el sueño durante mucho tiempo, temblando, borracho de rabia y de amor hacia Pussy.

9

ME desperté con un sobresalto, tenso a más un poder. Tenía la sensación de que no había dormido, de que había estado con un ojo abierto durante toda la noche. El corazón me latía con fuerza. Fui a orinar y, en pie ante la taza, con la verga en la mano, empecé a reflexionar. Era imposible que nadie durmiese en aquella casa, en Pussy's Castle. Tenía que intentarlo, tenía que salir y prestar mucha atención. Atención sobre todo a Grunther. Pero yo estaba lejos de ser un héroe; de James Bond sólo tenía el nombre.

Fui a abrir la puerta conteniendo el aliento. No había ni un ruido en el pasillo. Salí, y la puerta se cerró detrás de mí. No debía de alejarme demasiado, pero sentía curiosidad. Quería ver si era de noche, saber qué hora era. Desde mi llegada no tenía noción alguna del tiempo. ¿Cuánto me habría de quedar aún? ¿Podría encontrar la habitación de Pussy? ¿Le daría la sorpresa de aparecer de repente? ¿Le diría cuánto me había disgustado que el horrible Grunther le diese por culo delante de mí? ¿Le confesaría que la amaba…?

Me acerqué a la estancia donde había follado a la condesa Lisl. El resto de la casa parecía muerto, aunque oía detrás de la puerta gritos, una voz de hombre, la de una mujer. Y risas, Recordaba lo que me había dicho Pussy acerca del espejo desde el que al parecer me había visto darle por culo a la tal Lisl. Consideré la forma en que estaba dispuesta la estancia y dónde podría estar el espejo. Miré a mi alrededor. Había una puerta pequeña, también ésta sin pomo, junto a la que daba a la gran sala. Ésa tenía que ser.

Me armé de valor. Quizá había alguien en ese cuarto. ¿Y si era Grunther? Contuve la respiración. Pulsé el interruptor. La puerta se abrió. El cuarto era minúsculo, y estaba completamente a oscuras. Entré, después de asegurarme de que en el suelo había el mismo recorte en la moqueta. Pero en cuanto la puerta se cerró me encontré en una total oscuridad. Tanteé la pared con las manos y di con una cortinilla. La aparté. Detrás había un cristal sin azogue, y se podía ver la gran estancia. No me había equivocado. Detrás de mí había un gran sillón, y me senté en él. No podía creer lo que veía. Un hombre alto, desnudo, de espaldas, le daba violentos lanzazos a una chica muy joven, a quien no conocía. La chica estaba desnuda. La pared donde estaba el cristal debía de ser muy delgada porque oía todo lo que ocurría al otro lado, como si estuviese al lado de las dos personas.

El hombre gritaba. La chica, que no debía de tener más de dieciséis años, llevaba las manos atadas a la espalda. Era pequeña, rubia, y tenía el pubis muy velludo. Sus grandes pechos eran altos y sus aréolas, minúsculas. Tenía marcas de latigazos en las nalgas y el pecho, que resaltaban en su piel blanca, lechosa. Corría a un lado y a otro para evitar los latigazos que le daba el hombre.

Había algo que me perturbaba. La silueta del hombre me recordaba a alguien, así como la voz peculiar, un poco ronca. Vi al principio al hombre en escorzo; su verga era gruesa y larga, y estaba erguida. Y de repente, cuando corría detrás de la chica para darle otro latigazo, se volvió y descubrí quién era. ¡Tío Miles!

No podía creerlo. ¿Cómo era posible? ¿Tía Tilly lo sabía? Le veía desnudo por primera vez. Tenía una verga impresionante. De repente me dio vergüenza, vergüenza por ver aquello y también por el pasado más reciente. Tilly había tenido que considerar mi verga muy pequeña en comparación con la de su marido. ¡Estaba casi tan bien dotado como Grunther! Mi corazón latía desbocado. Y me di cuenta de que me ponía en erección. Allí estaba yo, escondido, como un mirón, y los otros dos no sabían que yo les miraba.

—Pare, señor… Yo no le conozco —gritaba la chica.

—Oh, marranita. Pussy me lo ha dicho todo… Sé que te gustan los golpes, y a mí me gusta darlos… A mi mujer no le gustan, así que…

No era extraño que no lo hubiera reconocido al principio. Tenía las facciones deformadas a causa de sus violentos propósitos. ¿Podía ser aquél tío Miles? Finalmente, la chica tropezó con la pata del sofá y cayó sobre él, aterrorizada.

—No sé por qué estoy aquí… Ha sido mi madre quien me ha traído. Me encontró con un chico en mi habitación…, yo se la estaba chupando… Quiero marcharme… Soy virgen…

Él le dio otro latigazo en los pechos y ella gritó y se arqueó bajo la mordedura de las tiras de cuero. La verga de tío Miles no se reducía, todo lo contrario. Como la mía.

—Toma, orina aquí dentro…

Puso delante de ella una gran copa de cristal.

—No… Me da mucha vergüenza… Ya me ha visto usted desnuda del todo… Es usted mayor que yo… Usted… Ahhhhh…

Él le dio otro latigazo. Luego la cogió del pelo para acercarla a la copa. Ella se acuclilló, siempre con las manos en la espalda. Lo forzado de su posición hacía que sus senos se destacasen. Yo estaba disgustado y a la vez increíblemente excitado. ¿Iba la chica a hacer lo que él le decía?

—Orina, marranita… Mira, haz lo mismo que yo.

Era algo decididamente increíble. Tío Miles apuntaba su verga erguida hacia la chica, acuclillada delante de él. Abombó el vientre y de repente un poderoso chorro de orina salió de la punta de su verga venosa de glande malva. Le orinó encima. La chica intentó evitar la orina que salpicaba sus pechos y su vientre. Pero perdió el equilibrio, y él siguió orinando, apuntando a la entrepierna y también a los pechos y la cara. Ella aulló de terror.

—Pare; me arde donde usted me ha azotado.

Él seguía dándole latigazos mientras orinaba, y finalmente agitó la verga sobre la chica para hacer caer las últimas gotas. Luego volvió a cogerla por el cabello para inclinarla otra vez sobre la copa del cristal. La chica lloraba, y su vientre se infló a su

vez. Desde donde yo estaba podía ver perfectamente entre sus muslos el sexo de grandes y suaves labios, una rendija roja, un unió rubio.

—Oh…, qué vergüenza… —susurró la chica, vaciándose en el interior de la gran copa.

Un chorro de orina salió con violencia de su coño rodeado de maleza rubia.

—No puedo más… Ya no tengo nada… Nada…

—Muy bien. ¡Arriba!

La chica quedó ante él. Veía la gran verga de mi tío, tensa, y le daba miedo.

—Oh, ahora tiene que dejarme… Soy virgen… No puedo más… Es demasiado grande…

Tío Miles dejó el látigo, tomó un pañuelo y cubrió con él los ojos de la chica. Luego la empujó hacia otro sofá, donde la forzó a ponerse de rodillas, con las nalgas arriba. La chica lloriqueaba, y él le rodeó el cuello con otro pañuelo más largo y ató un extremo a una anilla sin duda prevista para tal efecto bajo el brazo del mueble. Así, ella se encontraba con las manos atadas a la espalda, ciega, y presa con el pañuelo alrededor del cuello, que le impedía levantarse y escapar. Tío Miles miró primero el cuadro, y luego empezó a masturbarse con energía. Chupó el culo de la chica gruñendo de placer. Me resultaba muy desagradable. Lamía como un perro. ¿Cómo podía encontrar placer en eso?

Finalmente, se incorporó, con la cara reluciente por su saliva y la orina de la chica.

—Eres una pequeña viciosa. Te estás corriendo… Reconoce que esto te gusta; ¿no es verdad, *baby*?

—Sí —dijo la chica—. Sí… Pero tengo miedo… Su polla es demasiado grande.

La chica no mentía. Yo sentía que ella no hablaba bajo amenazas. De verdad tenía ganas de que tío Miles la desvirgase, él, que era un desconocido para ella. Los latigazos la habían excitado, y yo recordaba a la condesa Lisl, que hacía que le azotasen los pechos mientras yo te daba por culo. Con este pensamiento, empecé a masturbarme más deprisa. Pero aún no lo había visto todo. Él la amordazó, y a continuación tiró de un cordón situado junto a la puerta. Ésta se abrió. Y vi a Pussy, completamente desnuda, que empujaba delante de sí al chico alto y delgado al que había tocado a mi pesar cuando estuvimos con las mujeres de cincuenta años. También él llevaba los ojos vendados, y, por el contrario, las manos libres. Pero también llevaba una mordaza. Me pregunté el motivo. Instintivamente, me eché atrás cuando la mirada de Pussy se dirigió al espejo.

La situación era terrible para mí. Pussy se acercó al cristal sin azogue para mirarse los pechos, levantarlos y apretarlos, sonriendo. Luego salió de la estancia. No debía de haberme visto. Y de repente, al otro lado de la puerta de la habitación donde yo estaba, la oí hablar con Rosie. ¿Y si decidiese entrar? ¿Y si me encontraba allí?

La idea de que me entregase a Grunther me puso los pelos de punta y, además, hizo que la polla se me aflojase de inmediato. Pero lo peor era lo que estaba oyendo.

—Este Miles… Le gusta masturbarse así, viéndoles juntarse… Si Tilly lo supiese…

—¿Va usted a decírselo? —le preguntó Rosie a Pussy.

—Bueno. Ya sabes que no puedo…

—¿Es a su hermana a quien va a desvirgar?

—Eso es. Pero él no lo sabe. Cuando tenemos una pareja de hermano y hermana, siempre avisamos a Miles. Él paga mucho por eso… El hermano está advertido de que va a follar con una chica que no puede verle, que ésa es la fantasía de un cliente, y eso es todo. Ahora ya está al corriente. Y ha visto otras desde que llegó.

Yo no podía creerlo. ¿Tío Miles era capaz de aquello? Acababa de dejar al chico alto y delgado delante de la chica para que ella se la chupase. Y ella lo hacía. La verga se henchía en la boca de la chica. Era algo terriblemente desagradable y a la vez increíblemente excitante. A mí se me empezaba a empinar otra vez. Tío Miles era el diablo. Pero me dejó muerto de miedo oír al otro lado de la puerta:

—¿Quieres verlo? Entra ahí, Rosie; hay un espejo sin azogue…

—No, no. Estoy reventada.

Contuve un enorme suspiro de alivio.

—¿Y James, *mistress* Pussy? Está enamorado de usted, ya lo sabe.

—Ya lo sé.

—¿Le quiere usted?

Ella no contestó enseguida. Contuve la respiración. Al otro lado del cristal, la chica seguía chupándosela a su hermano. Para eso, Miles le había quitado la mordaza y le había ordenado que no hablase, con la amenaza de recibir un latigazo en el coño. La chica obedecía con docilidad. Los testículos de su hermano iban subiendo hacia la base de la verga cada vez más larga.

—Es joven. Me recuerda a mi primer amor. Quizá por eso soy tan amable con él.

—¿Ha hecho que usted gozase? —preguntó Rosie, con una duda en el tono de voz.

—Sí, y hacía tiempo que no… El corazón me hacía «bum», como en la canción.

Yo tenía, pues, una oportunidad… De eso estaba seguro… No oí nada más. Las dos mujeres se alejaron, y recé por que no fuesen a mi habitación y descubriesen que yo me había marchado, Me hice la promesa de no hacerlo nunca más, de obedecer con docilidad.

Me volví hacia el cristal. Tío Miles se masturbaba con una mano y con la otra sostenía la verga del chico alto y delgado, situado ahora detrás de su hermana, de cara a su culo. De esa manera, él mismo guiaba la verga hacia el coño de la chica rubia. La adolescente exhaló un gran suspiro cuando la polla entró en ella. Tío Miles la había vuelto a amordazar para asegurarse de que no se delataría enterando a su hermano de que era a ella a quien se tiraba.

—Bien, sigue, muchacho; ya está desvirgada.

Restregaba la enorme verga entre las nalgas del individuo que se jodía a su hermana sin saberlo. La chica lanzaba ligeros gritos desde el fondo de la garganta. Yo me estaba masturbando como un loco. Me metí un dedo en el culo por primera vez en mi vida. Sabía ya qué sensación me había dado cada vez que una mujer me lo hacía. La verga se me levantó aún más, y eyaculé a la vez, o casi, que mi tío. Él se vaciaba a espaldas del chico, entre sus nalgas redondas. Luego se puso a un lado y deslizó una mano entre el vientre del chico alto y las nalgas de la adolescente rubia, para manosear los testículos del hermano.

El chico alto y delgado se vaciaba en la vagina de su hermana sin contención. La adolescente agitaba la cabeza en todos los sentidos, presa de un poderoso orgasmo. Miles retiró al chico, y su verga salió del coño rubio y velludo. Ya estaba perdiendo la erección, con la verga rezumando las últimas gotas de esperma. La rubia se dejó ir sobre el sofá, agotada por el placer. Miles retiró la mordaza de la boca del chico delgado.

—No digas nada. Lame el culo de esta chica.

Le empujó hacia ella, y ella apartó las piernas inmediatamente. Como el chico tenía las manos libres, pero seguía sin ver nada, empezó a manosear las nalgas de su hermana, para abrirlas finalmente y pasar la lengua por la raja vellosa.

—Sabe bien, ¿verdad? ¿Está bueno? Haz una seña con la cabeza.

El hermano hizo un gesto afirmativo. Empezaba otra vez a empinársele cuanto más chupaba. Yo estaba manchado de esperma por todas parles, en el vientre, en el vello, y la mano también estaba llena. El primer chorro me había llegado hasta el pecho.

—Eso… Aspira su culo… Así…

Y el otro lo hacía. Tío Miles se estaba masturbando otra vez, y su verga volvía a ponerse dura y larga.

Yo tenía que salir de allí… Ahora todo aquello me desagradaba. Y tenía sueño. La cabeza me daba vueltas, y además tenía hambre.

—Y ahora lámele los pechos, así… Mordisquéale los pezones…, bésala… en el sexo… Bebe el esperma… Muy bien, muchacho… Ella recordará durante mucho tiempo a su primer amante, pero no sabrá nunca quién era…

Tío Miles se echó a reír con una risa franca, pero diabólica, cuando me decidí a marcharme. No había nadie en el pasillo. Me apresuré a volver a mi habitación.

Casi grité al ver a Pussy sentada en mi cama. Estaba desnuda. Frunció el ceño.

—¿Cómo has salido?

—Vi, ahí, en la moqueta…

—¿Y ese esperma? ¿Y en tu vientre? ¿Con quién has estado follando?

Me gritó, fuera de sí. Su voz era cortante, parecía loca de rabia.

—No es nada… Me he masturbado —dije.

—¿Dónde?

—Por ahí. Pensando en ti.

De repente fue más suave, y se me acercó. Se dejó ir de rodillas en la moqueta y me lamió el esperma pegoteado en el vello y el vientre. Y puso mi verga en su boca glotona y ávida. Me chupaba con los ojos cerrados, hacía ir y venir la lengua a lo largo de mi miembro. Yo estaba entrando en erección otra vez.

Luego se puso en pie pegada a mí, para besarme en la boca. Levantó un muslo y, así, hizo que mi verga se restregase contra su hendidura pegajosa. Con una embestida, entré en su coño mojado. Follábamos de pie, y exhalaba pequeños gemidos…

—Te amo, Pussy —le susurré al oído.

—Yo también…

El corazón me empezó a latir con más fuerza, y eyaculé, con la excitación y la emoción. Me vacié, con las piernas temblorosas, mientras le chupaba la lengua y le manoseaba los pechos y masajeaba sus nalgas. Le metí un dedo en el culo; ardía.

—Sí, sí, querido mío; sí…

—Te amo, te amo…

Ya no me quedaba esperma, pero mi verga seguía levantándose dentro de ella, y sentía su clítoris erguido, apretado contra mi pubis. La empujé a la cama, donde caímos los dos. Mi verga, con eso, salió de dentro de ella. Hice que se volviese para lamerle el culo. Su ano olía con intensidad, era embriagador. Yo quería estar toda mi vida haciendo eso, no parar de lamerla. Pero ella me rechazó, y se levantó. Me dominaba con toda su estatura. Llevó las manos a las caderas.

—Ya lo ves, hay muchas maneras de hacer que un hombre goce. Un dedo en el culo, dejarle que nos la meta en el culo, o incluso decirle «le amo»…

—¿Cómo…? Pero tú lo crees, ¿no? Lo has dicho.

Me miró con los ojos brillantes. Yo sabía que ella no podía haber mentido. Y sin embargo, dijo:

—Eso forma parte del juego. Te has convertido en un amante delicioso. Felizmente, te marcharás pronto.

Se volvió y se dirigió a la puerta lentamente. Sólo mirar sus nalgas redondas, entre las que asomaban rizos de vellos negros y brillantes, empecé a empalmarme otra vez. Decididamente, ya no era el mismo. Me levanté para ir tras ella, con el corazón al galope. La tomé por un brazo, para estrecharla contra mí.

—Sé que no has mentido. Sé que has gozado conmigo. No tengo mucha experiencia, pero de eso estoy seguro…

Yo la turbaba, y eso era normal. Además no mentía; había oído que se lo decía a la negra Rosie.

—Estás más dotado de lo que yo creía.

Intenté besarla otra vez, pero ella echó la cabeza atrás para evitarlo.

—¿Por qué haces eso? —le grité, fuera de mí.

No contestó y abrió la puerta. Antes de cerrarla, se volvió hacia mí, me tomó la verga con la mano y la apretó casi con ternura.

—No tengo derecho a amarte. Tú eres un…, un cliente. Nunca te volveré a ver. Y tú no debes intentar encontrarme.

—No sé dónde estamos… Y yo… Pussy, ése no es tu verdadero nombre.

—Sí. Para ti, sí.

Y la puerta se cerró. Me quedé solo, con la verga levantada y lágrimas en los ojos, hasta ese punto me enervaba todo aquello, mi amor imposible hacia ella y tanto sexo. Y todos aquellos orgasmos. Y todo lo que me estaba pasando.

Apreté con el pie en la moqueta, donde estaba recortada. Pero la puerta no se abrió. Pussy debía de haber inutilizado el sistema eléctrico. Poco después, Rosie fue a llevarme la bandeja con la comida, Tenía los ojos enrojecidos. Iba desnuda.

—¿Has llorado? —le pregunté al verla así.

—No es nada…

Al verla marcharse, de espaldas, vi entre sus nalgas redondas un gran cuajaron de esperma que le caía hasta los pies. Inmediatamente pensé que Grunther debía de haberse encarnizado con ella. La alcancé y, con ternura, ella rechazó mi brazo. En ese punto me di cuenta de que sus pechos, a pesar de la piel satinada y oscura, estaban cubiertos de marcas rojas, lo mismo que su vientre.

—¿Te han pegado? ¿Quién? ¿Grunther?

—Ellos creen… *Mistress* Pussy cree que yo te he enseñado cómo abrir la puerta… Déjame…

La dejé ir. Comí sin hambre. Aquel paraíso se convertía en un infierno. Estaba deseando que tía Tilly fuese a buscarme. Y, a la vez, se me empezaba a empinar de nuevo, esperando que Pussy volviese a verme. Y a hacer el amor conmigo.

10

YA sólo tenía un objetivo: que Pussy me amase. Ella era mi primer amor, incluso con todo lo que había ocurrido, todo lo que yo había visto y vivido desde mi llegada. Me sentía terriblemente torturado.

La puerta se abrió y entró Grunther para tomarme del brazo y llevarme fuera. Yo tenía ganas de pelea, pero sabía que en realidad no tenía ninguna posibilidad. Llegamos al entresuelo, y él empujó una puerta. Entramos en una estancia particularmente lujosa. El lecho de baldaquino era inmenso. Numerosas esculturas de hombres y mujeres desnudos se erguían aquí y allá. Y había una ventana. Pero yo no sabía si el día empezaba o acababa. Tanto podían ser las seis de la mañana como las siete de la tarde. Pussy estaba sentada, desnuda, con las piernas muy abiertas, en un asiento de madera cubierto de tela que parecía un trono. Rosie, también desnuda, como Darío, se atareaba a su alrededor. Él le masajeaba los pechos, con la mano llena de crema, mientras la negra peinaba con suavidad el cabello de su señora.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté entre dientes.

No podía dejar de mirar el coño de Pussy, En medio de la maleza negra y ensortijada, veía sus grandes labios blandos y brillantes. Darío seguía masajeando los grandes pechos con amplias aréolas, y ella se dejaba hacer, como una reina. Pero le tocaba las nalgas al joven, mientras él seguía. No veía en sus ojos pesar alguno por infligirme aquel dolor. Sabía que yo la amaba. ¿Por qué me torturaba? Como si me leyese los pensamientos, dijo con voz suave:

—Vas a marcharte, y no volveremos a vernos, Como has podido constatar, me quedo con Darío para mi servicio. Es un buen follador. En cuanto a Rosie…, creo que los dos os conocéis muy bien… Darío se queda para atender a las chicas, y Rosie para los chicos… Y yo, de vez en cuando, para los amables muchachos como tú.

—Hubiese querido quedarme también.

La sonrisa que me dirigió Darío, mientras le masajeaba el vientre, me puso fuera de mí. Pero me abstuve de todo comentario. Grunther, el monstruo, estaba detrás de mí.

—Podrás regresar a casa de tus tíos. Ahora eres un hombre. Acércate.

Grunther me empujó hacia ella. Me adelanté, desnudo, hasta quedar entre sus muslos. A Rosie se le iban los ojos detrás de mí verga. Pussy se inclinó hacia mí y se metió mi verga en la boca. Los otros dos, lo mismo que Grunther, no se movían. Miraban cómo Pussy me la chupaba. A mi pesar, la verga se me levantó en su boca cálida. Sólo con el glande en la boca, a la vez me masturbaba con una mano la base del miembro. Noté el olor de su coño y de su cuerpo.

—Quiero quedarme —dije suspirando, sintiendo que el esperma estaba llegando.

Ella siguió. Miré a Darío. No apartaba los ojos de mi verga, que estaba chupando Pussy, la polla se le levantaba a la vista de este espectáculo. Y, curiosamente, eso me excitó aún más. Tomé la cabeza de Pussy entre las manos y eyaculé en su boca, penetrando lo más adentro que pude. Ella tragaba, y gemía, con dificultad. Pero no intentaba retirar la cabeza. Cuando por fin sacó mi verga de entre sus labios, alzó la mirada hacia mí, con los ojos brillantes y algo de esperma en las comisuras de los labios.

—Adiós, querido James. Y ahora, sal deprisa.

—No… No…

Pero Grunther me cogió el brazo con tanta fuerza que creí que me lo iba a romper. Me arrastró fuera, y la puerta se cerró. Yo gritaba y me retorcía. Finalmente, el hombre me soltó, para empujarme hacia la puerta de mi habitación. Antes de entrar, me volví hacia él, fuera de mí.

—Dime cuándo voy a salir de aquí, Grunther.

Me dio una buena bofetada y cerró la puerta.

Jill, la chica a la que yo había desvirgado, me esperaba, desnuda en mi cama. En una mesita había una botella de champán y dos copas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con acritud.

—Yo… Bueno, le he pedido a *mistress* Pussy que me dejase verte… Tú fuiste el primero, ¿te acuerdas…? Y yo he sido también la primera…

De repente comprendí hasta qué punto la vida puede ser extraña. Aquella chica tan hermosa, de grandes pechos, con un leve vellón rubio en el pubis, tenía los ojos brillantes. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Me dijo Pussy que nunca volveríamos a vernos… Así que… Me hubiese gustado…

Me tendí a su lado. La calidez de su cuerpo hizo que se me levantase la verga. Ella la tomó inmediatamente. Yo ya no pensaba en Pussy, sino en la emoción que transmitía aquella chica.

—El primero es importante para una chica…

Y al decir estas palabras me besó en la boca, y luego fue depositando ligeros besos, gimiendo, en mi pecho, en mi vientre y, finalmente, en mi verga. Luego se puso a horcajadas sobre mí, dándome la espalda, para pegar su coño rubio a mi cara. Me chupó la polla, y yo apreté la boca contra su culo rodeado de un poco de vello rubio, casi rojos en torno a su agujero, como los situados junto a su hendidura de labios pequeños y delgados. Olía fuertemente a orina y a culo, y a mí me embriagaba su olor animal.

Sobre mí, sus nalgas pequeñas y redondas se balanceaban al ritmo de mis lengüetazos y de los suyos en mi verga. Saboreé su clítoris, me liberé de toda mi agresividad, me olvidaba de Pussy, sin darme cuenta.

Jill me levantó los testículos para ir con la cabeza más abajo y lamerme el culo. Me lancé sobre su hendidura, tirando de los bordes para separar la carne y ver el

interior de su coño rosado. De repente, se levantó y fue a verter champán en una copa. Se llenó la boca y volvió conmigo, con las mejillas infladas, para engullir mi verga erguida. La sensación fue increíble. Las burbujas me cosquilleaban el sexo, y ella me pellizcó los testículos. Eyaculé sin poder contenerme, sorprendido yo mismo del violento placer que aquella chica con cara de muñeca me daba. Por fin, retiró mi verga de la boca y lo tragó todo junto. Se pasó la lengua por los labios, con glotonería.

—Ohhhh… Increíble… Champán al esperma… Estupendo…

—¿Por qué lo has hecho? Era fantástico.

—Lo vi en una película. Un vídeo de mi padre, que vi a escondidas.

Bebió el resto de su copa y llenó la otra para tendérmela. Luego se tendió de espaldas, con los muslos muy separados y el coño abierto. Yo estaba recuperando la respiración, vaciado por el goce.

—Ven, ven a hacerme gozar… Te deseo… Ven…

Estaba conmovido con aquella chica. Parecía amarme y eso me turbaba. Imaginaba los sentimientos que debía experimentar; los que yo tenía al pensar en Pussy.

—Ámame… Yo soy joven… Yo…

No se atrevía a decir lo que sentía. Tomé un poco de champán. El efecto del alcohol me hacía bien, me reconfortaba. La chica tenía razón, estaba hecha para mí… Tenía mi edad, le gustaba follar y además era especialmente bella y deseable. Me llené la boca con champán y me acuclillé entre sus muslos. Su pequeño clítoris me esperaba, erguido en lo más alto de su hendidura entreabierta. Puse los labios a su alrededor y de inmediato Jill empezó a gemir.

—Ohhhh… Tienes razón… Las burbujas…

Tragué, para volver a llevarme champán a la boca.

—En el coño… Pónmelo en el coño…

Pegué los labios a su agujero y escupí el champán lo más fuerte que pude. Sólo un poco le entró en el coño. Pero pareció suficiente. Se retorcía manoseándose los pechos. Me tendí de cara a ella para lamerla una y otra vez. Extendiendo el brazo, le pellizcaba los pezones, le tocaba los pechos firmes de mujer joven.

—Oh, no… Es que me da una cosa… Oh… Qué bueno… Voy a orinar… Tengo que levantarme…

—No; orina aquí.

De repente, un poderoso chorro de orina salió de su coño. Ella lo dejaba ir, exhalando alaridos cada vez más fuertes. Yo le lamía el coño, bebía su orina, sin ningún reparo.

—Oh, qué vergüenza…, qué vergüenza…

—Disfruta ahora —le dije, repentinamente seguro de mí mismo.

—Oh, siento deseos…, siento deseos… Pero me da tanta vergüenza…

Y entonces me acordé de una de las lecciones de Pussy. Me incorporé ligeramente, para decirle entre dos lengüetazos:

—Yo también te amo, Jill… Te amo…

Lo que acababa de decir causó inmediatamente su efecto. Empezó a gemir, a hablar mientras gozaba, inundando mi lengua con oleadas de flujo, con el sexo que se henchía, abriéndose aún más con las aspiraciones de mi boca y con mis dedos que entraban en ella.

—Hmmmm… Mueve los dedos en mi coño… Ohhhhh…

Estaba contento. Y todavía excitado. Había muchas maneras de hacer que una mujer disfrutase; me había enseñado Pussy. Decirle que la amas es una. Y era lo que Jill esperaba. Y lo más curioso era que yo también sentía algo por esa chica, la primera en la que había metido mi verga. Me quedé mucho rato junto a ella, sin moverme. Intercambiamos besos ligeros y tiernos. Serví champán y nos divertimos lamiéndonos más, y orinándonos encima uno de otro, y haciendo todo aquello de lo que teníamos ganas. No había límites. Acabamos la botella de champán y nos quedamos dormidos, abrazados el uno al otro, agotados por los numerosos orgasmos, prometiéndonos intercambiar nuestras direcciones al despertar.

11

Me desperté con un dolor de cabeza horrible. En cuanto me di cuenta de que estaba vestido, me levanté. Pero Grunther estaba allí. Yo apenas me tenía en pie… También Rosie estaba vestida, con un vestido muy ajustado, y visiblemente sin nada debajo.

—Ha sido el champán. Estaba drogado.

—Sí. Tu tía te espera. Les llevaré a su casa, a Londres.

Yo apenas me movía. Pero mi cerebro funcionaba perfectamente.

—¿Dónde está Jill?

—Ha vuelto a su casa esta mañana.

—Oh, no… ¿Y Pussy…? Quiero ver a Pussy.

—Está ocupada con uno nuevo. Y ahora ven. Grunther me tomó en brazos, como si fuese un niño de pecho. Así recorrimos la inmensa mansión y franqueamos la gran puerta de entrada. Yo ya sabía que había muy pocas posibilidades de que volviese algún día al Pussy's Castle. Grunther me depositó en el Rolls, en el asiento de atrás. Tía Tilly me esperaba, más bella y *sexy* que nunca. Me desplomé en el respaldo, con el cuerpo pesado y los miembros medio paralizados por la droga que había en el champán.

—Helio, *sweetheart*… ¿Has tenido una feliz estancia?

No le contesté. La odiaba. ¿Por qué me había llevado a aquella casa? ¿Por qué no me había enseñado ella misma?

Rosie se sentó al volante y el coche arrancó. Casi de inmediato, Tilly me vendó los ojos. Yo no tenía siquiera fuerzas para quitarme el pañuelo anudado alrededor de la cabeza. Luchaba por no dormirme. Con todo sentí que la mano de Tilly se deslizaba en mi bragueta para manosearme la polla.

—¿Ya no te causo efecto? ¿Estás dormido?

—Es el somnífero —dijo Rosie, muy a lo lejos, en medio de la niebla que me llenaba la cabeza.

—He hablado con tus padres por teléfono. Querían hablar contigo. Eso fue ayer. Les dije que habías ido al cine con tío Miles.

Me daba igual. Yo sólo pensaba en Jill y en Pussy. Tenía que quitarme el pañuelo. Tenía que conocer el camino. Tilly seguía jugando con mi verga. Pero era en vano.

—Te quedan unos días para estar en Londres. No volverás a ver a tu tío. Se ha marchado a Estambul. Se ha metido en el negocio de importación de material de oficina. Máquinas de escribir…

Finalmente, me retiró el pañuelo. Miré a mi alrededor. Allí estaba el Londres que yo conocía. Pasábamos por el Vauxhall Bridge, esta vez en sentido inverso. Por fin, el Rolls Silver Shadow se detuvo ante el hotelito particular de Fleming Road. Tilly me ayudó a bajar del lujoso automóvil para entrar en la casa. Antes de que el Rolls

desapareciese, me volví y vi que Rosie me dedicaba una ligera sonrisa. Una sonrisa que me pareció triste. Ahora ya podía andar, pero con dificultad. El somnífero había sido bien dosificado. Regresaba a casa de mi tío, y el efecto se disipaba en ese mismo momento.

Llegué a mi habitación apoyándome en Tilly. Fila me tendió en la cama y me desnudó por completo. Yo le dejé hacer. Finalmente, se quitó la ropa también. Volví a ver sus grandes pechos, el mechón de vello rojizo en el pubis, sus largas piernas y sus muslos, su cintura estrecha, su cuerpo constelado todo él de pecas. Se acuclilló entre mis muslos y me tomó la verga entre los dedos. Mi sueño de antaño se hacía realidad por fin. Podía hacer el amor, follar con mi tía Tilly, que tanto me excitaba. Pero a pesar de todo la droga seguía causando efecto. Ella se puso encima de mí, vuelta de espaldas, para mostrarme su coño rosado, sus gruesos labios. Adelanté la cabeza para hundir la nariz en su carne húmeda. Pero yo no tenía gusto ni olfato, y sin embargo quería hacerlo, tenía la ocasión de hacerlo, y era necesario.

La droga empezaba otra vez a causar efecto. Apenas sentía los labios ni la lengua de Tilly en mi sexo. Cuando ella vio mi estado y que me quedaba dormido a mi pesar, se levantó refunfuñando y me dejó solo. Inmediatamente me sumí en el sueño.

Cuando desperté, al día siguiente, estaba solo en la casa. Una nota que había en la mesa de la cocina me decía que mi tía había salido de compras. Me arreglé y desayuné un gran tazón de té y una porción de *pudding* a la menta. Me sentía en plena forma. Me acordaba de todo, del Pussy's Castle, de Jill y de Pussy, del horrible Grunther, incluso de tío Miles, masturbándose ante dos hermanos que follaban uno con otro sin saber que eran hermano y hermana. Pero también experimentaba una curiosa sensación, ahora que estaba de regreso en casa de Tilly. Era como si todo hubiera sido un sueño. Como si nada hubiese ocurrido. Me quedé en pijama y me tendí en mi habitación. Recordé lo que tía Tilly había querido hacer conmigo en cuanto llegamos, el día anterior. La verga se me tensó. Iba a masturbarme, cuando oí que se abría la puerta de entrada. Mi tía estaba de vuelta. Yo va no era aquel James, el pequeño Jimmy que ella había conocido. Bajé a su encuentro, con la verga al aire, asomando por el pantalón del pijama. Ella ordenaba las provisiones en los armarios de la cocina. Me acerqué a ella sin ruido y deslicé las manos bajo su corta falda. No llevaba bragas. Le manoseé la almeja y el culo a placer. Ella apenas se sobresaltó.

Le levanté la falda y deslicé la polla enarbolada entre sus nalgas.

—Soy tu tía… Tenlo en cuenta…

Me pregunté por qué me decía eso. Y a la vez comprendí que yo mismo me hacía esa pregunta. Me excitaba aún más hacer esas cosas con mi tía, con alguien con quien yo no tenía derecho. Su coño estaba mojado. Hice que se volviese para quitarle la camisa y liberar sus pechos desnudos. Los manoseé, le pellizqué los pezones, me emborraché con su olor de pelirroja.

—Súbete en el fregadero —ordené.

Ella lo hizo, colocando las nalgas justo en el borde y separando las piernas. Me pegué a ella y, así, hice que mi verga se deslizase sobre sus labios húmedos. Mi meato se apoyaba en su clítoris especialmente largo. Olí intensamente, no pudiendo hacer que durase más tiempo la fantasía que se hacía realidad. Metí la verga en su coño, y exhaló un grito agudo.

—Ohhhh… Me metes la polla… Ohhhh… Me gusta tanto…

Ella ya no dominaba, experimentaba, y le gustaba.

—¿Dónde está el Pussy's Castle? —le pregunté entre dientes.

—No puedo decírtelo… Nunca lo diré… No, nunca.

De la rabia, pellizqué sus pezones y tiré de ellos. Aulló de dolor. Olas de jugos inundaban su coño esponjoso. Retiré la verga para forzarla a bajar del borde del fregadero. La empujé para que se situase en el suelo y le ordené que pusiese de rodillas. Me precipité a lamerle el culo. Mientras lo hacía, eyaculé, sin tocarme, sin que ella lo hiciese en mi lugar. Pero mi polla seguía levantada, lista para volver a empezar. Le lamí el ano, la raja llena de vello rojizo y oloroso. El culo olía mucho.

—Oh, no, espera… Esta mañana no me he lavado, Salí con prisas para hacer las compras… Yo… Ohhhhh… Sigue, sigue…

Se abandonó. Puse la polla contra su ano con pliegues, rosado, y metí en él la verga de una arremetida. Empujé cada vez con más y más violencia. Aún tenía ganas de gozar, aún tenía ganas de eyacular en ella.

—Dame con más fuerza, dame con más fuerza…

—Dime quién es Pussy… Dímelo todo…

—Nunca.

Ya no pude contenerme. Creí que el corazón se me iba a detener. Miraba cómo la polla se deslizaba entre las nalgas de mi tía y entraba en su culo. Manoseaba sus nalgas blancas llenas de pecas. Le tiraba del vello que tenía alrededor de su agujero poseído por mi polla. Eyaculaba otra vez, nervioso, y ella aullaba, porque también estaba gozando. Su agujero se cerraba en torno a mi sexo. Cambié con rapidez de agujero. Me encontré en su coño, para dejar en él las últimas gotas de esperma. Ella seguía gozando, su culo parecía henchirse a mis ojos. De ella se expandía un olor más fuerte, más animal. Y por fin me retiré. Tía Tilly cayó de costado, semidesnuda, con las manos entre los muslos, como para contener un nuevo ataque.

—Chúpame la polla, lámeme, límpiala de tu flujo.

—No te reconozco, James…

Pero aun así, pasó la lengua por todas partes, por cada pliegue de la piel carnosa de mi prepucio. Me abandoné y oriné en su boca. Ella esbozó un gesto de rechazo, pero luego hizo lo que yo esperaba. Me chupó mientras yo seguía orinando, tragaba mi orina ardiente sin rechistar. Me retiré de su boca para soltar los últimos chorros de orina sobre ella. Tía Tilly se arqueaba, sentada en el suelo, ofreciéndome sus grandes pechos que yo salpicaba sin contención.

—Qué vicioso eres…

Al decirlo, se manoseaba entre los muslos, se metía un dedo en el coño para tener un segundo orgasmo. La dejé sola. No quería seguir viéndola y subí a mi habitación con el corazón latiéndome con fuerza. Unos minutos después llegó ella, completamente desnuda. Se sentó junto a mí.

—Tengo la sensación de que me odias.

—Es verdad.

—Pues no debes. Y, créeme, no puedo decirte nada sobre Pussy. Todo lo que hace es ilegal. No puedo traicionarla.

Me bajó el pantalón del pijama y empezó otra vez a tocarme. Luego se apretó contra mí, restregando sus pechos grandes y lechosos con pezones malvas contra mi sexo. Y entonces me hice el tonto.

—¿La conoce el tío?

—No lo sé.

—Entonces, ¿no sabía que yo estaba allí?

—No. Le dije que tenía una amiga médico que quería examinarte a causa de tus problemas nocturnos. Y que te habías quedado para hacerte mi chequeo… Me creyó. Me cree siempre.

Yo no podía decirle que le había visto en rasa de Pussy. Tenía ganas de portarme mal con ella, pero no quería romper su matrimonio.

—¿Follamos? Aún tengo ganas… —susurró Tilly depositando un ligero lengüetazo en la punta de mi polla.

—No. Será cuando yo quiera.

—Lo prefiero así… Pero mañana tengo la regla. Así que quizá sería mejor esta noche… O antes…

—Ya veremos.

Me dejó solo. Yo sabía que nunca llegaría a averiguar dónde estaba el Pussy’s Castle. Me daban ganas de registrar entre sus cosas, pero sospechaba que sería inútil. No debía de haber en ninguna parte ni huellas de una dirección o de un número de teléfono.

Y tuvimos la sorpresa, al principio de la tarde, de que tío Miles regresase de su viaje a Estambul antes de lo previsto. La tía Tilly estaba lívida mientras le oía hablar, diciéndonos que el negocio se había concluido más deprisa de lo que él creía, y que, sobre todo, tenía muchos días por delante en que no tendría que trabajar. Y que saldríamos y seguiríamos juntos hasta que yo me marchase.

Los dos días que siguieron Tilly me evitó y me fue imposible encontrarme con ella a solas.

Tío Miles la seguía siempre a todas partes y parecía más enamorado que nunca. La besaba con ternura delante de mí, y mi tía se mostraba visiblemente a disgusto cuando él lo hacía. Ya no acudía a darme las buenas noches como antes. El hecho de que hubiésemos follado juntos cambiaba en mucho las cosas.

Pero una noche la oí entrar en el cuarto de baño. No había cerrojo, y abrí la puerta de repente, encontrándola sentada, con la bata abierta, en la taza del retrete. Al verme entrar contuvo un grito, intentó rechazarme, pero yo cerré la puerta a mi espalda. El espacio era escaso y su olor lo llenaba.

—¿Estás loco? Lárgate de aquí, idiota —susurró, mientras yo le manoseaba los pezones, en pie entre sus muslos, con la verga tensa, asomando por mi eterno pantalón de pijama.

—Mi tío ya está en la cama. Está oyendo la radio y mirando una revista.

—Pero puede venir… Y sal de ahí… Me da mucha vergüenza…

La forcé a levantarse y la apreté contra la pared. Empecé a chuparle los pechos, a mordisquear sus pezones, que se erguían solos entre mis labios. Ella suspiraba. Contenía la respiración. Aún intentaba rechazarme, sobre todo cuando llevé una mano entre sus muslos.

—No, no… Llevo un tampax. Tengo la regla. Quita la mano de ahí o grito.

A pesar del tampax estaba mojada, con los labios henchidos y suaves, chorreantes de secreción. Yo estaba enormemente excitado. La forcé con firmeza a ponerse de rodillas sobre la taza.

—Ah, no, es demasiado repugnante… ¿Estás loco?

La tenía cogida, moral y físicamente. No podía gritar, arriesgarse a que apareciese mi tío. Tenía miedo de que yo se lo contase todo.

Olía a culo y a sudor. Deslicé la polla a lo largo de su rendija velluda y la puse en su ano. Agitó la cabeza en todos los sentidos y resopló a más no poder. Pero entré en su culo con facilidad, y empecé a ir y venir cada vez más deprisa. Le había arremangado la bata para ver sus nalgas y el arco de su espalda. Deslicé las manos debajo para masajearle los pezones. Ella contenía los gemidos, mordiendo el cuello de la bata. Pero yo quería más. Retiré la polla del culo y tomé el cordelito del tampax para tirar de él y quitárselo. Salía con dificultad, y ella no decía nada y me dejaba hacer. Se volvió incluso ligeramente para que la besase.

—Estás loco… Y me vuelves loca… Suave… Suave…

El tampax salió de pronto, como si ella hubiese hecho fuerza para expulsarlo. Seguí besándola, y dejé caer aquello en el retrete. Guié la verga hacia su vagina. Entré de una acometida. Ella experimentó inmediatamente un gran placer y estuvo a punto de caerse del retrete con la violencia del orgasmo. Entonces, sin dejarle tiempo para pensar, ocupé su lugar, me senté en la taza y le dije que se sentase encima de mí. Ella lo hizo, empalándose en mi verga. Me lancé sobre sus grandes pechos, que se balanceaban ante mis ojos. La tenía cogida por las nalgas, y ella se levantaba lentamente para volver a caer sobre mis muslos, hundiendo profundamente mi verga en su vagina viscosa.

Me besaba, me chupaba la lengua. Gemía, dispuesta para correrse otra vez. Cuando eyaculé dentro de ella, me puso la mano en la boca para ahogar mis suspiros. Y siguió agitándose sobre mi verga, con los ojos en blanco, llena de contracciones, en

un segundo orgasmo. Se mordía los labios, su sexo apretaba el mío, a medida que me vaciaba, y mi esperma volvía a salir de su coño abierto para extenderse sobre mi vello púbico y mis muslos. Por fin dejamos de movernos, y nos quedamos apretados el uno contra el otro, agotados.

Se levantó y sacó del bolsillo de la bata una toallita humedecida con perfume. Me limpió la polla, en cuclillas delante de mí.

—Estás loco… Cuando tengo la regla estoy aún más sensible… Pero es una porquería…

—Me da lo mismo.

—Pues a tu tío le importa. Se pasa una semana sin tocarme.

Me dieron ganas de decirle que durante esa semana él debía ir a casa de Pussy, para desahogarse, pero no lo dije. Salí antes que ella del cuarto de baño. Al pasar por delante del dormitorio de mis tíos, vi que él dormía a pierna suelta, con la radio a todo volumen.

Aquella noche telefoneó mi madre. Tenía que regresar a Francia cuanto antes; mi padre había tenido un accidente de automóvil, nada grave, pero ella me necesitaba.

Tomé el avión al día siguiente, con la muerte en el alma.

12

Mi padre se había roto la pelvis. Mi madre necesitaba mi presencia, sobre todo para reconfortarla, hacerle las compras y ayudarla de distintas maneras. Como ella trabajaba durante el día, yo callejeaba, iba al cine y a visitar a mi padre, a llevarle algunos alimentos que en el hospital no le daban y que a él le apetecían.

Telefoneé a lo largo de algún tiempo a mi tía Tilly, durante el día. Tío Miles había vuelto al trabajo. Me encolericé al enterarme de que estaba de viaje en Kobe, una pequeña ciudad portuaria de Japón. Durante ese tiempo mi tía estaba sola y yo hubiese tenido que estar con ella. Hicimos muchas veces el amor por teléfono. Ella me decía lo que estaba haciendo, lo que le hubiese gustado que yo le hiciese.

Y yo, mientras me masturbaba, tendido en la cama, le contaba también mis fantasías. La oía gemir, suspirar, al otro lado del hilo. A menudo se corría antes que yo. Me frustraba tener que hacer las cosas de esa manera, Pero en todo caso era tremendamente excitante. Cuando ella ya había tenido su orgasmo, me hablaba para arrastrarme también al placer.

—Lamo tu polla… La restriego contra mi coño… Estoy mojada… Méteme la mano en el culo… Imagínate mi culo…, mi vello… Piensa en mis gruesos labios… Imagina que los chupas, que me hueles el coño… Recuerda, en el cuarto de baño…

Y, automáticamente, yo eyaculaba sobre mi vientre exhalando grandes suspiros. Y, también inevitablemente, terminaba la conversación con esta frase:

—Dame la dirección de Pussy, por favor…

Y ella respondía que no, también inevitablemente.

Las vacaciones estaban a punto de acabar, y pronto tendría que volver al colegio. Un día, poco antes de la vuelta a clase, telefoneé a Corinne para preguntarle si podía ir a verla. Primero se echó a reír, con una risa burlona. Luego me dijo:

—Después de todo, ¿por qué no? Estoy todo el día sola y mi compañero Félix no está aquí. Se encuentra en el sur con sus padres…

Me tomaba por el chiquillo virgen que yo era la última vez que había ido a su casa. Fui esa misma tarde. Hacía aún mucho calor para estar a finales de agosto. Me esperaba, siempre tan explosiva, en biquini. Fuimos a su habitación y me senté en la cama y ella en el silloncito situado delante de mí. Ella creía impresionarme, con las aréolas que asomaban por encima del sujetador del biquini, como en la foto de mi tía que tanto había hecho que se me empinase y con la que tanto me había masturbado. Corinne había puesto un disco y se balanceaba en pie, delante de mí, mientras hablaba. Sus grandes pechos saltaban con cada movimiento, las nalgas le temblaban, y yo sentía que la verga se me ponía tiesa debajo del *slip*.

—¿Has pasado unas buenas vacaciones?

—Sí…

Ella seguía provocándome, segura de que yo iba a emprender la fuga. Su cuerpo relucía por la transpiración; la habitación estaba llena de su olor almizclado. Esperé a que pasase delante de mí a cambiar el disco, para tomarla por las piernas y acercarla a mí, entre mis muslos.

—¿Qué haces, James?

—Te bajo la braga del biquini… Quiero verte el coño…

—¿Estás loco o qué?

Le bajé de un tirón la braga y tomé sus nalgas a manos llenas. Estaba sudorosa, y el mechón de vello negro era grande. Llevé inmediatamente la nariz hasta allí, con la lengua completamente fuera para lamerle el clítoris. Ella intentaba debatirse, pero sin querer de veras hacerlo.

—Oh, no, no debes…, no…

Tenía las mejillas rojas. Ya no era la chiquilla que había conocido, y yo ya no era el chico virgen que ella creía. La empujé sobre la cama, le quité el sostén y empecé a sorber sus pechos. Sus pezones eran amplios y tenían pliegues. Suspiraba y hacía como que me apartaba la cara. Llevé una mano entre sus muslos y enseguida encontré el agujero de su sexo. Mantenía los muslos apretados, justo como debe ser, para dejarme hacer. Metí un dedo en su coño húmedo.

—Oooohhhhh… Estás loco…, estás loco…

La deseaba muchísimo. La besé en la boca, con suavidad, y me mostré más tierno para hacerle comprender que quería hacer el amor, no violarla. Y que yo sabía lo que hacía.

—Me gustas… Tú…, es raro… Se diría que no eres el mismo…

Retiré el dedo de su coño ardiente y viscoso para ir más abajo, entre sus nalgas. La piel estaba más cálida, más húmeda. Hice que mi dedo se deslizase sobre su ano.

—¡No! ¡Ahí no! ¿Estás loco? ¡Quita el dedo de ahí!

Yo seguí. Metí el dedo poquito a poco en el agujero y la lamí entre los muslos. Olía fuertemente a orina y sudor. Sus grandes labios eran suaves, viscosos y lustrosos. Le mordisqueé el clítoris. Ella no se movía. Me levanté y me bajé el pantalón y el *slip*. Ella abrió los ojos de par en par al ver mi verga empinada, tan tensa que estaba pegada a mi vientre, completamente vertical.

—Oh, no, James. No…

Me instalé entre sus muslos. Empecé a restregar la verga contra su vello púbico, contra su clítoris. Luego empecé a pasar el glande a lo largo de los grandes labios, de arriba abajo.

—Ohhhh… No lo hagas… No me lo hagas en el coño…

—¿Por qué?

—Soy virgen… Pero tengo ganas… Hazlo con suavidad…

Yo no daba crédito a lo que oía. Aquella chica tan aterradora para mí unas semanas antes, de la que todos los chicos del instituto se envanecían de ser amantes, era virgen. Pero no me daban ganas de reír. Por el contrario, lo que acababa de

decirme me conmovía, me emocionaba que aceptase que yo fuese el primero. Ahora ya no estaba en casa de Pussy. Si ella aceptaba, es que lo había elegido. Que me había elegido a mí.

—Lo haré con suavidad.

La besé de arriba abajo, con ternura, la acaricié suavemente para tranquilizarla y excitarla más. Y, por fin, entré en ella. Su emoción me contagiaba. Mi verga encontró su himen, como había encontrado el de Jill. Di una ligera arremetida, acariciándola con mucha ternura. Bajo la mano que acariciaba su seno sentía latir su corazón con fuerza. Apenas suspiró cuando hice de ella una mujer. Los dos estábamos muy emocionados. Unas lágrimas brotaban de sus ojos. Me besaba con pasión, me chupaba la lengua, me acariciaba las nalgas. Acabó diciéndome con un hilo de voz, cuando eyaculaba en su vientre, después de retirar la verga para no dejarla encinta:

—Eres muy atento… Hace tiempo que te esperaba.

***

Volví a ver muchas veces a Corinne antes de que empezaran las clases. Muy pronto empezó a tomar la píldora. Nos frecuentamos durante muchos meses.

Nunca volví a ver a mi tío ni a mi tía Tilly. Fueron a instalarse al otro lado del mundo, en Jamaica, y nunca nos telefonearon ni escribieron. En cuanto a mí, fui muchas veces a Inglaterra para tratar de encontrar la mansión de Pussy. Pedí información a los servicios oficiales, haciendo creer que estaba escribiendo un libro sobre las casas más bonitas de Londres. Un empleado del ayuntamiento me contestó:

—La más bonita era la de *mistress*… Vaya, ya no recuerdo el nombre… Qué tontería… Una mujer que hacía que la llamasen con un curioso apodo…

—¿Pussy, quizás?

—Eso es… Escapó. La buscaban los de antivicio… No se sabe adónde fue a parar. Algunos dicen que a Jamaica. Pero no hay nada seguro…

—¿Y la casa?

—Ahora hay un supermercado en su lugar.

No intenté averiguar nada más. Unos meses más tarde, cuando estaba leyendo en la cama, un sábado por la mañana en que no tenía clase, mi madre me entregó una postal. Estaba dirigida a mí. Esperé a quedarme solo para leerla. Había visto la firma. El texto era el siguiente: «*From Pussy with love*».

Sólo unos minutos más tarde, cuando había vuelto a sumergirme en los recuerdos, sonó el teléfono. Era ella. Estaba en París. Me esperaba en el hotel Crillon, en la plaza de la Concordia. No tardé nada en vestirme y salir para reunirme con ella. Y en el taxi que me conducía hacia ella, leí y releí la postal. «*From Pussy with love*».